

PRONTUARIO DE ELOCUCION,
ESTILO, DECLAMACION Y ELOCUENCIA

de-Mecun del Orador Salvadoreño

Filosofia del Arte Oratoria

Principios generales y prácticos
tomados de los mejores autores

Por el Doctor DAVID J. GUZMAN
Profesor de Elocuencia de la Universidad Nacional.

1915

SAN SALVADOR. C.-A

IMPRENTA NACIONAL



Al distinguido amigo
y notable jurista
Dr. Rafael B. Colindres
cariniosamente.

[Handwritten signature]

San Salvador, 5 de marzo

1911

DEDICATORIA

Al Señor Doctor Don

Francisco Martínez Suárez

Digno e ilustrado Ministro de Instrucción Pública,

DEDICA

el autor estas páginas como creador que es de la
asignatura de Oratoria en la Universidad Nacional.

D. J. Guzmán.

Breve explicación del Autor

Las presentes páginas no son más que una sucinta compilación de los mejores autores que han tratado del arte oratoria, en particular el insigne maestro español don Antonio de Capmany y de Montpalau, cuyo excelente tratado de la «Filosofía de la Elocuencia» me parece ser uno de los mejores, no obstante que no es de ayer; pero ese libro contiene verdades fundamentales, principios tan bien asentados y admitidos por todos los tratadistas, un método tan claro, conciso y rico en enseñanzas que, en verdad, lo conceptúo como una verdadera joya literaria y un oráculo inagotable de conocimientos y de principios destinados a enseñar la filosofía de la elocuencia de una manera elevada y didáctica.

A esa compilación yo he agregado de mi cosecha lo que me ha parecido más pertinente, y lo que la experiencia me ha enseñado en el modesto escenario de nuestra vida política y social.

Estas líneas, así sintetizando la materia, me han parecido el mejor sistema para aprender la esencia del arte, dejando de lado los extensos tratados de retórica que, no obstante, sirven como base de consulta.

Este cuadro es, sin duda, incompleto para representar el alma de ciencia tan conspicua, pero prestará sólido apo-

yo como elemento eficaz para comunicar las ideas, y brindará a los que naturaleza y talento hayan concedido ese don precioso, los recursos poderosos de ese arte de conmover, deleitar y transmitir las ideas de cerebro a cerebro, como átomos de luz que vivifican todas las almas.

Empeño asaz loable me ha parecido dedicar algunas vigiliias a poner en claro y del mejor modo posible la manera de proporcionar al país uno de los elementos más poderosos de civilización: la palabra tal como debe pensarse y ejercerse en todos los actos importantes de la vida nacional, la instrucción sobre las diversas formas retóricas del estilo, y la manera de componer un discurso, aranga o razonamiento, ofreciendo doctrinas, juicios y escogidos ejemplos de modelos oratorios y géneros de estilo, toda vez que el orador o escritor público no carezca de aptitud o disposición requeridas para tal cometido. Aparte de esto, como ya se dijo antes, este tratadito será de suma utilidad para todos aquellos que en las diversas situaciones de la vida social y política tengan ocasión o deber de acreditar por medio de la palabra el poder de la convicción o del talento; produciendo por medio de esta enseñanza palabras llenas de propiedad, gracia, vehemencias oportunas que, en resumen, son el alma del discurso, servidas por una lengua tan rica, sonora y inagestuosa como lo es la española.

Bien entendido, y que esto no se tome como una filípica, sino como cuerdo consejo: a los que Dios no les haya dado vocación, genial talento o facilidad para hablar en público, los que no tengan estudios y preparación conveniente sobre la materia, que no pretendan seguir las sendas de la elocuencia, porque de seguro irán al mal lamentable fracaso.

Debo consignar aquí, de acuerdo con los preceptistas, que esta clase de estudios no es propio de adolescentes, por lo general, pobres de ideas y conocimientos en esa edad en que aún están mamando la primera leche del saber. Esta enseñanza se dirige a espíritus ya algo cultivados, enriquecidos con escogidas lecturas, diestros ya en el manejo de la lengua materna, con principios de filosofía, historia, literatura, retórica, de ciencia y arte al menos

en sus conceptos generales, puesto que el bagaje completo de la oratoria se puede decir que es la enciclopedia.

Crear que alumnos bisoños, acabados de salir de las aulas, podrán en breve lucir su elocuencia, eso sería darle pábulo a la vanidad, pues según Plutarco, no es bueno que el muchacho hable y razone, sino hasta que venga a tener edad de hombre, cuando el tiempo y la oportunidad lo requieran, es decir, cuando pueda aplicar las reglas para expresar con calor lo que siente, cuando pueda interpretar los grandes afectos del corazón, cuando en su imaginación se retraten las grandes escenas de la vida, la superioridad y eficacia del pensamiento, los grandes latidos del corazón, la sublimidad del sentimiento.

He querido con estos estudios poner mi grano de arena en esta obra de interés nacional y por tanto digna del aplauso del patriotismo, escribiendo estas páginas que, aunque incorrectas, llevan al menos el sello de la sinceridad y el afán vehemente que abrigo de que nuestro país se levante grande, ilustrado y cuerdo por medio de los voceros de la palabra, que son heraldos de paz y gloria para los demás pueblos en el vasto y siempre creciente desarrollo de la civilización del mundo.

D. J. Guzmán

San Salvador, julio 29 de 1914.

PRIMERA PARTE

CONDICIONES DEL TALENTO ORATORIO

1a.—RAZÓN Y SENTIMIENTO.

Siendo la elocuencia un don natural, ella nació antes que la retórica como una necesidad primordial de los seres humanos de comunicarse sus ideas y hacer viable la vida de familia y la vida nacional. El hombre más o menos civilizado tiene sensaciones y posee el impulso irresistible de hacerlas conocer por medio del lenguaje; y cuando sabe sentir, sabe ser elocuente.

Que en el arte de hablar existen los preceptos para evitar los defectos del lenguaje, es cosa tan natural como que una tierra fecunda no da frutos sino mediante las labores que enseña la agricultura, como metales preciosos se esconden en el seno profundo y oculto del planeta, pero que sólo adquieren aplicación y brillo mediante el pulimento del arte. Así se explica como la naturaleza hace elocuentes a los hombres en los grandes asuntos, en las pasiones vehementes, en los grandes trances; y si esa naturaleza está pulida, si la imaginación está enriquecida con las galas del arte, entonces el hombre no solamente habla, sino que deleita y conmueve.

El arte por sí solo no procura los ingentes recursos del

talento y otras dotes naturales; pero sí dirige, combina, exorna, distribuye con método y hace lo que el arado en buena tierra, siembra bien y cosecha bien.

Tan cierto es que la elocuencia es un don natural, que él es común al hombre civilizado y al salvaje, y aunque éste no pueda formar un discurso, si tiene rasgos, imágenes, colorido y hasta grandeza en sus palabras, prueba de que ellas no tienen otra fuente más que el corazón.

Para la elocución, que es el habla pulida, noble, expansiva, agraciada y persuasiva, es necesario el auxilio de la retórica, que es el arte de bien decir, la que formó los Demóstenes, Cicerones, Tulios, Brutos, Antonios, Mirabeaux, Dantonés, O'Connells, Berryers, Castelares y otros muchos.

Entre las condiciones indispensables al orador está la del conocimiento del corazón humano, el de la lengua materna y de otras si es posible; la época en que se vive, la idea del gusto para presentar las ideas, el estudio de los preceptistas, el arte, en fin, de crear la variedad en el orden, el método y claridad, el colorido y pulcritud de la frase, la solidez del pensamiento, la facilidad de expresión, el ejercicio constante de componer y pulir, abrillantar los ensayos, de tomar modelo en los grandes oradores. Esto último, sobre todo, puede ser fecunda semilla si cae en hombres dotados de penetración, exquisito juicio, sensibilidad, inspiración, entusiasmo, ánimo recto y viril, condiciones favorables para traspasar las emociones y la convicción en el ánimo de los oyentes.

Por eso es que el tacto en el orador es una calidad superior que lo impulsa siempre a elegir asuntos dignos, grandes, elevados, que presten fuerza y elevación a sus dotes naturales; que cuando el tema es vulgar, estéril y sin interés no da lugar sino a vanas declamaciones. La verdadera elocuencia necesita, pues, del auxilio de muchas ciencias, entre ellas, la gramática, fundamento del habla, de la lógica para raciocinar, de la geometría para ordenar las verdades, de la historia como fuente fecunda de los acontecimientos, del derecho para interpretar las leyes, de la geografía, de la poesía para dar el colorido de las imágenes, en una palabra, de la enciclopedia como trípode potente so-

bre el que debe descansar toda la personalidad moral del orador.

2a.—SABIDURIA.

De lo que se acaba de decir se deduce: que es necesario al orador un caudal de conocimientos que le procuren pensamientos dignos y elevados, sólidamente asentados en la razón, la verdad y bondad de las cosas, sin cuyos requisitos su palabra no tendrá autoridad ni lustre: divagará en el vacío, acumulará pensamientos triviales y falsos, que podrán fascinar al ignorante, pero que harán reír al sabio o entendido en estas cosas. Por eso Platón decía que el arte de hablar es la unión del pensar elegante, veraz y sublime, que sólo así excedieron los grandes oradores antiguos y modernos.

Para expresarse de modo elegante y sublime es menester poseer gracia y gusto para exornar la oración; tacto para escojer lo mejor; dicción pura, correcta y decorosa; discreción en las galas, propiedad en las imágenes, oportunidad en las alusiones, verdad y profundidad en las sentencias, razón filosófica en los conceptos, tino y acierto en los pensamientos. Todos estos elementos son preciosos auxiliares que prestarán al orador substancia suficiente para producir nuevas verdades, juicios serenos, toques sublimes, vida y colorido en la palabra, profundidad en los afectos.

3a.—IMAGINACION.

Es facultad superior del intelecto que reproduce en la memoria las cosas visibles y materiales y ésta como un lente las refleja en la mente por medio de imágenes. La imaginación las percibe por medio de los sentidos, la memoria retiene las percepciones y la palabra las pinta por medio de imágenes.

Fortifican la imaginación: el conocimiento de la naturaleza y sus variados y portentosos fenómenos, los libros descriptivos de amena y elevada literatura, la Historia que reproduce los cuadros de la vida de las naciones y de los

hombres, las Bellas Artes, como la música, la pintura, la escultura, la mitología.

No debe abusarse de la imaginación ni de los colores. Al poeta le es permitido, lo mismo que al escritor, más amplitud en composiciones escritas; al orador solo cuando se trata de grandes hechos o de asuntos muy elevados, y entonces podrá acudir a imágenes de grande efecto para conmover el ánimo. Hechos triviales no merecen el honor de las imágenes impresionables, ni exceso de figuras que formarían el ridículo de una peroración.

En la oratoria la imaginación debe ser natural, es decir, conforme con las sensaciones o percepciones de las cosas reales; verdadera, que no acumule cosas incompatibles y falsas; no debe ser fantástica, que pinte cosas increíbles o seres inverosímiles, fuerte, que profundice los asuntos; florida, que embellezca el discurso con buenas galas; ardiente, que comunique vida y calor a la narración; moderada, cuando se emplea la discreción en los caracteres. El poder de la imaginación es tal que cuando sabe usar de la fuerza y gracia del colorido y reproducir fielmente los rasgos morales de un personaje, puede guiar el pincel de un pintor experto para producir un cuadro perfecto. Así, en lo terrible es sublime; en lo lastimoso tierna; en lo común amena; en lo grandioso llena de magestad y de numen.

Tales son los cuadros siguientes que darán idea del poder imaginativo de un escritor contemporáneo que presenta así la Historia: «Yo abro los fastos de la Historia; y de repente los muertos salen de la nada; y *todos bullen*; y *se apiñan* a mi alrededor. *¡Qué población! ¡qué rumor!* Los desiertos se hermocean, las antiguas ciudades vuelven a levantarse al lado de las nuevas; las generaciones amontonadas unas sobre otras *salen triunfantes de las tinieblas del sepulcro*; y los monumentos de su grandeza, que se salvaron del furor de los bárbaros, parece que tiemblan a su vista. *Oigo la voz de Catón declarando* la guerra a los vicios, miro a Bruto y a su hijo inmolados; soy testigo del suspiro de Tito; y acompaño a Escipión al Capitolio. ¡Qué teatro éste donde los hombres de todos los siglos y países

se hallan congregados: y allí hablan, obran y hace cada uno su papel sin embarazarse, sin confundirse! ¡Qué grande y magestuosa me parece la tierra después que el hombre halló el secreto de pintar el pensamiento, de inmortalizar el espíritu de los insignes varones, y de hacer resonar sus hazañas de polo a polo mil años después de muertos! *Me parece que veo la mano del hombre detener el tiempo en su veloz carrera.*»

Y esta pintura de Cervantes al describir la felicidad y simplicidad de la edad de oro: «Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y los corrientes ríos en magnífica abundancia les ofrecían sabrosas y trasparentes aguas.

En las quebradas de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su *república las solícitas y discretas abejas*, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; *aun no se había atrevido* la pesada reja del corvo arado a abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían.»

La naturalidad de estos ejemplos, la frase colorida y natural, el encañamiento y vigor de los pensamientos rinden tal belleza a la descripción que el orador está en camino de usar con toda propiedad esa templanza en el empleo de las galas, esa oportunidad que pide el asunto y que le evita el escollo del pedantismo o de lo estrambótico. Este es el método que pide el discurso bien ordenado para satisfacer al intelecto, y para hacer el discurso agradable y atrayente, vistiéndolo con imágenes naturales y exactas; encontrando aquí la imaginación extenso campo para impre-

sionar, sobre todo si las figuras son vivas e interesantes, que versen sobre asuntos magníficos, elevados, pintorescos. Toda la gracia de las imágenes está en saber escoger el colorido, la luz y la sombra y aplicarlos oportunamente, como el pintor que entresaca de su paleta los colores para producir en la tela esos efectos de luz que realzan poderosamente el cuadro y parecen comunicarle la vida y hasta el aliento de todo lo que vive y se perpetúa en el escenario solemne de la naturaleza.

4a.—SENTIMIENTOS DEL ÁNIMO.

Los rasgos vehementes o patéticos del ánimo son los que deben existir en el orador como base de la verdadera elocuencia, esa que no solamente atrae el aplauso de los oyentes, sino que también exalta y enternece el alma. Sin estos afectos, ¿cómo podría conmover a su auditorio? Un frío razonador ante un espectáculo grandioso o una escena de muerte es un declamador lánguido y pesado que impacienta. Un pintor diestro y vivaz que expresa los afectos con ingenio y calor, se apodera pronto del ánimo de sus oyentes, los transporta y los lleva a sentir como él siente.

Fuerza de imaginación y sentimiento en el corazón son los dos grandes pedestales de la elocuencia, porque sólo con ellos se puede inspirar en los oyentes las grandes virtudes, los grandes arranques del alma, las grandes sensaciones, los heroísmos, la bajeza del vicio, los horrores de la tiranía.

En los discursos patéticos, en medio de un auditorio impresionado por un grande acontecimiento trágico, es mejor hablar poco y con expresiones vehementes. El orador, si es hábil y listo, no perderá su tiempo en largas disquisiciones: poseído de la pasión toma la idea dominante, se fija en ella, la expone en términos breves y vehementes, se suspende, calla, anima su rostro con el sentimiento que le embarga, y luego vuelve a ella por exclamación o admiración, fraseando breve, con desahogos interrumpidos, con reticencias naturales para dejar la razón por concluir, dando a entender lo que no se dice, pero que el oyente lo tiene ya

ên la mente, todo con un ademán apropiado; que nunca habla mejor el sentimiento que cuando todo se expresa por la acción y el silencio, que parecen llevar de la mano la inspiración para dar lugar al estallido de la emoción.

Véase en este ejemplo la vehemencia de los sentimientos. El caballero Sidney, desde su calabozo, de donde debía salir para el patíbulo, escribe con la sangre de sus venas este terrible billete a su mujer: «¡Querida esposa! tu oráculo se ha cumplido... me han condenado a muerte como rebelde: mas yo muero inocente, y digno de tu amor. Consuélate... Si tu esposo no muere todo entero... su alma te espera más allá del sepulcro.» La esposa implora en vano la gracia del cruel ejecutor, y viéndose estrechada por las torpes sollicitaciones del árbitro de la vida del preso, que se la ofrece al costo de su honor, le contesta con estas vigorosas palabras: «¡Inhumano! ¡esperas que compres con mi afrenta tu clemencia! ¡Y no puedes ser justo sin que yo sea adúltera!... Yo no tuve más que un padre, y no tendré más que un marido. ¡Esposo mio!... ¡Qué! Tú has de morir; y yo puedo salvarte? No lo puedo.... Si yo he de padecer el odio de mi patria, o he de merecerlo. ¡Oh! tentación terrible. ¡ídolo del alma mía! cree.... muere virtuoso, que yo viviré infeliz, mas no deshonrada.»

La naturalidad y sencillez de la expresión se realza en gran manera por la situación del que habla y por lo lastimoso del asunto. Tal es el trance de aquella aldeana que abrazada a los pies del cadáver de su marido, bañada en lágrimas exclamaba: «¡Ah! ¡cuando yo te envié, no pensaba que estas pies te llevasen a la muerte!» Y aquella voz sublime del padre dirigiendo consejos a su hijo: «Dirás siempre verdad: a nadie prometas lo que no quieras cumplir: te lo ruego por esos pies que calentaba yo con mis manos cuando estabas en la cuna.» ¡Qué imagen tan tierna y dulce!

Y esa otra sublime sencillez de un caudillo de salvajes a un gobernador europeo que pretendía hacer trasmigar su tribu: «Nosotros, le dice, hemos nacido en esta tierra, y en ella están enterrados los huesos de nuestros padres. ¿Dire_

mos a los huesos de nuestros padres: levantaos y venid con nosotros a una tierra extraña?

5a.—DEL GUSTO.

El gusto consiste en un recto juicio para distinguir lo bueno de lo malo; es un natural discernimiento o tacto intelectual de acuerdo con la costumbre y el sentimiento moral. Es la medida de comparación entre los objetos, la distancia que hay entre lo grande y lo humilde. En materia de gusto oratorio no hay regla fija, como sucede en la interpretación de toda obra de arte; pero circunscribiéndonos al arte oratoria debe estarse a los preceptos siguientes:

{ Corrección,
{ Pureza,
{ Facilidad,
{ Naturalidad y hermosura.

Todo lo que ofende a estas propiedades es de mal gusto, y nace de la ignorancia, torpeza de los sentidos, educación escasa, corrupción de estilo y de la escasa razón de las cosas. Y de allí se origina la vanidad de singularizarse, la ambición de sobresalir y buscar aplausos, de crear estilos extravagantes y hasta monstruosos, de emplear un lenguaje complicado e inexplicable para que el oyente no pueda entenderlo, ni el orador entenderse a sí mismo, enjarretando antítesis simétricas, hipérbolos colosales, metáforas indescifrables, alegorías monstruosas, sentencias forzadas y vulgares, símiles incoherentes, conceptos falsos, afiligranamientos ridículos.

Así pues, un gusto delicado depende más del buen sentido de entender bien las cosas, de escoger lo bueno, que de los recursos de la inteligencia; al grado que de mil personas de buen juicio se cuenta una de buen gusto, y de mil de buen gusto una de gusto delicado.

Rara es la elocuencia de los afectos; y más fácil le es al ingenio conmover que persuadir, porque lo primero solo nace de un corazón grande y sensible, y esto es lo que

forma la elocuencia natural de lo sublime y patético que sólo depende de la naturaleza. He aquí por qué es imposible dictar regla, ni acatar modelos perfectos del gusto, aunque éstos en verdad lo auxilién y encaminen, y que sean aplicables a todos los géneros y situaciones; y el único principio general es el que queda establecido en líneas anteriores.

6a.—INGENIO.

El orador que carece de este don es como la lámpara que no ilumina por falta de aceite. Considerado como alta calidad intelectual, el ingenio es igual al numen o genio, el cual no se adquiere ni por el estudio, ni por el arte, y es el que colocado más allá de lo terrenal nos hace aptos para interpretar y crear todas las grandes cosas del pensamiento y del corazón. Así a los que poseen ese don de los predestinados, los que pueden crear grandes asuntos o dominar sobre todo el oleaje del pensamiento se les llama hombres de talento o de ingenio sobresaliente. El ingenio es la natural inclinación que cada uno siente por el ejercicio de una ciencia o arte, el dominio completo que sobre ellas puede alcanzar: Napoleón I fue un genio militar. Numen es el agente misterioso que mueve las almas, que inspira al talento humano las grandes cosas del entendimiento, y lo eleva casi a la región de lo divino y superior: Víctor Hugo tuvo numen, fue un genio, como Platón y Homero que elevaron el arte a lo sublime, y la admiración humana ha considerado a esos genios como algo de sobrenatural.

No es hombre de ingenio, apesar de estar dotado de gusto exquisito y feliz inspiración, sino el que crea y produce de por sí algo que revela novedad y singularidad en los pensamientos, la grandeza e importancia de ellos, buen gusto y delicado estilo para presentarlos, gracia y virtud muy poco común, puesto que son cualidades que solo dependen y nacen en el hombre de ingenio.

El orador de verdadero talento lo domina todo con el imperio de su numen servido por la palabra: pinta al pla-

neta con imágenes, enciende las pasiones; hace hablar al silencio mismo; exalta la virtud, la hermosura, el honor; deprime los vicios; execra el crimen; levanta al caído, consuela al afligido: da bríos insuperables al valor y al heroísmo. Así el que no tiene en el alma algo de esa centella que se llama inspiración, genio, en vano invocará reglas y estudios que no lo alzarán nunca a las regiones del huracán.

El hombre erudito puede ser un razonador agradable; el memorista puede almacenar en su cerebro materiales tomados de otros cerebros; el Improvisador mismo, como loca mariposa revoloteará por algún tiempo en torno de una luz fulgente; pero de eso a poseer el don del ingenio hay gran distancia, como la hay entre el cantero que extrae abruptos bloques de mármol sin vida, mientras llega el alado genio de un cincel mágico que los convierte en estatuas vivientes o en monumentos que a través del tiempo están allí parados solemnemente como signo de la grandeza de los extintos imperios. No por eso debe creerse que el ingenio sea siempre feliz. Como todas las cosas humanas puede extraviarse, y remontándose en alas de una imaginación exagerada, producir creaciones inverosímiles, rayanas en el ridículo y en fantasías pletóricas, propias de los declamadores de calles, cosa muy diversa de lo que es la novedad y naturalidad de la expresión, el colorido y brillantez del estilo, que es lo que da verdadero mérito al hombre de genio.

ELOCUCIÓN

Elocución es el conjunto de reglas para expresar bien el lenguaje y los principios prácticos del talento oratorio. Tiene dos partes: dicción de las palabras, y composición o arreglo de ellas, que es el estilo.

Dicción.—Toda oración o discurso se compone de períodos, éstos de miembros, los miembros de vocablos, y éstos de sílabas.

Sílabas.—Estas son vocales y consonantes y de la unión de éstas, y de su trabazón se origina la mayor o menor suavidad o su mayor o menor dureza. Las vocales

son más dulces que las consonantes y dan mayor lenidad a la oración. Evítese la colisión de las vocales que hiere desagradablemente al sentido, ateniéndose al buen oído, que es buen juez. Las palabras compuestas de sonidos blandos son muy gratas al oído, como ásperas las que tienen muchas consonantes o vocales seguidas como *aa* y *oo*, cuya pronunciación equivale a un bostezo: *oía a ambos; leyó o oyó otros informes*. Inviértase el orden de las palabras, y dígase: *a entrambos oía; otros informes leyó ú oyó*. Para evitar el choque de las vocales de la misma clase, empléese la sinalefa: *la agua, la ama, la harpa*, y se dice: el agua, el ama, etc. Por enfonía se evita el sonido fatigante de dos vocales semejantes, cambiando de sílabas: *Me seguían mis enemigos llenos de furor y ira*, por *furor e ira*. Sonete es el vicio de la consonancia de sílabas muy cercanas: *Estos ecos, lejos suenan, tres martillazos, tos, cos, jos*, que son muy disonantes. La cacofonía es la colocación viciosa de las sílabas, empleando consonantes ásperas y rechinantes: *sus sucios sucesos; error remoto raro y renegado*. Por apócope se evita el mal sonido de las sílabas que se hieren, suprimiendo la sílaba del fin de dicción: *primero amor, postrero aliento, tercero artículo*, se dice: primer amor, postrer aliento, tercer artículo. Hay letras que repetidas en las primeras sílabas llevando *l* suenan con dulzura: *Lo lindo agrada y la luz ofende*. Para expresar cosas duras o terribles deben servir las letras ásperas que expresan energía: *Rotos del rayo los riscos se derumban; la ronca trompa que hórrida resuena*.

Los vocablos largos tienen cierta resonancia musical y vigorizan la estructura del estilo grandioso, altisonante, grandilocuente. ^a

De las palabras.—Las frases y sentencias se componen de palabras, y cada palabra^a expresa una idea, debiendo seguir aquellas la natural filiación del pensamiento, es decir, que se ha de guardar la prioridad de calidad, de tiempo, de cantidad, de lugar. Así, en este ejemplo: sin padre ni madre, no hay familia; las ciudades y villas eran numerosas, etc.

Todas las palabras al representar nuestras ideas, de-

ben guardar el orden gradual conforme a la acción y naturaleza de las cosas, para darles mayor eficacia, como en estos ejemplos: *Este hombre violento, cruel y atroz; la herida era grave, peligrosa, mortal.*

La colocación del adjetivo que acompaña el sustantivo, no es indiferente, y según su lugar, anteponiéndolo o posponiéndolo cambia el sentido de las palabras; así, en estas frases: No se alcanza la vida buena dándose buena vida. Con el adjetivo buena se expresan dos ideas diferentes, según su colocación: la vida *buena* es la vida honrada, y la *buena* vida es la de los placeres. La habitación nueva del primer piso es la nueva habitación que ocupamos; la *nueva* del primer piso se refiere a la construcción, y la segunda *nueva* al cambio de vivienda.

Cuando el adjetivo denota calidad, debe anteponerse: el frágil vidrio, el duro mármol. Cuando denota calidad accidental, debe posponerse: el agua dulce, los cabellos rubios, porque no toda agua es dulce, ni todos los cabellos son rubios. No es indiferente la colocación del adjetivo cuando debe graduarse el sentido más o menos exacto de una cosa: Recibió una mortal herida, no es lo mismo que decir, recibió una herida mortal. En el primer caso se trata de una herida grave, pero en el segundo se refiere a una lesión que fatalmente debe ocasionar la muerte; y esto es sustancial en los dictámenes médico-legales.

Debe posponerse también el adjetivo cuando las palabras tienen estrecha relación con otras. Así: En el país había órdenes militares y no militares órdenes, porque las hay también monásticas; se dice, música vocal, porque la hay instrumental.

Cuando el adjetivo no califica la propiedad inherente a una cosa, es indiferente su colocación: se dice bien: prosapia ilustre, o ilustre prosapia; pensamientos nobles o nobles pensamientos.

En los adjetivos superlativos se anteponen éstos para darle mayor sonoridad a la frase: intrepidísima amazona, atrocísima maldad.

Los verbos, adverbios, conjunciones, pronombres y otras partículas de la oración deben colocarse según lo prescribe

el uso autorizado por la gramática; aunque la armonía oratoria puede alterar muchas veces el orden de la construcción, pero siempre teniendo en cuenta que la gramática sirve para construir, la lógica para raciocinar y la retórica para componer.

De las comas.—Los períodos o frases deben separarse por medio de comas, y éstas se colocan del modo siguiente: cuando no se cierra el sentido de una proposición: «Si con tantos escarmientos, si después de tantos consejos, si con la muerte de tu amigo, *no se enmendó de sus faltas.*» Esta última es la sentencia final. A veces se ponen otras comas que cierran por sí solas el sentido y juntas completan la oración: Deleitaba a todos, movía a muchos, instruía a pocos. En la oración principal suele interponerse un período, como paréntesis sentencioso que le da más fuerza: Los hombres que desean honra, *que son los más*, procuran obrar bien. Estos paréntesis deben ser breves, para no afejar la frase y entonces tienen gracia y viveza: Quería vender, *¡oh traición abominable!* la patria que antes había defendido. Por último, otras comas se colocan después de cada vocablo cuando hay varios en la frase, como es uso corriente.

Cláusulas o colones.—El período se divide en cláusulas o colones, y queda manco cuando sus miembros no cierran sentencia: Si la religión es tan necesaria al hombre, y hasta los pueblos más salvajes no la desconocen. Falta aquí una conclusión, cual sería: *como elemento del orden social.* Hay otros miembros o palabras que por sí son perfectas, aunque enlacen otras sin relación entre sí, pero que amplifican y fortalecen la sentencia principal y forman período perfecto: «El paso del Gránico hace a Alejandro Magno dueño de las colonias griegas; la batalla de Uso pone a Tiro y a Egipto en su poder; y la jornada de Arbela le sujeta el Asia toda».

Puede haber miembros del período que por sí sean completos, pero siendo el primero correlativo del segundo debe seguir éste para que haya sentido perfecto: Así: Los buenos buscan a los buenos; y los malos a los malos.

Períodos.—Son las partes de que consta una sentencia,

un fragmento, y para su estructura se emplean divisiones por medio de comas, que señalan la pausa para recitar con compás y cadencia el discurso. No hay regla fija para determinar el número de miembros de que debe constar el período. Pero, como regla general, deben los períodos adaptarse a la naturaleza, circunstancias y fin del asunto de que se trata. Tampoco deben ser ni cortos, ni largos; porque los primeros fatigan por su continua interrupción, padece el ánimo del oyente, cansando la memoria las repetidas sentencias; y los segundos embarazan la pronunciación, fatigan el oído, distraen la atención.

Para evitar extremos se admiten períodos bimembres, trimembres y cuatrimembres. Este es un período bímembre: «Siendo la patria la que nos ha dado el nacimiento, la educación y la fortuna; debemos, como buenos ciudadanos, sacrificarnos por ella». Período trimembre: «Antes que la guerra destruya nuestros hogares, y la bárbara soldadesca deshonoré nuestras hijas; recojamos todos los bienes y recuerdos del hogar; ¿caminemos en busca del reposo y la seguridad en los incultos montes». Período cuatrimembre: «Los impíos dudan del autor de sus días, blasfeman contra el Criador de todo; se mofan de lo más sagrado de la vida; pero su incredulidad los arroja en el infierno de los remordimientos.»

La distribución de los miembros de una proposición no está sujeta sino al sentido de la oración. A veces se colocan primero los tres primeros miembros, terminándose con el cuarto. La diversa construcción de los períodos origina la diversidad de estilos. La extensión de los períodos forma estilo abundoso y rotundo, que es el que da más pompa y magestad al discurso, como lo usaba en casi todos sus grandes discursos el grandilocuente Castelar; pero no debe excederse en este género, sino que es conveniente intercalar entre períodos largos algunos breves, aunque sean menos sonoros. En ciertos casos, para atender a la armonía y elegancia, debe sacrificarse la cortedad de la frase, para darle a ésta mayor gala y riqueza, rotundidad y cadencia, como se ve en el siguiente trozo:

«La bóveda de cristal que en la ciencia de la Edad

Media encerrara, como bajo inmensa máquina neumática, nuestro sistema planetario, cayó hecha trizas cuando el *lente de Galileo* exploró los espacios; la tierra, tenida antes por plana e inmóvil como la losa de un sepulcro, comenzó a sentir que se movía y a impulsar con su propio movimiento el movimiento de la humanidad; y si bien perdimos el imaginario centro de las esferas, y dejamos de referirlo todo a nuestra existencia; en cambio *pesamos en el pensamiento de Newton* la gravitación universal, anotamos con Klepero *las notas misteriosas del concierto* de los orbes; conocimos con Laplace las *leyes de la mecánica celeste*; contamos los planetas que se acercan al sol a enrojecerse *como mariposas de oro*, en sus ardientes llamas: los grandes mundos, que fuera ya casi del alcance de la atracción, andan con tardo paso acompañados de sus lufas que *omorosas les van siguiendo en su carrera* triunfal por lo infinito; perdimos el temor que nuestros predecesores tuvieran a los cometas, y donde ellos vieron la espada de fuego pronta a expulsarlos del edén de la vida, vemos nosotros, o una débil gasa de materia cósmica, o la esperanza y el presentimiento de un nuevo mundo: adivinamos que más allá del alcance de nuestra vista, de nuestros telescopios y de nuestras observaciones, *acaso hierven nuevos planetas*, renovándose todos los días el milagro de la creación; y *lejos de caer abrumados* con la idea de nuestra pequeñez bajo la inmensa pesadumbre de tanta grandeza, como la materia misma se espiritualiza en nuestras manos con el gas, la electricidad y el impalpable magnetismo, aunque perdidos en las ondas de los orbes y de soles prorrumpimos en himnos de triunfo, conociendo que la inmensidad y el cielo son también la patria de nuestro organismo, y que por habitante del gran cosmos, nuestro cuerpo tiene, como nuestro espíritu, lo infinito por «arado y luminoso santuario». (Castelar). Difícil, sino imposible es dar mayor amplitud, número, extensión y magnificencia a esta serie grandiosa de períodos, sin que embaracen la copia de sus cláusulas, ni la plenitud majestuosa del pensamiento, y sin fatigar la atención del oyente, le lleva de sorpresa en sorpresa a admirar todas las maravillas de la mecánica celeste.

La cortedad de los períodos forma el estilo truncado. Parece más nervioso, pero es más débil, porque la desunión de sus partes deja inutilizada su propia fuerza; corta el paso al discurso, sus miembros disgregados no forman cuerpo, ni sostienen o alcanzan la convicción.

La regla general es: en toda composición debe dominar una idea; en toda oración hay un sujeto principal que rige las partes de la sentencia, sin entreverar distintos objetos inconexos que oscurezcan y desvirtuen el período; por consiguiente, debe estarse por la concisión y no por la redundancia.

A pesar de la puntuación se incurre en este defecto; y la retórica no admite más de cinco miembros; los miembros pueden constar de muchas comas, y las sentencias deben ir enlazadas unas con otras. La puntuación no solamente señala las pausas y los tonos fonéticos, sino que distingue el sentido de las ideas por el lugar que ocupan en la oración. Las fórmulas copulativas, disyuntivas, transitivas, o adversativas se designan por, | ; | : | . El que no sabe puntuar no puede ser leído, ni el lector pronunciar bien lo que ha escrito el puntuador. Puntuar bien, es sentir bien lo que se escribe.

Número oratorio.—Este es el que forma la armonía de la elocución; y ésta se origina de la medida, construcción y concierto de la parte de la oración, evitando los períodos demasiado largos, las cláusulas ahogadas. Las cláusulas del período deben ser llenas de hermosura y majestad para embellecer el discurso toda vez que así lo requiera el asunto, y para desvanecer el artificio de los números. Ejemplo de número oratorio es este tomado de Saavedra: «Cayó el Imperio Romano, y cayeron, como es ordinario, envueltas en sus ruinas las ciencias y las artes; hasta que, dividida aquella grandeza, y asentados los dominios de Italia en diversas formas de Gobierno, floreció la paz, y volvieron a brotar al lado las ciencias».

Para algunos escritores el número oratorio está más en la estructura mecánica de la frase, que en la composición del período; sin sobrecargar éste con miembros accesorios a la idea principal que confunden el orden y sentido de la sentencia, en daño de la claridad y elegancia. La variedad es la que

deleita en todas las cosas. El numen mueve, deleita y suspende; pero debe atenerse a la variada estructura de la frase, y este es el arte del escritor, no trabar sílabas y palabras de un mismo tenor y sonido, y su instinto musical es el que percibe la armonía de las palabras y la grata consonancia del número, nacida de la igualdad, discreta distribución y concierto de los miembros del período; como se ve en este ejemplo del P. Márquez: «Antes que el alma siga a toda rienda el deleite del sentido, le parece suave cosa al varón santo mortificar el deseo, y domar la inclinación rebelde de la carne, borrando con pensamientos amargos las memorias dulces de la sensualidad».

DE LA ARMONIA

La armonía en el lenguaje es la agradable sensación que resulta de la simultaneidad de muchos sonidos acordes que hieren el oído. La melodía es la sucesión de muchos sonidos agradables. La idea de armonía es la que expresa la voz melodía. Por la armonía del lenguaje expresamos los movimientos de afectos y el espíritu de nuestros pensamientos; pintamos a los oídos, como el hábil pintor a los ojos con los colores. Así es que el que tiene buen oído, percibe el buen sonido y dulzura de las palabras, como en el caso contrario, no hay reglas ni ejemplos que puedan formarlos. La armonía de la prosa se alcanza por cierto tino, buen gusto, y discreción para que no degeneren en metro, lo que sería un defecto.

El prosista debe evitar la simétrica sonoridad, cortando o dilatando las frases, interpolando el claro y el obscuro; y de allí que sea muy difícil tomar con economía y tiento el aire musical, al escribir en prosa. Solís dió a la prosa el número armonioso, cuando dijo: «Los hechos de Cristóbal Colón, lo que obró Hernando Cortéz, y lo que se debió a Pizarro, son tres argumentos de historia grandes, compuestos de aquellas ilustres hazañas y admirables accidentes de ambas fortunas, que dan materia a los anales, agradable alimento a la memoria, y útiles ejemplos al entendimiento y valor de los hombres».

La armonía del estilo depende de la que tengan los pe-

ríodos, y de la de los miembros de éstos, atendiendo a la modulación agradable, de todas estas partes, y a la buena coordinación del todo. Para la modulación mídase el valor silábico de las palabras, que forman la frase, su largueza o brevedad, su sonido lento o rápido, su acentuación aguda o grave. En cuanto a la coordinación de las palabras, que es otro principio importante de armonía oratoria, depende del idioma y del manejo que de éste se haga, y más que todo de la fantasía, numen o inspiración del escritor u orador; sobre todo si éste emplea el español que es la lengua que más contribuye y se presta a cambiar la coordinación natural de las frases, la que mejor armoniza y da grandeza a los períodos, ornato superior al estilo, delicadeza y novedad al discurso.

Para la armonía del estilo no solamente se deben escoger las palabras más fluidas y sonoras, llenas, sino saberlas colocar; formar con tal arte las frases, con tal sonoridad y elevación que correspondan a la alteza del asunto sosteniéndolo con la rotundidad y belleza de los períodos. Tal es este bellissimo ejemplo de don Emilio Castelar, hablando de la patria:

«Quiero ser español, y solo español; yo quiero hablar el idioma de Cervantes, quiero recitar los versos de Calderón: quiero teñir mi fantasía con los matices que llevaban disueltos en sus paletas Murillo y Velásquez; quiero considerar como mis pergaminos de nobleza nacional la historia de Viriato y del Cid; quiero llevar en el escudo de mi patria las naves de los catalanes que conquistaron el Oriente y las naves de los andaluces que descubrieron el Occidente; quiero ser de esta tierra, tendida entre los riscos de los Pirineos y las olas del gaditano mar; de toda esta tierra, ungida, santificada por las lágrimas que le costara a mi madre mi existencia; de toda esta tierra, redimida por la catada del extranjero y de sus codicias por el heroísmo y el martirio de nuestros inmortales abuelos».

La oportuna y lógica colocación de las palabras es fuente de armonía y hermosura de la frase; y solo podrá alterar el orador este orden, ya sacrificando la armonía, ya la corrección; la primera, cuando quiera herir con las cosas,

y la segunda, cuando tienda a mover con las palabras de modo que den ornato, número y plenitud a la sentencia.

El que quiera dar gracia y nobleza a la sentencia, evite en lo posible, los pronombres él, ella, ello, que son insonoros, y tú, mí, vos y los muchos monosílabos seguidos; como en este ejemplo: «prendas admirables *de un tan gran rey*; valía decir: prendas admirables de tan gran monarca.

La coordinación oratoria de las palabras debe hacerse con cuidado y delicado gusto en su colocación; así decía el Maestro León trasponiendo el orden de las palabras: «Asido estaba Job a su virtud, no con duda y flaqueza, sino con pecho valiente y ánimo esforzado».

Se da mayor fuerza a la sentencia colocando dos verbos antes o después del sujeto: «A todos injuria y tiraniza; o bien injuria y tiraniza a todos».

Propiedad de la dicción. La propiedad de la dicción estriba en la perfección del lenguaje, sin la cual no hay elocuencia. De la propiedad de los términos se origina la concisión en filosofía, la elegancia en lo ameno, y la energía en lo sublime y patético. Es cierto que hablar con propiedad corta el vuelo al ingenio, la inspiración al numen, pero campo sobrado hay para no olvidar el estudio serio del idioma, para dar propiedad a las palabras. Hablando del elogio de un poeta dice un autor: «Es semejante a un prado florido, donde parece que se está riendo todo cuanto hay». El verbo reírse no puede aplicarse a cosas inanimadas, porque encierra con el sentido de alegría, otro de burla o de desprecio, y equivaldría al contrasentido de que los prados se alegrasen y se burlasen de sí mismos.

Escritores de valía cometen, sin duda por descuido, faltas de concordancia, infracciones periódicas y ortográficas. Estas, que parecen cosas de poca monta, ocasionan trastornos tales en las frases que una coma mal colocada da al traste con el sentido de la oración. Véase el siguiente ejemplo. El padre de un estudiante recibió del director de un colegio la siguiente carta:

«Antonio observa buena conducta; es generalmente muy aplicado en alemán y ejercicios físicos; no lo es, en absolu-

to, en cuanto concierne a los demás estudios; muy bien de salud: baste decirle que en todo el año de pupillaje no ha tenido siquiera un leve resfrío».

No siendo esta carta muy satisfactoria, el estudiante, que era entendido en ortografía, cambiola así:

«Antonio observa buena conducta; es generalmente muy aplicado; en alemán y ejercicios físicos no lo es en absoluto; en cuanto concierne a todos los demás estudios muy bien. De salud, baste decirle que en todo el año de pupillaje no ha tenido siquiera un leve resfrío».

No hay una palabra cambiada, pero la ortografía cambió todo el sentido de la carta.

Una de las leyes del lenguaje flexible y elegante, es la buena acentuación; y entre los acentos, el prosódico, que convierte una voz clara y elegante en ahuecada y desahuecada, si indebidamente se torna en esdrújulo o vice-versa; También es defecto de dicción suprimir, cambiar o agregar letras a las palabras consagradas ya por el léxico, o alterar el sentido propio de las palabras, diciendo lo que no es verdad, o formando tiempos de verbo que no existen.

Por esos barrios de nuestra ciudad-capital se leen estos anuncios:

A la ciudad de Londres. City es el centro comercial de Londres.

A la villa de París. Villa es granja o casa.

En una luciente chapa de médico. Obstetricia para mujeres!.....

En una sombrerería de barrio. Aquí se *renovan* sombreros.

Sinónimos.—Estos deben elegirse con inteligencia y acierto, colocándolos oportunamente para evitar la profusión de palabras análogas y a veces equívocas. El orador debe conocer el uso escrupuloso de las palabras, aun en aquellas, que pareciéndolo, no tienen el mismo y cabal sentido. Véanse en estos ejemplos palabras que parecen idénticas, y sin embargo, tienen distinta acepción: *Tranquilidad*. Es la quietud absoluta de lo que no ha estado inquieto; *reposo*, es la quietud de lo que ha sido movido; *sosiego*, es la quietud

de lo que ha estado agitado; *descanso*, es la quietud de lo que ha sufrido fatiga o trabajo.

Gozo, alegría y júbilo son voces que muchos confunden en su sentido propio; *Gozo*, es el deleite del bien apetecido que al fin se posee; *alegría*, es contento del ánimo que se manifiesta al exterior; *júbilo*, es la manifestación que se origina en las multitudes por un gran acontecimiento.

Pleonasmo es la exuberancia de palabras análogas, que es uno de los vicios del estilo, pues no es el número, sino la diversidad la que levanta el discurso, como en un banquete no es el número de platos lo que lo magnifica, sino la variedad y riqueza de los manjares. El orador debe tener pulso fino y seguro en la exactitud filosófica y en el conocimiento del idioma. Véase en los ejemplos siguientes la acepción propia de cada voz, para poderlas usar correctamente:

Avenir.—Se aviene a las personas discordes por opiniones;

Acomodar.—Se acomoda a las que disputan sobre intereses.

Reconciliar.—Se reconcilia a las que se habían hecho enemigos.

Estado.—Se refiere a alguna cosa permanente: "Ni el estado de padre pudo mudar la situación de su fortuna."

Situación. Esta es accidental o mudable: "La situación de la fortuna es varia, según los negocios."

Austeridad.

Rigor.

Severidad.

Parecen palabras idénticas, pero pueden expresar ideas diferentes: "Vivía con austeridad, pensaba siempre con rigor, y castigaba con severidad."

Regio, real, es lo perteneciente al rey; pero la acepción cambia según la aplicación; así: banquete regio, Palacio real; *puerco*, es ya en sentido material, ya en el figurado: una piara de puercos; el puerco de Epicureo; marrano es despreciativo; cochina, se dice de la persona sucia.

Palabras facultativas.—Son las técnicas de ciencias y artes tan necesarias para la buena expresión de las ideas. Así: El buen capitán debe revistar a sus soldados, y no registrar; la caballería rompió el medio del ejército, debiendo decir el centro, que es la voz de los tácticos.

El orador, no obstante que no está obligado a seguir el lenguaje del escritor militar, no debe por esto equivocarse el sentido de las palabras técnicas, ni emplearlas impropriamente. Sería ridículo narrando una batalla naval llamar a un almirante campeón, atleta, adalid, términos que se refieren a la milicia terrestre. De donde se deduce, que para oradores y escritores es de ley gramatical no ignorar las peculiaridades del lenguaje técnico; y en todo caso, si este se ignora, no meterse en esos trigales; sobre todo, cuando el lenguaje científico va en pos de nuevos y constantes cambios, según el adelanto del progreso.

Arcaísmos.—Son las palabras anticuadas y fuera de uso. No es autorizado su uso, si se emplean es parte de la ignorancia de las nuevas, o por pedantería o afectación, defecto todavía más singular en el estilo serio y culto. Así, son locuciones extravagantes: Enderezar una epístola, *por* dirigir una carta; ver salir las naos, y no las naves; doblar el promontorio, y no el Cabo; desfacer tuertos, por vengar injusticias. Muertas son éstas: *Apostura*, por gentileza; *aina*, por pronto; *guisa*, por manera; *ende*, por de allí; *luengo*, por largo.

Hay voces que, anticuadas, dan dulzura y majestad a la frase, usándolas con moderación; tales son, por ejemplo. ánima por alma; dulcedumbre por dulzura; contentamiento por contento; pesadumbre por peso; raudó por rápido; divino por divino etc. Las voces latinizadas deben eliminarse, siendo viejas, porque huelen a bachillería importuna. Tales son: almo por puro; rutilante por brillante; gárrulo por charlante; inopía por pobreza; mensura por medida; cubículo por aposentillo etc.

En el discurso elocuente debe evitarse en lo posible la dicción extranjera, latina o griega, salvo el caso en que en la propia lengua no se encuentren voces adecuadas. Así, aunque sean voces latinas, diremos bien: pretor, centurión, edil, tribuno; y las griegas: filantropía, misantropía, afrodisiaco, patético etc., y esto tan solamente en el sentido filosófico o didáctico. En oratoria serían de muy mal gusto y de peor impresión emplear voces que significan acciones indecentes: estupro, meretriz, onanismo, priapismo etc.

Grave defecto es para escritores y oradores afrancesar

palabras que abundan en el castellano, emplear giros que no son de la índole de nuestro idioma, alardeando de una pedantería nociva al lenguaje propio, para emplear galicismos que son advenedizos; como financiero, por rentístico; se habla de finanzas del Estado; cuando esta palabra antigua no significa negocios, sino fianza, rescate; se dice: tuvo lugar por verificarse; y esto es, como decía Lope de Vega, dejar la propia mujer por la ramera hermosa.

Elección de las palabras que forman la elocución.—Dicho lo anterior, se trata ahora de escoger las palabras más propias, castizas, claras, enérgicas, ilustres, significantes que den orden, belleza y esplendor al discurso. Las palabras son la imagen de nuestras ideas, y por tanto, deben ser nobles y grandes como las mejores galas del espíritu.

Palabras figuradas. Son las voces comunes que, aplicada con propiedad dan brillo y energía al lenguaje. La palabra relampaguear, indica arrojar luz o brillar mucho, efecto de la electricidad intensa; y si decimos: relampagueaba en sus ojos la llama del poder divino, pintamos con energía y similitud, empleamos una metáfora que realza la grandeza de la expresión.

Palabras enérgicas.—Son las que se emplean para dar vigor a la expresión formando imágenes de igual intensidad. De Turena se dijo: “Viéronle en la batalla de las dunas arrancar las armas a los soldados extranjeros, encarnizados en los vencidos con brutal ferocidad.” ¡Qué energía en las voces arrancar, encarnizados y brutal! Cada una denota la fuerza, la ferocidad, la ira sobre la presa. Moisés dijo: “Enviaste, Señor, tu ira que los consumió como una paja.” Esta imagen es grande y terrible, porque consumir, aniquilar en el acto un grande ejército como una paja, es la significación más grande que puede hacerse en un lenguaje humano. Las voces consumir y paja son comunes, pero figuradas de ese modo representan imágenes muy vivas, extraordinarias; de tal modo, que con palabras comunes, según su oportuna aplicación, se alcanzan admirables efectos de expresión.

Epítetos.—Son los adjetivos que califican al sustantivo o sujeto, y que contribuyen poderosamente a dar energía y

nobleza al pensamiento, sobre todo empleándolas en sentido figurado: El brazo vencedor de Alejandro, las águilas triunfantes de César, el acerado puñal de Bruto, el genio omnipotente de Napoleón, el lirismo olímpico de Víctor Hugo. En todos estos epítetos se ve la energía, nobleza, dignidad, elevación de los sentimientos del ánimo, o la grandeza del hombre como genio.

Otros epítetos van íntimamente unidos a la calidad típica del sujeto y lo designan con su carácter propio: “El piadoso Numa suavizó su pueblo con la religión.” Sería incongruente llamarle justo, no siendo esa su calidad. “El temerario Carlos XII pereció en el peligro que buscaba.” Sería impropio llamarle generoso, tratándose del peligro.

Epítetos propios: El sabio Alfonso, el ambicioso Alejandro, el justo Aristidés, el avariento Crespo, la opulenta Tiro, la heroica San Salvador.

Los epítetos supérfluos son los que nada añaden a las calidades del sujeto: “Resistía las molestas injurias del tiempo.” ¿Qué injuria no es molesta,? y así otras más.

Hay nombres que por su significación abstracta no se usan en plural: gula, lujuria, avaricia, soberbia, que solo tienen un género. Sería muy impropio decir: las lujurias de los cínicos, las soberbias del monarca etc. En ciertos nombres, el singular y el plural indican diverso sentido. Niñez es un período de la vida y niñeces son los juegos o afectos de aquella edad; vejez es la edad, y vejeces son las miserias y pasiones de la edad. Algunos dicen: en mis mocedades usé zapatos, tomando mocedad por el tiempo, cuando esa voz significa travesuras o galanteos.

Voces espletivas.—Son las que dan fuerza a la expresión, sin parecerlo: Ya no nos veremos más; hemos de padecer siempre; esto sí que es sufrir. Las voces ya, siempre, sí, dan más fuerza a la expresión.

Palabras honestas.—La decencia oratoria prohíbe el empleo de toda palabra obscena que ofenda al pudor, y si es forzoso usarlas debe hacerse un rodeo: se dirá pechos y no tetas; papada y no papo; pudendas y no vergüenzas. No conoció mujer en su vida, en vez de no fornicó; triunfó de su resistencia, y no, la forzó.

PARTE SEGUNDA

ESTILO

El estilo es la personalidad moral del hombre; por él se retrata la persona de cuerpo entero, porque es el modo de hablar o de escribir peculiar a cada uno. El estilo viene de *estilus*, punzón que usaban los romanos para escribir en unas tablillas enceradas.

Todo estilo debe ser correcto, puro, conciso y natural; pero el oratorio pide elegancia, dignidad y grandeza. En esto se funda el talento y mérito del orador, el cual, sobre los varios órdenes de pensadores, debe sentir, pensar y pintar. El estilo puede ser florido, sencillo, natural, correcto, vehementemente.

Coordinación oratoria.—Consiste en el orden y colocación de las palabras para dar energía y grandeza a la frase, siguiendo el orden natural de las ideas. El cambio o anteposición de una palabra vigoriza la frase de una manera singular. Así en este ejemplo:

Forma ordinaria:	}	“¡Qué fuerza no tuvo en boca de César esta palabra: Romanos! que apaciguó una legión.”
Forma oratoria:		“¡Romanos! ¡Qué fuerza no tuvo esta palabra en boca de César! Apaciguó una legión.”

El arte sube al más alto grado cuando se confunde con la naturaleza, y para eso una simple voz, un pronombre, puede exaltar la ternura de la expresión: “¡Oh, tú, cuyas lágrimas ablandaron la dureza de este honesto corazón *mío!*” Este *mío* final es un toque más dulce y tierno que ese *honesto corazón*. Ese pronombre es como un recuerdo amargo, un dulce arrepentimiento de la mujer burlada por un amante infiel.

Claridad.—El lenguaje del orador debe ser claro, inteligible, suprimiendo locuciones afectadas e innecesarias, sentencias oscuras, que nada dicen al entendimiento del oyente. Las frases llenas, corrientes, abiertas, acompañadas de imágenes realzan la elocución; de otro modo es la vaciedad declamatoria que deja en el vacío la atención del oyente. Así:

- | | | |
|---------------|---|---|
| Forma oscura: | } | “En los delitos importa castigar el primero. Delincuente busca el que al primero perdona. Una severidad es piedad para todos. El miedo es castigo de no hacer culpas. Mejor es tener a los hombres buenos que enmendarlos. |
| Forma clara: | | Castigando el primero se evita el castigo de muchos, pues una severidad oportuna es ejemplo para todos y temor para no caer en culpas. El perdón apadrina delincuentes en el crimen. Más vale hacer buenos a los hombres que tener que castigarlos. |

Naturalidad.—Esta depende de expresar lo que el ánimo siente sin estudio ni afectación, pues con el artificio se descubre el deseo del aplauso, y no el sentimiento natural que existe en el hombre cuando está poseído de lo grande y sublime. La sencillez nace de la naturaleza del asunto, y ella misma nos va indicando el camino en la sucesión de las ideas que, por lo mismo que se refieren a asuntos comunes, deben esplanarse sin esfuerzo, con naturalidad. Pero no todo lo natural es sencillo, puesto que siendo

hijo lo primero de la reflexión, se opone a lo que es obra del estudio o de lo afectado.

Facilidad.—Las anteriores condiciones del buen estilo requieren también que el estilo sea fácil, es decir, sin trabajoso esfuerzo, sin lima, sin afectación, sin caer en descuido o desaliño o en lo trivial, y en esto está la destreza y conocimientos filológicos del escritor.

Variedad.—Lo vario siempre se presta en los actos de la vida, como en el orden material de las cosas, a atraer y divertir, a enseñar y deleitar en todo lo que es nuevo. El arte del que compone está en que su obra presente a cada paso cláusulas o periodos nuevos, que representen nuevas impresiones, y que lleven creciente siempre el interés de las narraciones. De otro modo, la repetición de los mismos sonidos, de las mismas imágenes, de las mismas ideas y sentimientos concluye por cansar al auditorio. La variedad en el estilo no consiste solamente en inventar nuevas expresiones, sino en usar con tino y gusto las más claras, nobles, magníficas que deleiten el oído, mantengan la atención y el entusiasmo ante el espectáculo continuo de lo grande.

Precisión.—Esta condición radica en eliminar del discurso todo lo que no es pertinente al asunto que se trata, en separar las cosas distintas para evitar confusión y equívocos. La verdad, cuanto más simple y clara, más transparente el alma, más se hace sensible y precisa.

Concisión.—Parecen similares ambos términos; pero la diferencia está en que la concisión se refiere a la expresión del lenguaje mientras que la precisión atañe a las ideas; de tal modo que la precisión es relativa a la cosa que se dice, mientras que la concisión es el modo como se dice esa cosa. A lo preciso no hay nada que añadir; a lo que es sucinto no cabe quitarle nada, porque se caería en lo obscuro; y a lo conciso, siempre que se le cercene o añada, quedará obscuro o difuso. Un estilo conciso y de grande efecto sería el que con pocas y significantes frases, diera a éstas, a la vez, claridad, brevedad, amplitud y grandeza. Demóstenes contrario de Foción, le decía: «Ya se levanta el cuchillo de mis palabras;» como para darle a entender que

aniquilarla con ellas los rudos ataques de su adversario.

Hablar poco, y decir más de lo que se habla, es excelencia de entendimientos superiores. La brevedad de Pisistrato le hizo alcanzar más que la gracia, el imperio de los griegos. Y aquel famoso mensaje de Julio César: *Vini, vidi, vici*.

Para hablar con concisión es necesario conocer la riqueza, índole, propiedad y sentido de las palabras. El P. Mariana hace de Alfonso Magno este retrato, tan conciso, como claro: «Era alto de cuerpo, de muy buen rostro y apostura: la suavidad de sus costumbres muy grande: su clemencia, su valor, su mansedumbre, sin par.» Suprimió aquí el verbo *ser* y la conjunción *y* entre *valor* y *mansedumbre*. Otro, omitiendo el verbo: «Si encuentra ricos, se muestra avaro; si pobres, ambicioso.»

Este es de estilo sentencioso y cortado, y no por eso menos grave y nervioso: «Muchos pueden hacerte dichoso; honrado, tú solamente.» Aquí se evita decir: pero hacerte honrado, tú solamente lo puedes, que es menos majestuoso.

Pero debe advertirse que la extremada concisión hace caer, con frecuencia, en lo ambiguo y obscuro; se ostenta así el humo de la vanidad, sobre todo, hablando de moral o política, estrechando de tal modo los conceptos que, los que así escriben, parecen oráculos indescifrables é intolerables al oído y a la imaginación del oyente. Defecto es este contrario a la verbosidad, que es profusión y redundancia, cosa muy diferente de la amplificación que, bien medida, es signo de claridad y buen estilo.

Decoro.—El decoro es la dignidad del lenguaje, el cual debe amoldarse a la fortuna, honra, autoridad y dignidad de cada uno. Isócrates daba este consejo a su rey: «En todo lo que dijeres y pensares, siempre debes tener presente que eres rey, para que no hagas ni digas cosa indigna de tan gran nombre.»

Es indecoroso un estilo cuando se usan frases blandas y regaladas en casos tristes y terribles. La elevación y magnificencia deben guardar relación con el asunto que se trata. ¿Sería posible referir el incendio de Roma por Nerón en un lenguaje frío y sencillo?

Si el personaje es grande, la locución debe culminar, hacerse tan grande como él; como en este pasaje de Cicerón, hablando de Julio César: «El mayor presente que te hizo la Naturaleza, es la voluntad de hacer el bien, ya que de la fortuna recibiste el poder de hacerlo.»

Dignidad.—Requiere ésta que lo que se escriba o hable sea en términos decentes, rechazando las locuciones bajas o muy comunes, y para eso es necesario poseer educación civil y literaria, costumbres delicadas. Así en esta sentencia: «El vicio señorea, y la virtud anda por los suelos;» hubiera sido más decente decir: la virtud está abatida, u hollada.

Estilo digno es, pues, aquel que ostenta vocablos escogidos, elevados, decentes, oportunos. Emplear palabras indignas es de oradores burdos; como serían: *rocín, burro, gorrino, dar papilla, hacer la mamola* y otras más que solo se oyen en gentes incultas; y aún en pasajes en que se atraviesan acciones repugnantes y deshonestas. La habilidad oratoria consiste en cubrir lo feo y lo torpe del pensamiento con un ropaje culto y aceptable. Un historiador conocido, por no llamar a Mesalina gran prostituta, dijo: «hizo plato de sí a cuantos venían, volviendo triunfante al lecho nupcial.»

Evítese en este género el lenguaje poético, como llamar Febo al sol, Marte al dios de la guerra, Temis a la diosa justicia, porque esto se vería como un lenguaje afectado e impropio; lo mismo que usar tecnicismos propios de ciencias y artes especiales, como decir balazos, por los estragos de la fusilería, cañones por bocas de fuego, botín por despojos, bayonetas por aceros, guerrillas por escaramuzas etc.

Es impropio en el estilo oratorio emplear palabras comunes, plebeyas o familiares; basta indicar las calidades generales, pues de otro modo se desmerecería el cuadro que se pinta. Es más propio decir estancia que sala, mansión que vivienda, moradores que vecinos, vínculo que atadura, ceñido que fajado.

Elegancia.—Elegancia es saber escoger las palabras, siendo esto efecto más del arte y de la inspiración que del talento; y en esto se presta sobremanera la dicción castellana tan rica, sonora y majestuosa. Todo discurso para ser bueno, debe poseer ese grado de elegancia que nos brinda

el lenguaje, que deleita el oído y les da a los períodos esa rotundidad majestuosa que eleva el asunto, y con él la personalidad del orador; como en este fragmento de un discurso memorable de Castelar: «La ley del trabajo es la ley más noble, la ley más santa de nuestra naturaleza. Los antiguos tenían la teoría de que el trabajo era una señal de miseria y degradación, y de aquí la práctica de dejar el placer, el goce indolente para el poderoso y para el afortunado, y el esfuerzo, el trabajo, para el miserable y el humilde. ¡Ah! señores; el corazón se oprime, los ojos se nublan, al recordar la historia de los trabajadores que son nuestra prosapia, nuestra estirpe; historia que hemos olvidado, y que está *escrita con la sangre de nuestros padres*. Individuos de la clase media son todos o casi todos los que me escucháis. Pues bien; *inclinaos al abismo de los tiempos*; buscad en el *polvo de las cenizas* de vuestros padres, que no encontraréis, porque para los desgraciados y los pobres no *hay sepulcros en la tierra.*» Comparemos ahora este trozo con otro del insigne Fr. Luis de Granada y veremos el descuido de la frase y las palabras repetidas: «Aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados a Dios; este es el mayor de todos, y el que sólo, aunque más no hubiere, merece todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviese infinitos corazones que emplear en él.» Hay aquí negligencia, falta de elegancia, obscuridad; y se repiten tres *aunque*, dos artículos y dos pronombres (él y él.) Condición preciosa de la elegancia es la suavidad, sonoridad, grata cadencia, donosura y fluidez de las cláusulas. Así, en esta del P. Marquez: «Sería negar, no solo la costumbre, sino la naturaleza, no conocer que las mujeres virtuosas siempre hicieron pundonor de no borrar las lágrimas de la viudez con las galas del segundo matrimonio.»

Vicio contra la limpieza y la fluidez es la repetición de las mismas voces, terminaciones, partículas, preposiciones, adverbios, infinitivos etc., que tanto afean la frase, la endurecen y desaliñan.

Tamara, traduciendo los oficios de Cicerón, escribió así: «Por esta misma razón, el hablar *copiosamente*, con tal que sea *prudentemente*, más *excelente* cosa es quedarse a la

contemplación *agudamente* sin elocuencia.» Cuatro entes insoportables.

Elocuencia de los conceptos.—Los conceptos son el alma de las sentencias, las palabras su cuerpo, y la elocución el ropaje brillante que las cubre y hermosea. La elocuencia de los conceptos se deriva:

1°. De la verdad de los pensamientos, es decir, de representar las cosas tales como son; pues por más que se emplee ingenio y estilo emblemático, la sencillez de la verdad aparece siempre a la superficie.

Ejemplo: «Nace el valor; no se adquiere: patrimonio es del alma.» Estos conceptos son falsos, porque no hay valor innato, y lo que se cree muchas veces ser valor, no es efecto más que del miedo o de la dignidad del hombre. El valor puede depender de las fuerzas del individuo, de su habilidad, de la confianza en sí, o de circunstancias imprevistas que ponen al individuo en la necesidad de defenderse o de atacar a un enemigo. El soldado veterano es superior al bisoño; el hombre, aunque no sea un valiente, sabe defender su casa, su mujer, sus hijos, con todo denuedo, contra una banda de ladrones.

2°. Por lo extraordinario de los pensamientos, que equivale a decir, por aquellos que enardecen el ánimo por lo nuevo y extraordinario de las imágenes, como en este ejemplo del P. Marquez: «La malicia del demonio se iba *extendiendo al mismo compás de los siglos*; y este otro de Fr. Luis de León: «De aquí nace que la altivez, la presunción, el desvanecimiento, la vana confianza, y el engaño, *comen de ordinario y duermen con los ricos.*»

3°. Por la gracia en los pensamientos, es decir, por una expresión dulce, ligera e ingeniosa que hermosea el pensamiento. Péra, dice hablando de las Mercedes de un príncipe: «Hace las gracias con tanta liberalidad, que *abre primero la mano para hacerlas que, el que las pide para recibirlas.*» Y esta de Gracián que tiene gracia y novedad: «Casarse, como Carlos VIII, con *la forma a secas*, es buscar *mujer pobre y estéril.*»

4°. Por lo sublime de los pensamientos. Lo sublime puede encerrarse en una sola frase, en una imagen, y enton-

ces suspende, admira, arrebató: Haya luz, y hubo luz (Moisés). Estas cinco palabras envuelven grandeza y sublimidad extraordinarias. Homero fué el gigante de las ideas grandes, colosales; hablando de la discordia dice: «Que tiene la cabeza en los cielos y los pies en la tierra.»

Y en periodos llenos de sublimes pensamientos, nuestro eximio hablante, don Juan Montalvo, dice de San Pablo: «el Apóstol de las gentes, *ese cosmopolita que se anda de ciudad en ciudad* y de nación con la bandera de Dios en la diestra, antes ha pasado por enemigo que por amigo de los tiranos, y a manos de ellos murió por la religión y la libertad de los pueblos. Santo el energúmeno, de Judea a Damasco se vuelve Pablo, y es el gran predicador de la moral cristiana, más elocuente él sólo que todos los Padres de la Iglesia. *¿Cuando veo esa nariz aguileña, esa ceja poblada que se frunce en amenaza terrible a los perseguidores de Jesucristo; ese ojo de águila que rompe las tinieblas del porvenir, y atrás de veinte siglos penetra los secretos del tiempo y la Divinidad, tiemblo, si soy impío: si la virtud prendida en elocuencia, la verdad iluminada por la sabiduría pueden algo conmigo, me descubro ante ese varón sagrado, y lleno de admiración le sigo con los ojos por el laberinto de la antigüedad y las revoluciones del mundo.*»

El carácter eminentemente heroico resplandeció en Leonidas contestando a la intimación de Jerjes: «Rinde las armas.» «Ven a tomarlas.» Y aquella grandiosa y sublime metáfora del mismo héroe, cuando se le ponderaba lo innumerable del ejército persa: «Nuestras flechas son tan numerosas que cubrirán el sol.» «Tanto mejor, peharemos a la sombra», contestó Leonidas. Cuando repentinamente una densa niebla cubrió el ejército griego, y no le dejaba pelear contra los troyanos, dirigiéndose al cielo Ajax exclama: «¡Gran Dios! aparta las tinieblas y pelea contra nosotros a la luz del día.» Este pensamiento es sublime porque Ajax pide la claridad para batirse nada menos que contra Júpiter, y a la luz del día para señalar su valor.

Estos pensamientos son grandiosos y nos asombran, porque expresan sentimientos grandes y heroicos, y nos revelan el alto concepto que el genio tiene de sí mismo y de su

especial destino en el mundo; como en aquellas palabras de Napoleón dirigiéndose a sus soldados que querían apartarlo de una lluvia de balas en la batalla de Montereau: «No temáis, la bala que debe matarme no está aún fundida.» En estos ejemplos campea la gracia y la delicadeza, a la vez que la grandeza y valentía de las ideas. Esa grandeza de las imágenes cautiva, arrastra la atención y el entusiasmo de los oyentes; acrece en el espíritu la idea de lo sublime, exalta la imaginación e impresiona más vivamente por la exactitud, vigor y perfección del pensamiento.

5°. Fuerza de los pensamientos. La fuerza de los pensamientos no es más que un grado inferior a su grandeza; con esta diferencia entre lo fuerte y lo grande y es que los efectos de fuerza hacen más impresión en nosotros, porque nos tocan más directamente, están más en relación con nuestra situación presente. Tal sucedería si en un discurso sobre las consecuencias de una guerra europea, se pusiera de manifiesto, en contraposición de una guerra centroamericana, los acontecimientos que esta traería para nosotros, pues afectan más directamente nuestros intereses.

6°. Novedad de los pensamientos. Es ésta una forma de elocución que crea imágenes nuevas, improvisadas, que por lo mismo sobrecojen el ánimo no estando este apercebido, sobre todo siendo imágenes breves y pujantes en la expresión, con palabras que antes no habíamos visto juntas: «El sepulcro restituirá su presa». La presa del sepulcro, como si este fuera una fiera. «Prófugo de Corte en Corte, parece que llevaba la persecución atada a su sombra» Personificando la persecución y la sombra. «Este fué el primer rey que hizo sentar la filosofía en el trono.» Como si la filosofía fuera un ser animado. «En las pirámides de Egipto toca el viajero los primeros siglos del mundo.» Tocar los siglos con las manos.... Todas estas imágenes son nuevas y extraordinarias. Y si a la novedad de las imágenes, se agrega el brillo y vigor del pensamiento, la pintura alcanza toda su belleza. Tales el siguiente trozo de Montalvo, pintando la envidia: «La envidia es una blasfemia: envidia es *cólera muda*, *venganza de dos lenguas* que muerde al objeto de ella y al Hacedor, dueño en verdad de los favores que imitan a los perversos. Dones de la naturaleza, virtudes

eminentes, méritos coronados, *son puñal que bebe sangre* en el corazón del envidioso! Inteligencia descollante es injuria para él; consideración del mundo, injusticia que no puede sufrir. Virtudes ajenas son vicios a su fosca vista; verdad es hipocresía, austeridad, soberbia, valor, avilantez: desdichado el hombre de altas prendas entre la canalla del género humano que ni ve con luz del cielo, ni juzga a juicio de buen varón, ni funda sus fallos en el convencimiento y la conciencia. Envidia es serpiente que está tentando a los hombres con la *fruta de perdición*: Cómela! Cómela! La come un desdichado, y mata a su semejante. Envidia, Caín *armado de un hueso, tú no mueres nunca!*»

7°. Variedad de los pensamientos. La variedad de imágenes luce en el género descriptivo, porque crea nuevos y variados accidentes que hacen la narración más sublime, más grande. Tal puede verse en la narración anterior, en la que Montalvo presenta a la envidia bajo todas sus téticas fases, bajo todos sus furores y males.

ESTILO ORATORIO

El estilo, según Albalat, es el esfuerzo común de la inteligencia y de la imaginación para descubrir matices, relaciones o imágenes. Todo cuanto anteriormente se ha dicho de la elocución, es aplicable al estilo.

Los antiguos dividían el estilo en austero, florido y medio. El primero se caracteriza por su energía y fortaleza y por su poco ornato; el segundo por su ornato, fluidez y dulzura, es decir, en él se distingue más la gracia que la fuerza; el tercero, guarda el medio entre éstos dos. Ejemplo del primero es el de Tucídides, entre los prosistas, el de Isócrates entre los oradores.

Hoy se admiten las siguientes divisiones: *Estilo árido*, que es el claro y exacto, sin galas. *Estilo limpio*, que admite adornos limitados, sin pompa; *estilo elegante*, que se engalana con atrayentes adornos; es fluido y pomposo (Fr. Luis de Granada, Moret, Castelar); *estilo conciso*, que prescinde de adornos inútiles (Tácito, Hurtado de Mendoza); *difuso*, el que desarrolla mucho las ideas, con obscuridad;

estilo festivo y bulesco, el que se propone hacer reír (Quevedo, Juvenal, Cervantes).

En resumen: Hay tantos estilos como asuntos hayan de tratarse. El todo está en observar lógica en las ideas, ordenarlas, darles vida, que es el fondo de su esencia.

Capmany señala los siguientes géneros de estilo: *Sencillo*, puede equipararse al limpio, puesto que se contrae a observar la claridad y precisión, y es aparente solo para la narración. En él obra más la naturaleza que el arte, sin usar la frase incorrecta y plebeya, impropia de la elocuencia. Tal sería el empleado por los maestros en la enseñanza, por los gobernantes en la administración pública. En el estilo sencillo lo majestuoso está en el asunto, y no en la expresión del pensamiento. *Sublime*. Este género es el propio de la grande y verdadera elocuencia. Tiene elevación, grandeza, vehemencia, calor, energía. No es sublime el estilo en que el espíritu se agita en una orgía de furor y turbulencia, verdadera bacanal del espíritu; ni tampoco hay sublimidad en discursos vestidos con frases hinchadas y palabras altisonantes, voces contrarias a las verdaderas galas de la grandeza. Véase la respuesta de Sila a Eucrates que le avisaba el peligro en que estaba su vida al renunciar la dictadura:

«Queda aun mi nombre, y este basta a mi seguridad, y a la del pueblo romano. Este nombre contiene todos los atentados, hiela todos los brazos, y aterra a la ambición. Sila respira aún, rodeado de los trofeos de Queroneo, Orcómeno y Signion: cada ciudadano de Roma me tendrá presente a sus ojos: hasta en su sueño se le aparecerá mi imagen bañada en sangre, y leerá su nombre en la tabla de los proscriptos». ¡Qué palabras tan llenas de arrogancia, valor y grandeza! ¡Qué vehemencia y colorido en las imágenes para crear el terror!

Derrotado Antonio por Octavio y perdidos el Egipto y Cleopatra, envíe un cartel de desafío personal, y Octavio le contesta: «Decid a Antonio que hartos caminos tiene para ir a la muerte: que yo, aún no tengo aborrecido el vivir, ni estoy quejoso de mi suerte». ¡Qué palabras de arrogancia y

de desprecio! Y esta respuesta de Antígono contra muchos reyes que se habían coaligado contra él: «Yo los ahuyentaré a todos con una voz y una piedra, como pájaros que comen en un sembrado». Nobles son estas palabras de Alejandro al rendirles las gracias los embajadores de Darío por el trato generoso y caballeresco que usó con la mujer e hijas de este monarca, que retenía cautivas: «Decid a Darío que la libertad y clemencia que he usado, no la atribuya a su amistad, sino a mi naturaleza, que yo no hago guerra a las mujeres, sino a hombres armados».

Haciendo contraste con estas grandes voces de la antigüedad, éstas del gran capitán del siglo al despedirse en Santa Elena de sus familiares que regresaban a Francia: «Id, amigos, regresad a Europa, volved a ver a vuestras familias; yo volveré a ver mis vañentes en los campos Eliseos. Si, Kleber, Desais, Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier, vendrán todos a mi encuentro, y al verme acudirán todos reboando de entusiasmo y de gloria. Hablaremos de nuestras guerras con los Escipiones, los Anibales, los Césares, los Federicos, a menos que allí meta miedo el ver tantos guerreros reunidos». Este estilo sublime se engrandece por la vehemencia de las imágenes, por lo grande del ciclo, por la talla de los hombres. En lo moral como en lo heroico puede haber grandeza, esfuerzo magnánimo del espíritu; como en aquellas palabras de Enrique IV, viendo sus tropas desbandarse en la batalla, y metido casi en medio de los escuadrones enemigos: «Volved las caras, y si no queréis pelear, a lo menos ved cómo muere un rey de Francia».

Para que haya elocuencia en un discurso se necesita un lenguaje vehemente y apasionado; el ingenio solo no puede suplir la fuerza de los afectos en los grandes trances; y solo la pujanza de ánimo puede inspirar los grandes movimientos del corazón, levantar el ánimo decaído ante el peligro y el honor comprometido, enardeciéndolo con los laureles de la gloria. Tal es aquella arenga de Aníbal antes de la batalla del Tesino: «Compañeros! los romanos deben temblar hoy, no vosotros. Tended la vista por este campo, y no veréis retirada para los cobardes: todos pereceremos hoy si somos vencidos. Pero, qué prenda más segura del triunfo, que

señal más visible de la protección de los dioses, que habernos colocado entre la victoria y la muerte!»

Estilo medio o templado.—En este género se admiten adornos y primores del buen gusto, pero sin la vehemencia del estilo sublime. El orador habla entonces para mover, convencer y deleitar, para lo cual hay que dirigirse a la imaginación de los oyentes. Este género se emplea en los discursos académicos, en las conferencias, panegíricos, congratulaciones, dedicatorias.

Estilo sentencioso.—Al estilo medio se adapta el estilo sentencioso, sin remontarse a galas y colores muy subidos, ni a la vehemencia de los afectos, y más bien encerrando los conceptos bajo la pauta de la razón y de la doctrina. Este estilo se acomoda a las narraciones históricas, cuando se acompaña a éstas con hechos y reflexiones políticas y morales que revelen su importancia, evitando la obscuridad y falsa apariencia de las sentencias. Ejemplo de este género es la siguiente pintura que del carácter de Cromwell hace Lamartine: «Un hombre grande es siempre la personificación del espíritu que sopla en tal o cual época sobre su tiempo o sobre su patria. Sopla en 1600 el espíritu bíblico sobre los tres reinos. Cromwell, más penetrado que ningún otro de aquel espíritu, no fue ni un político, ni un ambicioso, ni un Octavio, ni un César: fue un Juez del antiguo Testamento, sectario tanto más poderoso, cuanto más supersticioso, más estrecho y más fanático era. Si hubiese tenido más genio que su época, hubiera sido menos poderoso sobre su siglo. Su naturaleza era menos grande que su papel: su superstición fue la mitad de su fortuna. Verdadero Calvino, sokladesco, llevaba la biblia en una mano y la espada en la otra: miró más por su salvación que por el imperio».

Otro breve ejemplo de sentencias breves y elevadas es éste en elogio de un magistrado: «Aceptó los honores como ciudadano, los mantuvo como sabio, y los dejó como héroe.» Tres máximas: servir a la patria; no enorgullecerse con los honores; huir de ellos.

EXORNACION ORATORIA

Exornar es engalanar, dar gracia y hermosura a un discurso; y para eso la retórica pone a nuestro alcance los tropos y figuras. Para hacerla más patente y deleitosa se emplea el estilo figurado, o sea el modo de ilustrar y enriquecer la narración, empleando arte y naturalidad, descartando el artificio, para hacer aparecer las cosas y situaciones bajo su verdadera luz. En el discurso no deben escogerse y buscarse minuciosamente las flores; la oración debe vestirse con galas naturales, como si los pensamientos las trajeran adheridas a su esencia, y eso es lo que alcanza el verdadero talento oratorio.

Para mejor comprender el estilo figurado procederé al estudio abreviado de las principales y más usadas figuras de la retórica, siempre acompañándolas con ejemplos prácticos, los que más hablan a la inteligencia.

Tropos son expresiones en sentido figurado, tomando por ejemplo la parte por el todo: flota de cien velas, por cien barcos; le siguieron 500 caballos, por 500 hombres de caballería. El efecto de los tropos es despertar una idea principal por medio de una accesoria: mil almas, por mil habitantes. Otras veces dan mayor energía al pensamiento: inflamado de cólera; embriagado de deleite; sumido en los vicios; despeñado en un abismo de males; visitóle la descarnada mano de la miseria etc.

1a. *Metáfora.* Por la metáfora se cambia el significado que se le da a una palabra por otra por comparación para darles semejanza, realzando la brillantez y energía del lenguaje, lo cual no se alcanzaría usando palabras comunes: «Es excelencia de la largueza salir al camino a la necesidad», pudiendo decir, se anticipó a socorrer al necesitado. No tiene la misma fuerza decir: El Acta, cuna del género humano, que origen del género humano; la primera es una magnífica metáfora. «En Turquía la cimitarra es el intérprete del alcorán». La cimitarra por la fuerza brutal; el alcorán, por la fé musulmica; sinécdoque, en Turquía.

Escogiendo bien y oportunamente es como se da lustre a la elocución e incomparable pujanza al lenguaje, como en

este fragmento del gran tribuno Mirabeau, dirigiéndose a Luis XVI: «Un gran árbol cubre con su sombra una inmensa superficie, y sus profundas raíces se extienden a lo lejos entrelazándose con rocas eternas. Para abatirlo es necesario revolver completamente la tierra: tal es, Señor, la imagen de la monarquía constitucional.» Y este bello fragmento figurado de Castelar: «El navegante aleja la tempestad con su sonrisa, y se corona de verbena para despedir al sol o saludar a la luna; las grandes conquistas, como las de Alejandro, más que por las armas se alcanzan por el amor de aquella raza a todas las razas, por la lira que lleva en las manos, y la armonía que lleva en los labios; el mar está allí poblado de sirenas que cantan en las ondas, los arroyos, de náyades que cantan en la linfa; los campos, de faunos que suenan el caramillo en los bosques; las ciudades, de estatuas cuyas formas son una armonía, y hasta la muerte, en todas partes tan triste y tan solemne, es allí alegre, pues el griego la recibe contento, como un beso de amor y se duerme en sus brazos sonriendo, como pudiera después de un festín dormirse en brazos de su amada hetaira; que religión, política, ciencia, vida y muerte, son en la patria del arte un prolongado cántico.» «Tened presente que del Capitolio a la roca Tarpeya no hay más que un paso.» En esa bella metáfora, Mirabeau les significaba a los gobernantes que están muy cerca el poder y el suplicio. Como esta otra, dirigiéndose a los optimistas de la Asamblea: «Dormís, es cierto; pero no se duerme también al pié del Vesubio?»

Las metáforas pecan por viciosas cuando se sacan de términos y lugares bajos, como aquella de un predicador: «El diluvio fue lá legía de la naturaleza;» cuando no hay analogía ni comparación: «Bañaré mis manos en las ondas de tus cabellos;» cuando se sacan de objetos poco conocidos: «Desde el apogeo de su prosperidad» en vez, desde la cumbre; cuando se deducen de objetos deshonestos y torpes: «Cubrióse el cielo, y se orinaron las nubes;» cuando son objetos opuestos o inverosímiles: «Era un león con la espada *en la mano*»; cuando se amontonan las metáforas haciendo obscura la oración.

Metonimia.—Es la trasmutación de un nombre en otro, cambiándole el significado: Marte por guerra; Minerva por la ciencia; Céres por el trigo; Baco por el vino; pálida muerte por la palidez cadavérica; el cetro o la corona por la dignidad real; hombre de gran corazón por de gran valor, etc.

Antonomasia.—Es el cambio de un nombre común en lugar del propio para dar a entender que la persona o cosa de que hablamos es excelente: Decimos el Apóstol de las gentes, en vez de San Pablo; el Evangelista, en vez de San Juan; el Macabeo, por Alejandro; el gran Capitán del siglo, por Napoleón.

Onomatopeya.—Es la figuración del sonido de los objetos o de la voz de los animales: el zumbido de las balas, el estampido del rayo, el chasquido del látigo; el piar de las aves, el graznido del cuervo, el rugido del león.

Antifrasis.—Sucede cuando se toman al revés los vocablos, usándolos en sentido irónico, como llamar pelón al animal que no tiene pelo, y rabón al que carece de rabo, gigante a un enano.

Allegoría.—Consiste ésta en hacer aparecer o decir lo que jamás se quiere decir, ocultando la realidad o el sentido propio de la oración, como en esta tan conocida: «Vió la zorra las uvas y dijo: están verdes,» cuando la verdad era que no podía alcanzarlas.

Ironía.—Por esta figura expresamos en tono de burla lo contrario de lo que queremos decir, pero para darle mayor vigor a la idea que se quiere hacer prevalecer, que es la que domina al orador. A un poeta ramplón le llamamos otro Virgilio, a un cobarde, otro Cid; a un orador de encrucijada, otro Castelar. A estas voces irónicas debe acompañarse un tono de voz y un gesto adecuados, y el conocimiento exacto de la persona o cosas que se critican. ¡Qué ironía a la vez graciosa y caballeresca la de Mirabeau al intervenir en el debate que se originó en la Asamblea con motivo de las fútiles pretensiones de Génova a la isla de Córcega! «No opino que una liga formada por Pagusa, Luca, San Marino (1) y otras potencias igualmente...

(1) Republicuitas microscópicas.

bles, deba inquietarnos; tampoco considero muy peligrosa la república de Génova, cuyos ejércitos ahuyentaron doce mujeres y doce hombres en las playas de la Córcega.» Y esta del mismo, criticando una redacción embrollada de la Constitución: «Debo observar que no sería malo que la Asamblea Nacional de Francia hablase francés, y aún que escribiese en francés las leyes que propone!»

Como se ve por los ejemplos anteriores la acrimonia de las palabras está templada por cierta natural discreción graciosa, urbana y familiar.

Sarcasmo.—Es la ironía álgida y sangrienta con que se ataca a los contrarios, empleando palabras acerbadas y llenas de desdén, acompañadas de un tono de voz y de un gesto que den más vehemencia a la expresión.

A los diputados que preguntaban al General Foy: «¿Qué viene a ser la aristocracia?» «¡La aristocracia! voy a decirlo: la aristocracia es la liga, la coalición de los que quieren consumir sin producir, vivir sin trabajar, ocupar todos los puestos sin capacidad alguna propia, invadir todos los honores sin haberlos merecido: tal es la aristocracia», Sarcasmo cruel fué el de los judíos insultando al Redentor: «Si eres hijo de Dios, baja . . . baja de la cruz . . . ¡Salvaste a los demás, y no puedes salvarte a tí mismo.» Sarcasmo mayúsculo fue el de un maestro de escuela a quien un Ministro tacaño negaba una miserable suma que se le debía: «Guardad, guardad vuestro dinero, desoid mi pretensión, por justa que sea, no vaya a ser que tan gran sacrificio, traiga consigo la ruina del Estado y la miseria de la Nación.»

Perifrasís.—Es la aglomeración de muchas voces para expresar lo que se podía decir con pocas palabras, y haciéndolo de manera indirecta, como por no decir el nombre: El vencedor de Darío, por no decir Alejandro; el conquistador de Guatemala, por Alvarado; el padre de la Federación, por Morazán. Aplicase a veces la perifrasís cuando se quiere hacer más patética la oración: «La eterna región de los tormentos,» por el infierno. Para disfrazar el pudor: «alcanzó el artero triunfo de su resistencia,» por no decir la violó. Para no herir el amor propio de otros, esta gracioso

sa perifrasis que revela ingenio: «El Marqués de Espínola es el segundo;» respuesta del príncipe de Orange a uno que le preguntaba quién era el primer capitán de su tiempo, siendo reputado el príncipe como el caudillo más esforzado y feliz de la casa Orange Nassau. Otras veces por no llamar tonto a un zascandil, se le dice, «que no inventó la pólvora.» Para un pródigo: «echa la casa por la ventana;» para atenuar una orden: «Se le señaló la puerta de la calle;» para ilustrar lo obscuro, sin dañar el sentido: «La que juzga en el sepulcro a sabios y reyes: la posteridad.»

La perifrasis sirve, pues, de ornato, realce y brillo de la oración; tiene algo del género descriptivo pintoresco; como en esta descripción de Autar, hablando de la tierra de Irak: «Abriase allí un valle, el más risueño que los genios han embellecido jamás; el agua se desbordaba en él por todas partes, semejante a plata líquida; los perfumes de las yerbas esparcían el olor del musgo; millares de pájaros, búbulas, mirlos, gorriones, palomas, tórtolas, perdices y codornices cantaban en los surcos o exaltaban sobre las ramas el nombre de Dios; y los pavos reales desplegaban el brillo de su ropaje, como si el Creador los hubiese vestido con los más radiantes colores y hubiese vertido sobre ellos el coral y el jacinto.» Hablando del castellano, un autor nacional emplea esta perifrasis muy oportuna: «Aquella lengua con que Cervantes dignificó a toda una nación, hizo la deificación de la palabra y encantó a muchas generaciones.

Hipérbole.—Se emplea cuando pareciéndonos pálida una imagen o cosa, nos servimos de palabras que aumentan o disminuyen excesivamente la verdad de las cosas de que se habla. Así se dice: «es un viento,» por caballo ligerísimo; «camina sobre los pies de la pereza misma,» por: «anda con extrema lentitud.» Esta es del Exodo: «Yo os daré una tierra por donde correrán arroyos de leche y miel;» y ésta de Dantón de una monstruosa elocuencia: «Dejad vuestras necias disputas, que aquí solo se trata del enemigo que debemos atacar y vencer. ¡Eh! ¿qué me importa que me llamen bebedor de sangre? ¿Qué viene a ser mi reputación? Que sea libre la Francia, y maldito mi nombre por siempre si necesario fuese.» Subiendo la fatal escalera de la guillotina, le dice al verdugo que lo

separaba de Camilo Desmoulins, también condenado a muerte: «Miserable, ¿podrás acaso impedir que nuestras dos cabezas se besen en el canasto?»

Modos hiperbólicos. } Por demostración: Pedro es un Cicerón.
} Por su semejanza: Pedro es como Cicerón.
} Por comparación: Pedro es más que Cicerón.
} Por abstracción: Pedro es la misma elocuencia.

Para ponderar la rapidez de las hazañas: «Fueron tan rápidas que el imperio de Asia parecía más bien galardón de la carrera, que fruto de la victoria (Hablando de Alejandro). Gracián hablando del genio guerrero de Carlos V, dice: «Las conquistas de Africa eran sus vacaciones». La palabra vacaciones, aunque común, da aquí novedad y gracia al pensamiento.

Es viciosa la hipérbole cuando pasa de lo imposible a lo repugnante. Hipérbole viciosa y de mal gusto es ésta de Dantón en uno de sus memorables discursos: «Me he atrincherado en la *ciudadela de la razón*, y no saldré sino con el *cañón de la verdad*, para pulverizar a mis acusadores.» Y todavía la supera por inverosimilitud en el epitafio de Carlos V: «Por túmulo todo el mundo. Por luto el cielo; por antorchas pon las estrellas; y por llanto el mar profundo».

Hipérbole por exageración verosímil es esta: «Le defendieron hasta que los bárbaros les sepultaron debajo de sus dardos.» (Herodoto hablando de los espartanos en las Termópilas.)

Hipérbole por afectación ridícula y descomunal es esta: «Las flechas arrojadas encubrían el sol, y se creyó que le apagaban.»

FIGURAS DE RETÓRICA.

La retórica las considera como instrumentos poderosos de la elocución oratoria. Los principales géneros son:

Antítesis.—En esta figura se oponen palabras o ideas contrarias para darle más brío y significación al discurso, con tal de que se escojan las expresiones, sin caer en lo ridículo. Esa dicción es entonces noble y elegante. Cice-

rón a Catilina: «Venció al pudor la lascivia, al temor la osadía, a la razón la demencia.» No dijo a la castidad la lujuria, a la cobardía el valor, al juicio la locura». La contrariedad de palabras aquí no es afectada, porque sus relaciones no son inmediatas. La antítesis es un género que debe usarse poco, por esa esmerada uniformidad que le quita a la oración su espontaneidad, su natural gravedad y belleza.

Pero si el contraste de ideas se refiere a un asunto grave y solemne, en el cual se necesita del auxilio de imágenes brillantes, de toques muy elevados, de sentimientos excelsos, entonces la antítesis es un género que culmina entre las preciadas galas de la oratoria que conmueve y eleva el espíritu. Véase el siguiente ejemplo en estas palabras de Marco Antonio mostrando al pueblo romano el cadáver de César: «¡Oh espectáculo funesto! ¡Veis aquí lo que os ha quedado del mayor de los hombres! ¡Mirad este numen vengador que idolatrasteis, y que adoraron postrados sus mismos asesinos! Aquí tenéis el que, habiendo sido vuestro escudo en la guerra y en la paz, honor de la naturaleza y gloria de Roma, una hora antes temblaba debajo de sus pies toda la tierra!» ¡Qué situaciones tan opuestas!

Paradiástole o separación.—Es una figura que se verifica cuando separamos dos cosas que parecen ser compañeras, pero que el sentido de la segunda modifica esencialmente a la primera. Así: «Fue constante sin tenacidad, humilde sin bajeza, intrépido sin temeridad». En este ejemplo, sin tenacidad, equivale a decir, sin terquedad, humilde sin capricho, sin bajeza, es decir sin infamia; intrepidez y temeridad, la primera es el valor prudente, y la temeridad es la locura del valor.

Disparidad.—Es una artificiosa oposición de sentencias que realza y da energía al pensamiento. Tal es ésta de Gracián: «No se da en el mundo al que no tiene, sino a quien más tiene; el hambriento no haya un pedazo de pan; y el harto está cada día convidado».

Aumentación.—Se comete esta figura cuando la frase que sigue a la primera da más fuerza a ésta o a las siguientes. Como en esta de Cicerón contra Catilina: «Na-

da haces, nada tramas, nada piensas, que yo no oiga, ó más bien no vea y aún no toque». Cicerón de este modo hace conocer que no solamente sabe, sino que ve lo que trama y aún toca los pensamientos. En cada palabra hay más eficacia, más energía, más verdad, sin llevar las cosas al extremo.

Sentencia.—La sentencia es una máxima del saber que no tiene puesto marcado en el discurso; ella encaja, a voluntad del orador en aquellos períodos en que sea necesario instruir por el consejo o por el desengaño. Para este efecto es necesario que las sentencias no sean comunes o triviales, sino de general elevación y dignidad; ni afectadas y enigmáticas que entrañen obscuridad, ni débiles o flojas que no den carácter y vida a la expresión.

Atacado Cormenin por Fonfréde en una publicación injuriosa le contesta así: «No vuelvo herida por herida. Nosotros los griegos de Atenas, si tenemos sal en los labios carecemos de hiel en el corazón, y si hubiese venido Fonfréde a echar en el Pireo el áncora de su bajel, lo juro por Minerva, yo mismo hubiera ido a tomarlo por la mano, llevándole a la Academia bajo la sombra de los hojosos chopos, servídole un plato de la apetitosa miel del monte Himeto, y después lo hubiera conducido coronado de flores a los confines de la república». Bella sucesión de magníficas sentencias de magnanimidad y benevolencia para el enemigo.

Son sentencias enérgicas y filosóficas las siguientes: «El valor y la virtud es lo que no se da, ni se recibe de los hombres: son hijos del propio trabajo. Ofrecimientos es la moneda que corre en este siglo, hojas por fruto llevan los árboles, palabras por obra los hombres». La envidia, bestia insaciable, como tal roe huesos, como única pitanza para calmar su sed de devorar nonras.»

Epifonema.—Esta casi es una sentencia, seguida de una deducción, especie de epílogo que le da más brillantez a la frase; como en esta de un orador hablando del duque de Sully, perseguido y después desterrado: «En fin, sus ojos se cansan de ver tantos males; renuncia sus empleos; abandona para siempre la Corte retirándose a sus Estados.

Sale de París, y le escoltan más de 300 caballeros: *este es el triunfo de la virtud que parte para el destierro*. O en esta exclamación de Tiberio, al salir del Senado: «¡Oh, hombres, hechos para la esclavitud!»! El mismo enemigo de la libertad se cansaba de tan baja servidumbre.

Énfasis.—En esta figura decimos con las palabras más de lo que ellas expresan y tal vez no dicen, dejando al oyente la significación o consecuencia del sentido que expresan. Para que haya énfasis es necesario que el pensamiento sea breve, sencillo, natural. Refiriéndose a la clemencia de Marco Aurelio, que obraba como filósofo y no como Emperador: «Es que el filósofo siempre perdonó los agravios hechos al príncipe». «No temas llevar a César». Para animar al barquero en medio de una tempestad, quiso decir: llevas la fortuna; o ésta hablando de Descartes: «Parece que la Providencia le condenó a ser hombre grande». Como quien dice: ser objeto de envidias y contradicciones.

Interrogación.—Es una figura de amplificación en la cual no deseamos la respuesta del oyente, sino captar su ánimo y en la cual el orador responde en su nombre a las preguntas para resumir a lo último con un período final. Tal es este magnífico ejemplo de Fray Luis de Granada: «¿Qué es el sabio? ¿Qué es del letrado? ¿Dónde está el escudriñador de los secretos de la naturaleza? ¿Qué se hizo la gloria de Salomón? ¿Dónde está el poderoso Alejandro? ¿Dónde están los famosos Césares de Roma?... *Todo esto fue sombra, todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento*».

Invocación.—Es una figura del género patético que consiste en poner de testigos de lo que se dice a Dios, a los hombres, a los cielos, a las deidades, empleando tropos de alta elevación. Se aplica también a personajes o símbolos elevados.

He aquí un bello ejemplo del Paraíso Perdido de Milton, a la luz: «¡Salve, luz sagrada, hija del firmamento, primogénita del Creador, coeterna de Dios! ¿Se te ofenderá, o luz, llamándote con este nombre? ¿No es luz él mismo y no ha habitado eternamente en la inaccesible cla-

ridad emanada de él? ¿Quién podrá decir de dónde sales? Antes que el sol, antes que los cielos, ya eras tú, y a la voz de Dios, revistes como de un manto al mundo salido de las aguas tenebrosas Pero tú, oh luz, no bajas a visitar estos ojos ya sin aurora, que giran en vano en sus órbitas, sin encontrar tus dulces rayos . . . Ya no veo los blancos crepúsculos de la mañana, ni los crepúsculos dorados de la tarde, ni las yerbas floridas de la primavera, ni las flores del estío . . . ¡Luce, pues, tanto más interiormente en mí, oh celeste claridad perdida para mis sentidos! ¡Penetra con tus rayos mi alma, a fin de que pueda ver y referir las cosas invisibles a los ojos de los mortales! Cuando Milton escribía su famoso poema, como el ciego Homero, ya estaba privado él también de la vista. Esta es otra de Demóstenes después de la derrota de Queronea: «No, compañeros, no; vosotros no habéis faltado: júrolo por los manes de aquellos grandes varones que pelearon por la misma causa en los llanos de Maratón, en Salamina y en Platea.

Reticencia.—Se comete esta figura cuando al final de la frase cortamos bruscamente la razón de lo que callamos con las palabras, dejando al oyente en capacidad de suplir lo que falta. Uno que vacilaba entre acusar a su ofensor o guardar silencio se pregunta a sí mismo: «¿Callaré mi afrenta, o publicaré . . . ? Si la callo, será premiado el vicio; si digo . . . ? Aprendamos a sufrir». Y esta de Cicerón: «Yo no vengo a combatir contra tí, porque el pueblo romano . . . No quiero hablar; no quiero ser tenido por arrogante».

Apóstrofe.—Es esta una figura de grandes efectos patéticos, y en la oración el orador, para darle mayor energía, se dirige a Dios, a la naturaleza, a los héroes muertos o a los grandes personajes, ejemplos de virtud y de heroísmo. Tal es este del general Foy dirigiéndose en el Parlamento a de Serre, tráfuga del liberalismo: «Por toda venganza, por todo castigo, le condeno a Ud., cuando salga de esta sala, a volver la vista a las estatuas de L'Hospital y Dagnesseau». Eran estos Magistrados franceses, célebres como Jurisconsultos, y aún más por la integridad

de su vida y entereza estoica de su carácter. Este apostrofe oratorio es uno de los mejores que ha resonado en la tribuna. Como es brillante y enérgico este de Mirabeau, cuando el gran maestro de ceremonias de la Corte, Mr. de Bresé, intimó a la Asamblea, en nombre del Rey, la orden de disolverse. Mirabeau, con la cabeza erguida, centellante el ojo, se levanta y con gesto imperativo exclama: «La Francia ha resuelto deliberar, y vos que no podéis ser legítimamente el órgano del Soberano para con la Asamblea Nacional, vos que no tenéis aquí ni lugar, ni voz, ni derecho de hablar, id a decir a vuestro amo, que aquí estamos por la voluntad del pueblo, y que sólo podrá arrancarnos de nuestros puestos la fuerza de las bayonetas». El enviado, como herido por el rayo, salió azorado de la sala. Este invoca a los muertos de este modo: «¡Manes ilustres de los Fabricios y Camilos! Decidme: ¿Con qué arte dichosa hicisteis a Roma Señora del mundo, y tantos siglos floreciente? Glorioso Cincinato! vuela otra vez triunfante a tus rústicos hogares: seas el espejo de tu patria, y el terror de sus enemigos: guarda para tí la virtud, y deja el oro a los Samnitas.» (1)

Exclamación.—Es una voz simple, corta, breve, pero que expresa vehemencia, alegría, indignación, amor, compasión, dolor, admiración. Como ésta de Bruto, el último Romano que había llevado su amor a la libertad hasta el olvido de todo sentimiento, a los pies de su esclavo le pide con anhelo la muerte, y al recibirla, exclama: «¡Virtud, nombre vano, engañosa palabra, esclavo del destino! ¡ay! y he creído en tí!» Esta es de Fray Luis de Granada: «¡Oh amor no criado, que siempre ardes y nunca mueres! ¡Oh amor que siempre vives, y siempre hierves en el pecho divino!» Esta es de Cicerón para excitar la indignación pública: «¡Oh nombre dulce de la libertad! ¡Oh derecho ilustre de nuestra ciudad! ¡Oh leyes Porcia y Semproniana! ¡Oh tribunicia potestad, tantas veces deseada y en otro tiempo restituída al pueblo romano!»

(1) Histórico es el terrible y elocuente apóstrofe que ha dejado sobre el nombre de Catilina la huella destructora del ciclo: «¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?»

Imprecación.—Es la imprecación una figura vehemente que se usa para conmover los ánimos en presencia de un grave acontecimiento, y lleva en su estructura todas las figuras más sublimes: metáforas, hipérboles, imágenes, contrastes, todo inspirado por la gravedad de las circunstancias. A lo enérgico y levantado del lenguaje, la imprecación, bien conducida por un orador audaz, añade la amenaza, ya sea al soberano, ya al pueblo, ya al ejército: nada le detiene ni intimida, pues su objeto es levantar los ánimos y salvar la situación apremiante de una nación.

Ningún ejemplo más noble y magnífico se ha presentado en los pueblos centroamericanos que la arenga que el eximio orador nicaragüense don Pablo Buitrago, pronunció en 1876, en Santa Ana, en presencia de la Autoridad Suprema y de gran concurso de notables, cuando un ejército de 20,000 hombres, mandado por el General Justo Rufino Barrios, se hallaba en frente de las escasas huestes salvadoreñas. Buitrago fue llamado para dar su opinión sobre aquellas críticas circunstancias, y de pie, en medio del salón, lanzando llamas sus ojos, jadeante y lleno de coraje, aquel varón manso, débil anciano, se transfiguró en un Mirabeau y habló así:

«Eso que acaba de leerse no es un tratado. Es una capitulación vergonzosa capaz de *sacar el carmín a las mejillas de muchas generaciones*. Yo vine aquí en la creencia de que íbamos a cosechar el fruto de nuestros épicos combates en las llanuras de Apaneca. Yo creí que el Jefe de El Salvador, digno del pueblo que le diera sus sufragios, quería *interrogar la generosidad salvadoreña* para conceder la paz sin desdoro del pueblo hermano de Guatemala que ha venido a la matanza guiado por la voluntad de un Jefe intransigente.

Yo no pude imaginarme que se invitaba a los ciudadanos prominentes para hacerles la injuria de *proponerles que se deshonren y que deshonren a la patria*.

Señores: En mis discursos siempre os he recordado que soy nicaragüense; ahora en estos momentos para El Salvador supremos, permitidme el honor de ser salvadoreño para compartir con vosotros la responsabilidad de las

glorias o de los desastres, y permitidme también recordaros que nací en Nicaragua, la luchadora indomable contra las hordas filibusteras. Aquel país donde nací, sabe pelear y morir!

Esta nueva patria mía, *donde reposan los huesos de mi esposa* y donde han nacido mis nietos ha sido el pueblo de las heroicidades que recuerdan la audacia española. ¿*Sois, por ventura, vosotros* los descendientes de los que retaron a leal combate al grande imperio de México? ¿*Sois* los hijos de los que proclamaron la República en la América española del Norte? ¿Descendéis de los *mártires* del Callejón del Diablo *cuya caída sobre el campo de batalla* estremeció el continente y derribó como un terremoto el trono de Agustín I? ¡Ah! Vosotros sois, pero vuestras obras os desconocen.

¡*Con que* ya los salvadoreños cuentan el número de sus enemigos! ¡*Con que* ya se olvidan de Apaneca por un pequeño revés en Pasaquina, aquellos cuyos padres sabían pelear sin esperanza y vencer por la constancia y por el heroísmo!

Señores: estamos fuertes: somos invencibles. El ejército está intacto en el Occidente y ebrio con la embriaguez de la victoria; el pueblo está poseído de coraje por la muerte gloriosa de todos sus jefes en el ejército de Oriente, y *la tiranía tambalea*. ¡Que no hay dinero, que no hay armas! Pelearemos sin prest; y en cuanto a las armas, si no bastan los 14,000 rifles que se hallan en mano, todavía no se han organizado los batallones de escopeteros, todavía no se han usado las lanzas, y aún están envainados los puñales, porque *no ha comenzado la guerra terrible* de los pueblos.

«No opino porque se consulte al General González, como se ha indicado por alguno. Cualquiera que sea la opinión de aquel jefe, el Gobierno no puede *sellar la deshonra nacional con el escudo de armas de la República*.

«Jóvenes: a vosotros apelo: vosotros no consentiréis en esta infamia, que lecciones de patriotismo habéis escuchado de los labios del maestro que ahora os conjura pa-

ra que aseguréis la salvación de la patria. Hablad; el Presidente y sus dignos Ministros vacilan; ellos saben que la Constitución les impone el deber de conservar incólume la dignidad de la Nación y la integridad del territorio; y si como no lo dudo, le devuelven a Barrios esa capitulación enrollada en una bala, id a pelear . . . venced o morid.

« Señor Presidente: estais en esa silla para guardar el depósito sagrado de la independencia y dignidad de El Salvador. Detrás de vos está la historia, tomando nota de vuestras vacilaciones; y los héroes y mártires piensan que os habéis ya deshonrado demasiado con tomar en consideración ese *papel que os quema la conciencia!* Vos no podéis aceptar la capitulación. Carecéis de facultades para ello. Señor Presidente: Señores Ministros: si aceptáis esa capitulación vergonzosa, os haréis reos de alta traición a la República.»

Jamás, que sepamos, ni en la oratoria antigua ni en la moderna, se empleó un lenguaje tan sublime y patriótico, audaz, lleno de imágenes y figuras más vehementes. Jamás el patriotismo subió a una altura tan augusta y el valor se inspiró en más altas y graves decisiones en presencia del peligro.

Analicemos, brevemente, esta pujante y heroica arenga: «Una capitulación que sacará el carmín a las mejillas de muchas generaciones» es una magnífica *metáfora* de la vergüenza. ¡Qué vigor al decir que «la sangre se inyectara en las mejillas» empleando *metonimia*, el carmín por la sangre, y hay también *metalepsis* en aquello de invitar a los ciudadanos prominentes no a discutir, sino a deshonrarse capitulando. «Aquel país donde nací sabe pelear y morir» es decir, *alegoría* que equivale a país del valor y del heroísmo. Con una serie de interrogaciones hace una histórica *amplificación* del valor y audacia del pueblo salvadoreño, para traerlo al convencimiento de la resistencia al enemigo, elevando la condición del pueblo atacado. «Vosotros sois, pero vuestras obras os desconocen» es una *ironía* tan breve como enérgica, que equivale a decir, hoy aparecéis como cobardes y desleales, vaciláis en presencia del enemigo; y la tiranía tambalea, es un *sarcasmo* sangriento al que se

crece vencedor, antes de combatir, y la palabra es acerba y de desprecio. Hay *metáfora* en aquello de combatir sin prest y sin armas, que quiere decir: que el valiente no necesita de dinero, sino de audacia; quedan las escopetas y las lanzas, es decir, se combate con todo cuanto puede herir o dañar; y hay *metáfora* en aquello de que los puñales todavía están envainados y no ha comenzado la guerra de los pueblos, es decir, todavía queda el odio y el levantamiento en masa. Que el Gobierno no podía sellar la deshonra nacional con el escudo de armas de la República es una valiente *metáfora*, es decir, profanar la soberanía con el emblema de la nación. La invocación a la juventud es muy bella y enérgica y por último una vehemente *imprecación* y amenaza al Presidente y Ministros, seguido de ese terrible *sarcasmo*, ese papel que os quema la conciencia (el tratado o capitulación propuestos por Barrios).

Suspensión.—Es una figura poco usada hoy por los autores modernos, pero que, conducida con arte y saber mantiene el interés, y suspende por algún tiempo el ánimo del oyente, hasta que de repente, al final, aparece la idea madre. Tal es la siguiente de Cervantes:

«¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo, armado de todas sus armas, en la profundidad del Tiber? ¿Quién abrazó el brazo y la mano a Mucio Escévola? ¿Quién impidió a Curcio a lanzarse en medio del horrible incendio de Roma? ¿Quién, entre todos los agüeros adversos que se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a César? ¿Quién barrenó los navíos, y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por Cortés en el Nuevo Mundo?»—*Todas estas y otras grandes hazañas fueron obras de la fama que los mortales desean.*

Oratoria forense { *Anticipación.*—Esta figura es un recurso oratorio de bastante efecto, y consiste en ganarse la aprobación de los oyentes, adelantándose a las objeciones que puede hacer al orador, su contrario, o allanando las dificultades que puede acarrear al orador su posición en los juicios.

Ejemplo muy concluyente es este de Cicerón en la oración contra Verres:

Ante los jueces { «Si alguno de vosotros, o de los aquí presentes, se admirase acaso de que habiéndome ejercitado tantos años en los juicios públicos, siempre para defender a muchos, y nunca para condenar a alguno, haya bajado al oficio de acusador; podrá reconocer el motivo de mi nueva determinación, y justificar mi intención, creyendo que no pueda en esta causa ser el primer actor».

Véase con qué arte rehuye Cicerón el oficio de acusador.

Distribución.—Consiste esta figura en dividir la materia de la oración en partes que esclarecen más lo que se dice para satisfacer la atención del oyente. Es esta figura propia del género descriptivo y puede ser eficaz auxiliar en la oratoria para amplificar el asunto. Así es la siguiente: «Los hombres de todas las cosas han abusado; de los vegetales para sacar los venenos; del hierro para asesinarse; del oro para comprar las iniquidades; de las artes para multiplicar los medios de destrucción; y de la brújula para ir a esclavizar a sus semejantes. Cinco distribuciones.

Brevedad o epílogo.—Es una figura de rigurosa concisión con la que exponemos en pocas palabras una serie de hechos que pasan rápidamente ante los ojos de la imaginación.

Ejemplo.—Un escritor refiere así las últimas acciones de Marco Antonio:

«Bruto quiere libertar a Roma de la tiranía, asesina a César, levanta un ejército, acomete, combate a Octavio, y se mata.»

Esta es la historia de veinte siglos de revoluciones y hechos históricos acaecidos en Egipto: «Fue el Egipto la primera escuela del universo, madre de la filosofía y de las artes, conquista de Cambises y de los griegos, trofeo de los romanos, despojo de los árabes, y presa de los turcos.»

En el siguiente ejemplo se ve una progresión de imágenes en movimiento, vivas, trágicas, que nos hacen asistir al asesinato de un déspota oriental: «El esclavo asalta el

trono, con un puñal, y en un instante derriba al tirano; éste cae, rueda y viene a espirar a sus pies.»

Como se ve el epílogo es una breve recapitulación, pero llena de energía que, por lo general, se usa al terminar el discurso o cualquier trozo de literatura.

Aglomeración.—Es una figura en la que se acumula una serie de circunstancias históricas o cosas distintas que, ligadas unas con otras, forman una recopilación de todo lo que antecede en el discurso. Esta figura es de muy buen efecto en el epílogo de los discursos.

Ejemplo.—«La firmeza de Bruto, la buena fé de Régulo, la modestia de Cincinato, la templanza de Fabricio, la castidad de Lucrecia y Virginia, el desinterés de Paulo Emilio, y la paciencia de Fabio: estas fueron las mejores leyes de Roma.» Lo que equivale decir, que las buenas costumbres de esos grandes varones de la antigua Roma valieron más que las leyes que entonces se dieron.

Prosopopeya.—Es esta una figura sublime y patética, de suma vehemencia, en la cual el orador introduce en la oración a seres inanimados como dotados de habla, a los muertos, a los ausentes, todo en sentido figurado y expresado con pasión. Tal es esta de Lope de Vega: «¡Llorad santo sepulcro! ¡Piedras frías, que en agua os convertid, sintiendo que os profanan tales gentes! ¡Llorad ciudad santa! ¡Sagrados muros, ablandad vuestros mármoles, honrados en otra edad de otra bandera! ¡Ay de David alcázares dorados! ¡Ay Santa Sión, qué huésped os oyera! ¡Ay puertas por donde el divino Rey entró descalzo, que entra hoy por vosotras armado el Saladino! (Jerusalem tomada por Saladino) Esta figura es oportuna en discursos del género patético, por tanto para no disminuir los efectos vehementes, debe finalizar pronto, pues la fantasía se cansa con la personificación de estos ideales. La prosopopeya representa bien las pasiones nobles; pero se usa también para estigmatizar las bajas con un fin moral, y para esclarecer la verdad y la justicia.

Tal es esta de una carta de Eloisa a Abelardo (1er. caso).

¡Oh, nombre dulce y fatal! Nadie te oiga y salgas de estos labios que el silencio ha sellado! Allá escóndelo tú, oh corazón mío, en el estrecho rincón de . . . ¡Oh mano no le escribas! Mas ay! ya lo escribió. Borrado, lágrimas mías!» Esta prosopopeya es bellísima pues Eloísa habla con su mano y con sus lágrimas; la una que escribe el pensamiento, las otras que expresan su dolor de Abelardo ya muerto, y sus labios están sellados por el silencio del voto que había profesado.

(2º. caso).—Esta es de Cicerón a Catilina, que aunque expresa ira, ésta sirve de admonestación al criminal, y además, es solemne la personificación de la patria.

«Así te habla, Catilina, la patria, y en su silencio te dice: en tantos años no he visto maldad que no haya venido por tí.»

Concesión.—Es figura propia de la oratoria forense; envuelve un lenguaje digno en que a la vez que se acusa, parece disminuirse el efecto de la acusación concediendo al contrario conclusiones de secundario interés que no destruyen la causa que se defiende, pues las conclusiones del orador son más poderosas.

Ejemplo.—Tal es este en la acusación del duque d'Enghien por traición al Emperador Napoleón I.

«Ambición tuvo el duque d'Enghien para derrocar el imperio napoleónico, porque concedo que es loable la ambición para un fin noble, pero no para entronizar la tiranía de una familia real; muchas glorias tiene la estirpe borbónica, pero su traición al Emperador, traía consigo el odio de los partidos y la ruina de la nación, amenazada de una invasión.—(Anón.)»

Otro:—«El oro, decís vosotros, alienta los ingenios, lo concedo: mas ¿cuántos corazones corrompe antes? Convento en que fomenta las artes! y si éstas excitan el lujo ¿no es éste un contagio que infecciona a todo un pueblo?»

Anticipación.—Con esta figura el orador se anticipa a las objeciones que pueden hacerle, allana las dificultades, satisfaciéndolas con razones que expone.

Ejemplo.—Un elocuente escritor en elogio de Descartes previene a sus lectores así:

«Todo este discurso será consagrado a la verdad y a la virtud. Tal vez habrá hombres en mi nación que no perdonarán el elogio de un filósofo vivo; más éste murió ya, y hace 115 años que no existe: así no temo hoy ofender el orgullo, ni irritar la envidia.»

Dubitación
(Propia del foro) { Se comete esta figura cuando tratando asuntos graves, dudosos o complicados, vacilamos en la elección del camino que debemos seguir y solicitamos el apoyo indirecto del tribunal o del auditorio.

De Cicerón.—Pro Roscio: «¿Qué examinaré primero? o de dónde partiré? ¿Qué auxilio he de pedir? o de quién puedo esperarlo? De los dioses inmortales, o del pueblo romano? ¿Imploraré vuestra fe, vosotros que teneis la autoridad suprema?»

Dialogismo.—Es introducir en el discurso la acción de una o más personas con la ficción de interlocutores, dando así mayor fuerza a la oración.

Ejemplo.—«La patria pregunta a cada ciudadano ¿qué harás tú por mí? El soldado responde, yo te daré mi sangre; el magistrado, yo defenderé tus leyes; el sacerdote, yo velaré en tus altares; el agricultor y el artesano, el uno dice: yo te daré los dones de la tierra; el otro: armas para defenderte y brazos para esgrimirlas; el sabio: yo te consagro la verdad y el valor de sostenerla».

Etopeya o retrato.—Es la etopeya el retrato fiel de alguna persona, considerada en sus acciones, carácter, costumbres, vicios y virtudes, formando una pintura moral.

El retrato es la figura por excelencia del historiador con la que exorna su narración y le da interés, toda vez que su pincel sea fiel copista y su imaginación grave con elegancia y energía los perfiles morales del retratado. También el orador puede sacar buen partido del retrato, aprovechando esta figura en el panegírico de las grandes figuras. Retrato de Mirabeau por Cormenin: «Todo concurrió a hacer de Mirabeau el soberbio dominador de la tribuna: su organización excepcional, su vida, sus estudios, sus dis-

usiones domésticas, el tiempo extraordinario en que apareció y el conjunto de sus asombrosas facultades oratorias. Se le veía de lejos, se le oía en todo el vasto recinto de la Asamblea, que llenaba con su voz, el hombre moral se revelaba en sus facciones y la grandeza de su alma pasaba a su rostro y a su discurso. Temperamento de fuego, llegó a sobrepasar los vicios y virtudes de su raza. Sus exuberantes facultades, no hallando pábulo exterior, se concentraron en sí mismas, determinándose en aquella robusta naturaleza un hacinamiento, una fermentación, un hervidero de toda clase de cosas, como un volcán que la lava condensa, tritura, líquida y amalgama, antes de expelerla por su inflamado cráter. Bajo los cerrojos de los calabozos, con la pluma en la mano e inclinada la frente en los libros, atesoraba en los inmensos depósitos de su memoria los más variados y preciosos tesoros, templando y retemplando siempre su alma en sus impetuosos ataques contra la tiranía, como el acero sumergido en el líquido al salir candente de la fragua.»

Marat, por el mismo autor: «Marat, hombre de instintos feroces, aspecto ruin y rostro innoce, denunciador universal, que invocaba la santa guillotina, instigaba al pueblo al asesinato, y pedía por pasatiempo doscientas mil víctimas, la cabeza del rey y un dictador; ente vil, lleno de crueldad y locura, y al mismo tiempo chocarrero y truhán sin dignidad ni freno, que se agitaba en su asiento como un energúmeno, se levantaba como sobresaltado, reía a carcajada tendida, asediaba la tribuna, insultaba al orador, fruncía las cejas, dejaba que lo coronasen ridiculamente con una corona de hojas de encina, y dirigiéndose a la Asamblea, repetía sin cesar con voz enfática: «os recuerdo el pudor, si le conocéis.»

Retrato de un hipócrita por Gracian: «Era un hombre venerable por su aspecto, muy autorizado de barba, el rostro ya pasado, y todas sus facciones desterradas, hundidos los ojos, la color robada, chupadas las narices, la alegría entredicha, el cuello de lánguida azucena; la frente encapotada, el vestido por lo pío remendado, colgada de la cinta unas disciplinas, que lastiman más los ojos de quien las

mira que las espaldas del que las afecta: zapatos doblados a remiendos, de mayor comodidad que gala.»

Un petimetre, afeminado (Miguel de Cervantes).—Era un mancebo galán, atildado, de blondas manos y ricos cabellos, de voz meliflua y de amorosas palabras, y finalmente todo hecho de alfeñique, guarnecido de telas, y adornos de brocados.»

Todas las figuras anteriormente descritas son las que dan mayor exornación oratoria. Ellas se mezclan, combinan y se colocan con más o menos oportunidad, según el talento y habilidad del orador, para inspirar afectos o iras, dulzura o cólera, sensaciones patéticas o indiferentes; es decir, todos los grados de las pasiones humanas. El enlace de figuras diversas, guardando la debida armonía, prueba la necesidad que tienen las unas de las otras para dar más fuerza y elegancia a la oración.

TERCERA PARTE

ELOCUENCIA EXTERIOR

La elocuencia escrita es como la música en papel, ambas necesitan de la voz o del instrumento para deleitar; excitar o conmover.

Es por eso que en la elocuencia tribunicia la voz, bien dirigida, es el medio poderoso de éxito; es un arte que los antiguos cultivaron con esmero creándose la fama de grandes tribunos.

El buen orador tiene a su cargo un ministerio muy alto, pues él es el que debe comunicar la verdad, el entusiasmo, las grandes virtudes cívicas y morales, y por tanto, todo en su porte, en su acento, en sus ojos, en sus movimientos debe revelar decoro, naturalidad, elevación sin orgullo, modestia sin rebajamiento, identificándose en un todo con su auditorio y enseñoreándose del ánimo de sus oyentes.

La elocuencia escrita en el papel solo habla al entendimiento; es tranquila y silenciosa. La elocuencia hablada es el verbo en acción, el pensamiento en vibración, la que más impresiona, aviva la atención, cautiva al oyente: siembra y cosecha a la vez.

Con frecuencia oímos discursos de viva voz que nos impresionan; pero si después los leemos en el silencio de la estancia, ya no despiertan en nosotros el mismo entusiasmo. Falta la voz, el gesto, la variada tonalidad de las expresiones,

los movimientos varios que parecen empujar las ideas o retenerlas.

Difícil cosa es dar reglas y ejemplos del bien decir; pero como principio general debe saberse que el todo está en el tono o entonación de la voz y en la tonalidad de ésta en relación con el discurso. El tono, el gesto, la buena dicción son trípode poderoso de la elocuencia exterior; porque sin ellos no se pueden revelar ni comunicar las ideas y sentimientos que abriga el orador, ni se puede demostrar el grado de energía o suavidad con que debe presentarlos. El orador debe ser como el pintor que aprovecha los tonos de luz para conseguir todos los efectos de luz y sombra que debe trasladar a sus telas.

Para hablar bien es necesario tener presente ciertos preceptos generales que se refieren al lenguaje oratorio.

PRONUNCIACION

La pronunciación es la serie de inflexiones que damos a la voz o tono para expresar las diversas situaciones de ánimo del que habla, y el modo de comunicarlas a sus oyentes. Como se ve, éste no es asunto de reglas, sino que depende del talento, habilidad, sentir, y práctica del orador.

Por tanto, el arte si tal existe en esta materia, está, principalmente, en lo que dentro de si se siente y se quiere hacer sentir a su auditorio. Todos los diversos acentos del alma tienen una lengua en el corazón humano; y todos los verdaderos oradores han sabido usar ese lenguaje en los grandes trances de sus discursos. El acento, pues, es el alma de la palabra. No es con voces frías y mal entonadas que levantaremos el ánimo, sino con ese tono lleno de calor y verdad, de esa gracia del énfasis del acento que se amolda a las grandes sensaciones y les comunica vida.

El talento, auxiliado por el arte, es factor importante, es la prerrogativa del verdadero orador.

Regla única es, entonces, adaptar el tono de la voz a las palabras que representan la idea, la situación, el momento patético, según el efecto que se desee obtener. De aquí que el acento sea grave, agudo, suave, pausado, rápido, ve-

hemente o calmoso, según la pasión que domine. Es exactamente como el director de una orquesta que agita su batuta, según las faces de expresión que representa la música. Esta disposición del ánimo es natural, y se observa aún en los animales, y así es como el perro con los tonos diversos de sus ladridos le indica al amo sus diversas actitudes.

Lo grato de la pronunciación de las palabras, no es la producción mecánica de las palabras, sino lo apropiado de las inflexiones de la voz que forman una melodía como la de la música, que al par convence y deleita el oído. Para estos efectos ninguna lengua se presta más que la española por lo melodioso de su acentuación, la sonoridad y suavidad de las voces, por la fluidez o cadencias de sus inflexiones que producen los afectos más contrastados.

Otro de los recursos de que puede sacar partido el orador hábil es el de la acertada acentuación de las palabras que levanta o atenúa la pasión: esa desigualdad de los tiempos en la pronunciación comunica al lenguaje una expresión especial: ya acelerándola, ya pausándola, o cortándola con énfasis, que forma así una especie de elocuencia muda que dice más que diciendo muchas cláusulas.

Hay oradores que sólo se cuidan de acumular palabras sin animación, lo que hace bostezar al público. Si el calor y la energía no penetran en el oyente, no se logrará el fin de la elocuencia que es convencer y conmover. Basta pronunciar y acentuar bien para producir buen efecto con la voz, y el desencanto aparece cuando después se leen esos discursos. Otro recurso, nada despreciable y que mucho enseña, es la audición de los buenos oradores; algo siempre se comunica al oído; se aprecian las inflexiones de voz y de tono. A esto agréguese: voz clara, pronunciación de todas las letras y sílabas; márquese bien con el tono los intervalos de la suspensión y terminación de los períodos, por medio de los signos ortográficos (, ; : .) ; voz lenta al principio, dándole los grados necesarios a medida que avanza el discurso; varíese la voz, según las situaciones; que la voz tenga eco suficiente en relación con el espacio y número de oyentes; apropiase el tono a las situaciones; que nunca sea arrebatado o alocado a lo energúmeno.

DE LA ACCION O ADEMAN

La acción consiste en el gesto, ademán y movimientos varios que se imprimen al cuerpo y a los brazos en relación con la expresión del semblante. Estas modalidades son múltiples, según el estado de ánimo del que habla; pero es éste un don de la naturaleza, en el cual el arte sólo interviene con la naturalidad de la expresión. Depende, pues, del temperamento del orador, de su organización sensible, y entonces el ademán aparece natural, sigue a la palabra con brillo y energía, interpretando los sentimientos del corazón. Sin gesto no hay acción oratoria.

Siendo naturales y apropiados todos los movimientos, las situaciones se presentan claras y comprensibles, sin la exageración repugnante que usan los declamadores de calles para producir falsos efectos; pero tampoco con esa dejadez y frialdad que comunican el tedio y el cansancio, sin contorciones de epiléptico, sin clavar la mirada alevosa sobre determinados oyentes, sin buscar en el cielo raso del salón las ideas, como mariposas perdidas en el aire, porque la inspiración es luz refulgente que se agita en la mente.

No hay elocuencia posible sin una dicción apropiada, y sin un accionado conveniente. El solo gesto muchas veces, empleado con naturalidad, sin pronunciar una palabra, es capaz de levantar muy alto los ánimos, pues es a manera de una elocuencia turbada y suspendida por las sensaciones, y entonces impresiona más a los oyentes. Recuérdese aquel ejemplo memorable de Marco Antonio, al hacer venir el cadáver de Julio César al Senado: colocóse enfrente, cerca del cuerpo, y clavó severa y enternecida la mirada en él ¡Qué retórica expresa mejor que ese ademán! El poder de la mirada ha logrado detener el brazo de un feroz asesino próximo a caer sobre una víctima indefensa. Una mirada de J. César apaciguó dos legiones amotinadas.

Con la movilidad y la sensibilidad exquisita de las manos podemos hacernos entender casi sin hablar, expresando todas las agitaciones de la pasión, todos los tonos del convencimiento, todas las energías de la fuerza, de la súplica, del gozo, de la tristeza, del dolor, del miedo o del valor,

del mando o de la sumisión; toda vez que ese accionado sea discreto, moderado, y siempre adecuado a la situación, apartándose de las gesticulaciones del comediante que representa una ficción, acaso ya conocida del oyente. El ademán es, pues, un verdadero lenguaje que perfecciona la idea y el sentimiento.

El lenguaje del ademán es el que impresiona los sentidos y la imaginación del oyente; es el alma de la elocuencia; la palabra obra más por los ojos que por los oídos. La boca finje muchas veces lo que no es verdad, disimulando los pensamientos con el artificio; el oído engaña con los sonidos desapercibidos o el tono enigmático; sólo los ojos confiesan la verdad que llevada a través de las redes nerviosas del cerebro, la fijan indeleblemente, y eso a pesar de su dueño que sacándole los colores al rostro, hacen señas de traición. Es pues el lenguaje de la mirada algo así como un toque especial del alma que enternece o levanta todas las energías del corazón: «Mujer llora, y vencerás.» como Homero, hablando de Juno, para hacer creer que solo ella veía los dioses dijo: «Rodea con sus ojos todo el cielo». Elocuente rasgo de la mirada fué aquel de Hernán Cortés, quien para persuadir a Moctezuma no le tuviese por un Dios, desnudó su brazo y dijole: «Mira estas cicatrices, efectos de las armas, y te convencerás de que soy un simple mortal.»

Pero para que el ademán exprese la realidad, téngase bien presente que son indispensables en el accionado: sobriedad, exactitud, naturalidad, realidad.

EL ORADOR EN LA TRIBUNA

Suponemos el orador en la tribuna, y me parece demás recomendar lo que a primera vista parece natural y es de costumbre: el vestido decente, decoroso, sin extravagancia. El vestido es de etiqueta, si se trata de una reunión de carácter oficial o solemne; vestido ordinario y correcto, en los casos ordinarios.

El porte, decoroso, natural, elevado, sin orgullo; modesto, sin rebajamiento, sin inquirir con la mirada al audi-

torio, pero tampoco con ojos de penitente, clavados sobre la tribuna o el pupitre.

En todo caso la táctica del orador debe ser identificarse desde el primer momento con sus oyentes. Tener el dominio de sí mismo para poder expresar su discurso con calma, con orden, con método, tal como si se encontrase solo, aumentando la entonación a medida que lo requiera el asunto, avivando el gesto en el momento oportuno.

La voz serena, clara, si lee; que no vacile la mano como indicando temor, porque entonces el oyente se dirá, allá en sus adentros: ese tiene miedo y no está poseído de lo que va a decir.

Por tanto, estudiado bien el tema, estudiados bien los movimientos y el momento oportuno en que deben, colocarse, según las situaciones de ánimo, alerta siempre la acentuación de la voz, lo mismo que la mirada, el orador, como el buen piloto, no tiene más que soltar las velas de la inspiración y bogar con serena magestad a través del mar de las ideas.

La voz humana es en todo comparable al más admirable instrumento musical. Las inflexiones de la voz no están sujetas a reglas, sino a esa varita mágica del sentimiento que domina el ánimo, lo conduce casi por la mano, y le hace producir toda una escala de tonos en relación con las ideas que se expresan; y en esto consiste el verdadero arte del orador, el talento y el ejercicio constante de la palabra.

El lenguaje de las pasiones no reina en la fría región de la serenidad o de la apatía. Nace de la fragua del corazón, y casi todo el arte de la elocuencia está en saber comunicar al oyente la llama que va prendida en el alma, ya por la tonalidad de la voz, ya por la naturalidad y energía de los movimientos o accionado.

Lo que depende del estudio y de la práctica de la buena dicción, puede reducirse a los siguientes puntos:

1o. Debe ser clara, distinta, teniendo cuidado de articular bien vocales y consonantes:

2o. Marcar con el tono las terminaciones ortográficas y las de los periodos;

ADEMAN DE INTERPELACION



Ejemplo: Esta Asamblea Nacional opina que nada debe suprimirse en el Ramo de Instrucción Pública, *por eso desea saber por qué se han suprimido los Inspectores departamentales de este Ramo*

ADEMAN DE LA INTERROGACION IMPERATIVA



Ejemplo: ¿Qué es del sabio, qué es del letrado, dónde está el escudriñador de los secretos de la naturaleza? ¿Qué se hizo la gloria de Salomón? ¿Dónde están los famosos Césares de Roma? *Todo esto fue sombra, todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento* (Fr. Luis de Granada)

ADEMAN DE LA INTERROGACION SIMPLE



Ejemplo: ¿Qué se ha hecho a aquella abnegación, aquella honradez, aquel patriotismo, aquel valor heroico que animó a nuestros gloriosos próceres de la independencia?

- 3o. Exactitud en la acentuación;
- 4o. Tonalidad de la voz repartida con arte en las diversas situaciones del discurso;
- 5o. Graduar la respiración para evitar el cansancio de la voz;
- 6o. Medir el esfuerzo de voz en relación con el espacio y el número de los oyentes;
- 7o. La entonación del exordio debe ser pausada, clara, sin esfuerzo, y se irá aumentando hacia el fin, según las situaciones.

De tal modo, observadas estas reglas, la parte más importantes de la dicción, es necesario no olvidarlo, son las inflexiones de la voz, y lo que es más difícil de formular es la manera de entonarlas, pues dependen del modo de sentir y de expresar las sensaciones que cada cual tenga sobre las ideas que se emiten: es éste un don de la naturaleza, de la sensibilidad, de la pasión que exista en las almas.

Empero, si el que habla o lee está empapado del asunto de que se va a ocupar; si ese asunto le interesa, le atrae y le impulsa hacia un fin noble y justo, entonces es más que seguro, que tal orador tendrá una dicción elevada y una inflexión que unidas al gesto, nada tendrán de artificiales, de afectadas, ni de declamatorias. Correrá entonces su voz al unísono de la convicción y el sentimiento, y el tono, el gesto irán solícitos y unidos como el arco inteligente que no se desprende de las cuerdas bajo la mágica acción del artista.

Tampoco hay que olvidar que no solamente debe atenderse a la buena pronunciación y al gesto, sino que también debe el orador presentar en su fisonomía el espejo de lo que refleja el alma, y en su porte algo de esa naturalidad y gentileza que ayudan poderosamente a la acción oratoria.

A los principiantes debo recordarles que se penetren bien de que si tienen aptitudes para la tribuna, procuren no imitar a tal o cual orador. El punto importante es armonizar su palabra con su persona, con su individualidad, para no caer en lo ridículo de una mala imitación o en el

exceso del cómico. Con el tiempo, el ejercicio de la palabra y sobre todo con esa alma mater de la inspiración y el sentimiento, llegará a levantar su auditorio con un gesto o a calmarlo con una mirada, si como ya se dijo en otra parte, ha tenido el talento de identificarse con sus oyentes y ha podido comunicarles la emoción de que el mismo debe estar poseído.

Pero antes de entrar a estudiar las diversas formas del ademán, deseo aun consignar aquí la necesidad de un estudio especial del gesto, porque si la palabra impresiona el oído, el gesto es el que impresiona y muy de veras por los ojos, por la mirada que le dan vida al pensamiento, y solo así despertará el discurso todo el interés, todo lo bueno y bello que él contenga. Hay más. Si el orador es conocido, si el público sabe de lo que va a tratar, es más que seguro que al presentarse en la tribuna, su fisonomía, su gesto denunciarán los sentimientos que experimenta, y el aplauso resonara desde el principio como una prueba de la adhesión y simpatías que él inspira.

Quiere decir esto que la palabra, la fisonomía y el ademán deben ser simultáneos, verificarse en una sola articulación. De tal modo que la mirada y el gesto deben estudiarse antes que la palabra, es decir, estudiar las situaciones del discurso donde deben colocarse aquellos, y repetirlos muchas veces si es necesario.

FORMAS DEL ADEMÁN Y DEL GESTO

Ademán de la interpelación.—Este gesto es el indicativo segundo oblicuo. Se obtiene extendiendo el brazo derecho al nivel del hombro, un poco de lado, mano cerrada, menos el index que extendido señala de lado; mirada fija en el interpelado.

Interpelación al Ministro de Hacienda. Ejemplo:

«La opinión de esta Asamblea es que no deben suprimirse partidas importantes que afectan la marcha de un Ramo como el de la Instrucción Pública, *por eso desea saber por qué se han suprimido los inspectores departamentales.*» Esta parte subrayada es el momento de este ademán.

Ademán de la interrogación imperativa.—En este el orador tiene la mirada hacia el público; el brazo izquierdo pendiente con soltura al lado del cuerpo, dedos libres; brazo derecho extendido oblicuamente hacia abajo, mano entrecerrada, dedo índice hacia abajo y tendido. Ejemplo:

«¿Qué es del sabio? qué es del letrado, dónde está el escudriñador de los secretos de la naturaleza? ¿Qué se hizo la gloria de Salomón? Dónde está el poderoso Alejandro y el glorioso Asuero. ¿Dónde están los famosos Césares de Roma? ¿Qué les aprovechó su vana gloria, el poder del mundo, las falsas riquezas, las huestes de sus ejércitos.....? (Aquí viene el ademán). Todo esto fue sombra, todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento».
(Fr. Luis de Granada).

Ademán de la interrgación.—Este gesto se puede formar de tres modos:

1º.—Por medio del ademán indicativo de frente;

2º.—Por medio del ademán segundo oblicuo;

3º.—Cruzando los brazos ante el pecho, pero con cierta soltura; la mirada debe estar fija en la persona que se interroga o en el público si a él se dirige la interrogación.

Cada vez que el orador hace una interrogación en sentido general, es lógico pensar en la respuesta, y en este caso se debe emplear el ademán conclusivo que equivale al responsivo.

Ademán de la imploración invocativa.—(Pedir con ruego:) El orador está en pié, la mirada hacia arriba en aptitud de pedir, los brazos levantados hacia arriba, en círculo, las manos abiertas, dedos algo recogidos. Ejemplo: «Que se me traiga el Aguila quiero también abrazarla! Aguila queridal que estos besos resuenen en el corazón de todos los valientes! Adiós, hijos míos... Mis votos os acompañarán siempre; conservad mi recuerdo...» (Napoleón I.)

Ademán demostrativo.—Sirve para exponer una enumeración. La mirada debe estar fija en el auditorio. La actitud será noble, la cabeza derecha, el gesto natural. El brazo izquierdo pendiente o colocado sobre la mesa, mientras el derecho extendido suavemente hacia el oyente con la palma de la mano abierta naturalmente hacia el mismo lado. Ejemplo:

Considerad el método que debe seguirse en este curso;

penetraos primero de la importancia de las reglas; su claridad, su alcance, y que nada se fija más sólidamente en la memoria que los ejemplos que las confirman (D. J. G.) El ademán se sostiene durante todo el período.

Ademán conclusivo.—Es el final del anterior, y se produce extendiendo con naturalidad los dos brazos con las dos manos abiertas, los dedos libres y extendidos hacia abajo. Se emplea al final del primer período o demostrativo, y puede hacerse el movimiento con solo el brazo derecho. Ejemplo: (continuando el ejemplo anterior). He aquí en lo que consiste el verdadero sistema pedagógico de toda ciencia y de todo arte (D. J. G.)

Ademán indicativo de frente.—Mirada fija, serena y digna sobre el auditorio, actitud recta y noble, brazo izquierdo pendiente al cuerpo, el derecho extendido hacia el oyente, a la altura del hombro, puño cerrado, index extendido en la misma dirección. Ejemplo: Guardaos de contemporizar: la desgracia jamás espera.» (Mirabeau.)

Otro: «Es aquí donde mi mirada no encuentra sino grandes, ricos, opresores de la humanidad doliente; si, es aquí únicamente donde debe resonar la palabra divina».—(Bridaine).

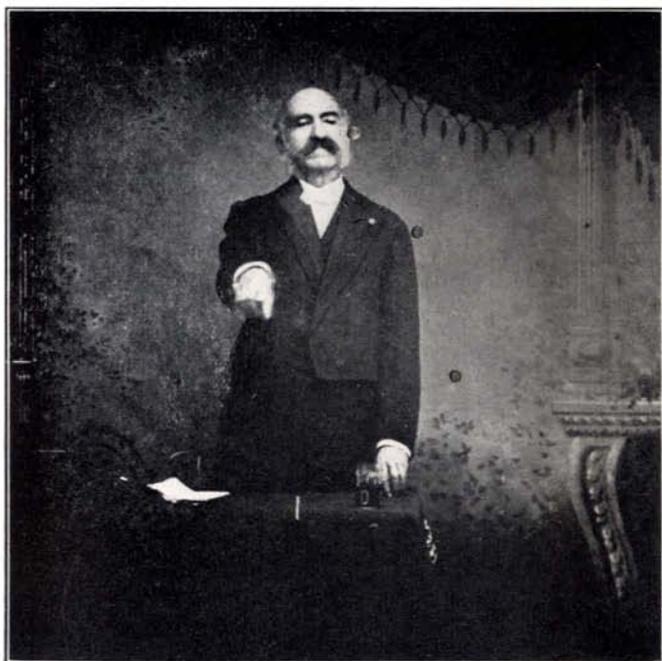
Este ademán se descompone en ademán indicativo primer oblicuo. Es el mismo que el anterior dirigiendo el brazo hacia la tierra. Ejemplo: «Vos, César, os despojaréis de vuestro orgullo un día; vos, descenderéis delante el hijo de vuestro sirviente». (Lacordaire.)

2o. oblicuo de lado. Brazo derecho extendido al nivel del hombro, un poco de lado mano e index dirigidos lateralmente. Ejemplo: Ese hombre no goza de nada, no es apto para nada; está roído por la modestia, pero por una modestia espantosa». (De E. Girardin).

3er. oblicuo. Se obtiene con el brazo derecho más levantado un poco más arriba de la cabeza, puño e index lo mismo que el anterior; la mirada más alzada. Ejemplo: «Ahl esa Francia, yo la amo como se ama a una madre. Es a esa que hay que sacrificar la vida, el amor propio, y todos los goces egoístas; es a ella que hay que decir: allí donde esté la Francia, allí está la patria». (Gambetta).

Gesto indicativo horizontal de lado.—Modificación del

ADEMAN PRIMER OBLICUO



Ejemplo: Vos, César, os despojaréis un día de vuestro orgullo y de vuestra púrpura; vos descenderéis delante el hijo de vuestro sirviente (Lacordaire)

ADEMAM SEGUNDO OBLICUO



Ejemplo: Yo no conozco los ~~juegos~~ de Bolsa, y solo juego a la alza del honor nacional (General Foy)

ADEMAN TERCER OBLICUO



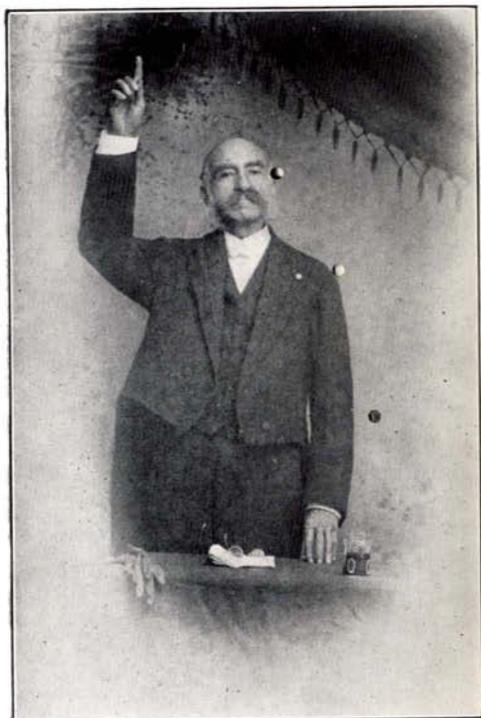
Ejemplo: Ah! esa Francia yo la amo como se ama a una madre. Es a esa que hay que sacrificar la vida, el amor propio, y todos los goces egoístas; es a ella que hay que decir: allí donde esté la Francia, allí está la patria (Gambetta)

ADEMAN HORIZONTAL DE LADO



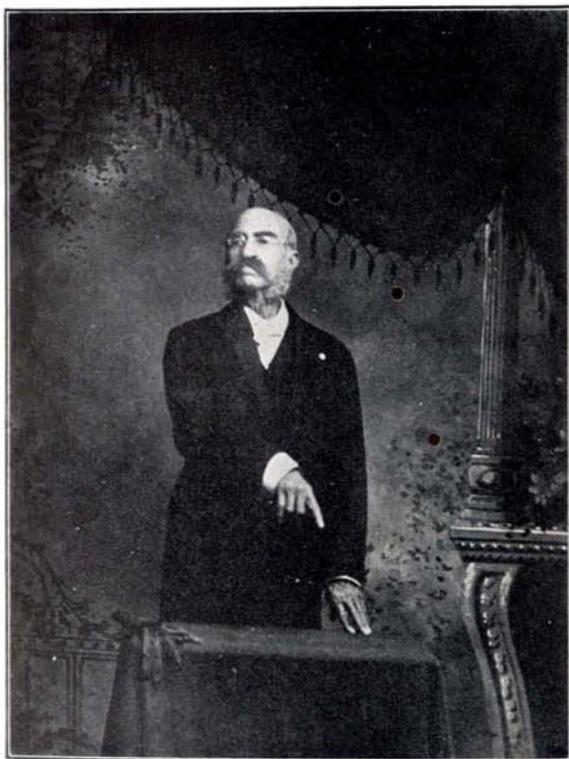
Ejemplo: Señores: me detengo ~~delante~~ delante la historia; pensad que ella juzgará vuestro juicio, y que ese juicio será el de los siglos (Froncheta)

ADEMAN INDICATIVO HACIA EL CIELO



Ejemplo: Dios no puso las ~~ideas~~ grandes y nobles solo en ciertos cerebros privilegiados, sino que como semillas del cielo las regó en todas las almas, y para éstas envió las celestiales auroras para que el hombre elevara su mirada al misterio portentoso donde la Providencia resplandece sobre todo lo creado (D. J. G.)

ADEMAN INDICATIVO HACIA TIERRA



Ejemplo: Que los que ~~mied~~ tengan, se coloquen detrás de mi (Luis XII)

Otro: Habiendo caído en los más horribles vicios, se encontró sumergido en la mayor miseria e ignominia

ADEMAN GENERALIZADOR O AMPLIFICATIVO



Ejemplo: Es por eso que nuestro dogma enseña que la razón, como el sol debe reinar y someterse a la vez: reinar sobre toda la tierra y someterse enfrente del cielo. Su poder le da un mundo, su sumisión, la inmensidad (Padre Graty)

anterior, se obtiene levantando el brazo derecho a nivel del oído correspondiente y de lado, puño e índice del mismo modo. Tiene cierta solemnidad, propio del asunto: Ejemplo: «Señores; me detengo delante la historia; pensad que ella juzgará vuestro juicio, y que ese juicio será de los siglos». (Tronchet, abogado.)

Gesto indicativo hacia el cielo.—Se levanta el brazo que anteriormente estaba de lado hacia el cielo, al lado de la cara, puño medio cerrado e índice extendido, misma posición. Ejemplo: «Ah! pobres insensatos, cerebros miserables, que de tantos modos habéis explícado todo para remontaros hasta el cielo, para eso necesitábais alas.» (De Muset).

Gesto indicativo hacia la tierra. El movimiento se cambia bajando el brazo derecho hacia medio vientre, puño e índice hacia abajo, la mirada un poco de lado. Ejemplo: «Habiendo caído el hombre por su falta, se encontró sumergido en la más extraña confusión.» (S. J. J.) Se emplea este gesto para afirmar, ordenar o indicar las personas o las cosas.

Ademán generalizador o amplificativo.—Es la tercera forma del gesto demostrativo y del conclusivo, ya dichos. Se obtiene poniendo los brazos en cruz a la altura de los hombros medio doblados, manos abiertas, dedos libres, hacia arriba. Se emplea en las amplificaciones, como para fortificar más las ideas que se emiten. Ejemplo: «Es por eso que nuestro dogma enseña que la razón, como el sol, debe reinar y someterse a la vez: reinar sobre toda la tierra y someterse en frente del cielo. Su poder le da un mundo, su sumisión, la inmensidad.»—(Padre Gratry.)

Ademán interrogativo expectante.—Tiene dos formas: Una en que el orador en pie cruza los brazos sobre el pecho, pero libres, la mirada dirigida hacia los oyentes; otra en que estando el orador delante de su mesa las manos están entrelazadas un poco más abajo de la mitad del vientre. Ejemplo: «Franceses, qué se ha hecho, pues, ese carácter nacional, ese carácter que distinguía vuestras antiguas costumbres, ese carácter de grandeza y lealtad.»—(De Sése.)

Se emplea en las interrogaciones, en las que, en seguida, el orador mismo se contesta.

Ademán afectivo.—La forma de este ademán es pareci-

da al gesto indicativo dirigiéndose hacia el cielo, con la sola diferencia que el brazo derecho se alza apenas arriba de la cabeza, la mano abierta, los dedos medio doblados suavemente. Se emplea en las frases exclamativas vehementes. Ejemplo: «Sed fieles al nuevo soberano que la Francia se ha dado. No abandonéis nuestra querida patria, ya largo tiempo desdichada! Amadla siempre! Amadla mucho esta querida patria.»—(Napoleón I.)

Ademán repulsivo.—Es de los más naturales y fáciles. Es el gesto indicativo de lado, ya dicho, con la diferencia que la mano está abierta y vuelta en sentido inverso del orador, como repulsando; y a este movimiento debe acompañarse el rostro vuelto también hacia la izquierda o en sentido inverso de la mano. Ejemplo: «Guardad tu púrpura, oh César, mañana te servirá de sudario.»—(Lacordaire.) Otro: «Pedid la represión del perverso, nunca el castigo del inocente.»—(D. J. G.)

Ademán invocativo.—Se forma elevando los dos brazos separados al nivel de la cabeza y un poco más arriba, la palma de las manos abierta, los dedos plegados suavemente, la mirada hacia arriba o hacia el objeto o persona a quien se dirija la palabra. Se emplea en la invocación vehemente. Ejemplo: «¡Noble enseña! Hoy ondeas en todas las astas del patrio suelo y te saludan reverentes las nuevas generaciones... ¡Para tí son los albores lucientes de la aurora, los himnos y cánticos de las gentes, la celeste inspiración de los poetas, los laureles de nuestros héroes y las plegarias de todos los que murieron a tu lado batallando por la libertad de los pueblos! ¡Para tí las bendiciones de este noble y esforzado pueblo que te contempla sobre tu asta excelsa, tremolando sobre las fulgurantes bayonetas, saludada por los brillantes aceros, amada en el hogar, en el templo, en la escuela... donde eres noble orgullo de la nación... venerada por todos, hasta del último de los patriotas que hoy te ofrenda en su pequeñez una corona de imperecedera gloria a tu grandeza!»—(D. J. G.) (1)

(1) Discurso del 15 de Septiembre de 1912 al jurar la nueva Bandera de El Salvador.

ADEMAN REPULSIVO



Ejemplo: Guardad tu púrpura, oñ, César, mañana te servirá de sudario (Lacordaire)

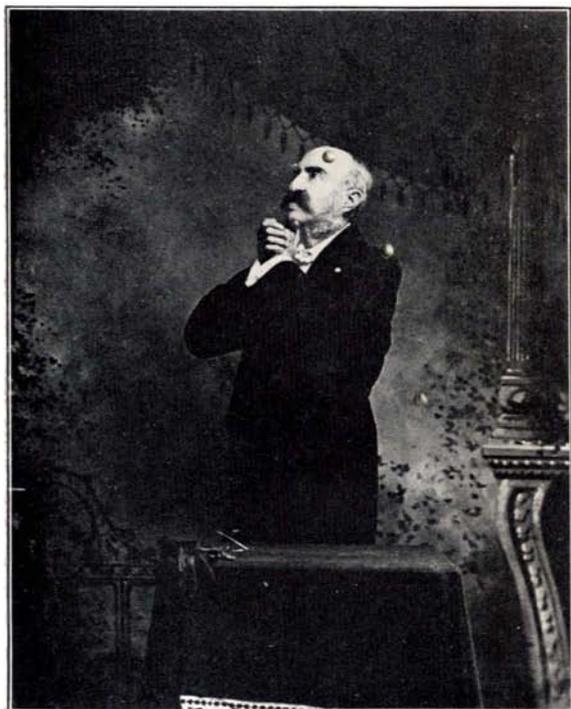
Otro: Pedid, exigid la represión del perverso, nunca el castigo del inocente

ADEMAN INVOCATIVO



Ejemplo: ¡Noble enseña! Hoy ondeas en todas las astas del patrio suelo y te saludan reverentes las nuevas generaciones... ¡Para tí son los albores lucientes de la aurora, los himnos y cánticos de las gentes, la celeste inspiración de los poetas, los laureles de nuestros héroes y las plegarias de todos los que murieron a tu lado batallando por la libertad de los pueblos!...

ADEMAN INVOCATIVO DE SUPLICA



Ejemplo: ¡Manes ilustres de los Fabricios y Camilos!
imploro vuestro ejemplo. Decidme: ¿con qué
arte dichoso hicistéis a Roma señora del mun-
do y tantos siglos floreciente?...

ADEMAN AFIRMATIVO



Ejemplo: Ah! la justicia humana debe temblar cuando, al arrojar la mirada hacia el pasado, ve desfilar el progreso social... (Marie, abogado)

ADEMAN NEGATIVO



Ejemplo: Jamás, jamás cederemos una pulgada de terreno de ese magnífico Golfo de Fonseca, que es la unión de tres repúblicas, la integridad de Centro-América y una de las llaves del Pacífico.

ADEMAN PARALELO COMPUESTO



Ejemplo: Juntó muchas coronas en una, y no bastándole a su grandeza un mundo, su dicha y su poder le descubrieron otro más grande y maravilloso (Gracian)

Ademán invocativo de súplica.—Se forma reuniendo las dos manos a la altura y del pecho, un poco del lado derecho, los ojos levantados hacia el cielo. Se emplea generalmente en la invocación o apóstrofe cuando el orador se dirige a Dios, a la naturaleza, a los vivos o muertos ilustres. Ejemplo: «¡Manes ilustres de los Fabricios y Camilos! imploro vuestro ejemplo. Decidme: ¿con qué arte dichoso hicisteis a Roma señora del mundo, y tantos siglos floreciente? ¡Glorioso Cincinato! vuela otra vez triunfante a tus rústicos hogares: seas el espejo de tu patria, y el terror de sus enemigos: guarda para tí la virtud, y deja el oro a los Samnitas.»—(Escritor elocuente anónimo.) Casi solo se emplea en el teatro.

Ademán expositivo.—Es parecido a éste al gesto indicativo de frente, con la diferencia que el pulgar y el index están unidos por sus extremidades, el index doblado hacia el pulgar, mientras los demás dedos se inclinan hacia abajo, ligeramente doblados. Se emplea cada vez que haya que exponer algún asunto. Ejemplo: «La autoridad es una superioridad que produce la obediencia y la veneración: primero la obediencia, es decir, la sumisión espontánea de una voluntad a otra voluntad.»—(Lecordaire.)

Ademán afirmativo.—Se forma levantando un poco la cabeza, la mirada fija en los oyentes; el brazo derecho extendido hacia abajo, la mano y dedos mirando hacia abajo y extendidos. Se emplea para dar mayor energía a lo que se afirma. Ejemplo: «Ahl la justicia humana debe temblar cuando, al arrojar la mirada hacia el pasado, ve desfilar el progreso social»—(Marie, abogado.)

Ademán negativo.—Es parecido al ademán indicativo de frente, con esta diferencia, que en el negativo el brazo derecho se extiende hacia el público con el puño cerrado, el index extendido de frente, imprimiendo a la mano un movimiento que exprese negación; el brazo izquierdo pendiente sin esfuerzo, la mirada imperativa. Ejemplo: «Jamás, jamás cederemos una pulgada de terreno de ese magnífico Golfo de Fonseca, que es el lazo de unión de tres Repúblicas y una de las llaves del Pacífico.»—(D. J. G.)

Ademán indicativo reforzado o compuesto.—Se forma lle-

vando el brazo derecho extendido hacia la derecha, mano abierta, dedos extendidos y el izquierdo en el mismo sentido, pero la mano correspondiente y abierta se detiene a la mitad del pecho. Ejemplo: Hablando de las conquistas de Carlos V, Gracián dice: «Juntó muchas coronas en una; y no bastándole a su grandeza un mundo, su dicha y su capacidad le descubrieron otro más grande y maravilloso.»

Se emplea en los grandes movimientos oratorios.

Ademán exclamativo vehemente.—Se forma principalmente elevando el antebrazo derecho a la altura de la cabeza, doblado el antebrazo sobre el brazo, el puño cerrado, mientras el brazo izquierdo está extendido en sentido inverso, casi horizontal, mano extendida; la mirada es hacia arriba, severa. Ejemplo: «¿A dónde habéis llevado vuestra sed sanguinaria, en dónde estáis oh, vosotros, infames asesinos del ilustre Prim.»—(D. J. G.) Se emplea en los grandes movimientos de cólera o de anatema. Se usa en la imprecación. (Véase arenga del Dr Buitrago,)

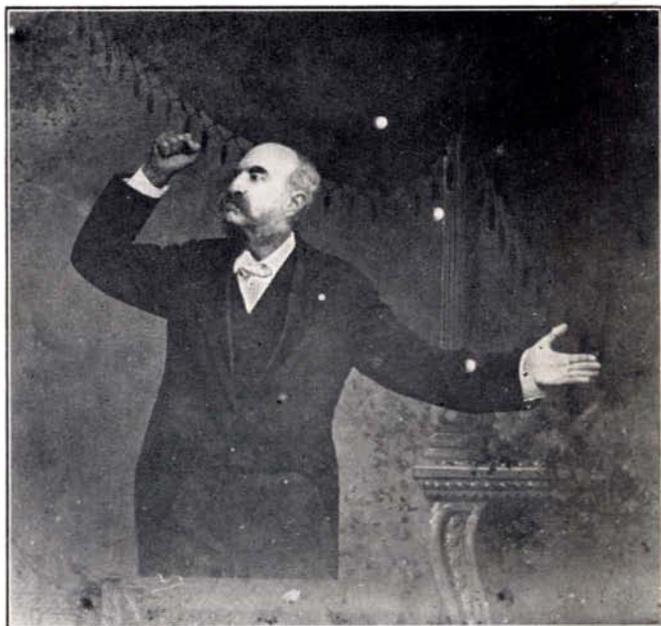
Ademán generqlizador completo o doble.—Se obtiene extendiendo los brazos casi horizontales a la altura de la espalda, las manos extendidas, las palmas hacia abajo, cabeza derecha, mirada en los oyentes. Ejemplo: «El genio y la virtud toman alas, las agitan, se remontan. Encuentran a la inmensidad y a sus astros y los someten al examen...; así el hombre ha encadenado todas las fuerzas de la naturaleza y ha hecho resonar el nombre santo de Dios bajo las eternas bóvedas del tiempo y del espacio.»—(D. J. G.) (Discurso en el colegio de Santa Cecilia. Enero 1915.) En este ademán, en el último miembro de esa oración, los brazos deben estar ampliamente extendidos con energía, las manos extendidas horizontalmente y hacia abajo.

Ademán admirativo profundo.

Sirve para expresar una idea noble y elevada.

Se obtiene este gesto levantando la mirada hacia arriba con dignidad y nobleza, el brazo derecho levantado hacia arriba, formando ángulo al nivel del hombro, la mano abierta, dedos un poco recogidos, brazo izquierdo pendiente al cuerpo.

ADEMAN EXCLAMATIVO VEHEMENTE



Ejemplo: ¿A donde habéis llevado vuestra sed sangui-
naria, en donde estáis oh vosotros, infames ase-
sinos del ilustre Prim?

ADEMAN GENERALIZADOR DOBLE

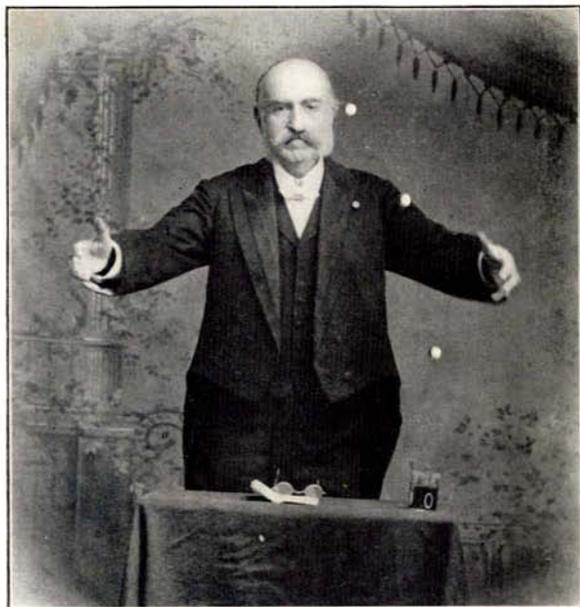


Ejemplo: El genio y la virtud toman alas, las agitan, se remontan. Encuentran c la inmensidad y a sus astros y los someten al examen . . . ; así el hombre ha hecho resonar el nombre santo de Dios bajo las eternas bóvedas del tiempo y del espacio!



1000000

ADEMAN DESCRIPTIVO DOBLE



Ejemplo: El cráter era ancho y abrupto arriba, pero poco a poco se estrechaba, se reducía entre negras y calcinadas rocas, hasta que se veía un antro tenebroso, de donde salían espesas nubes de humo y rojiza lava.

11

Ejemplo: { Por diez años de paz, cuántos beneficios para el progreso de la República! ¡qué ricos tesoros acumulados para extender la luz y el bienestar en los pueblos, el amor y la dicha en los hogares!

Ademàn suplicante
Manos juntas al pecho { Este gesto se usa poco en la oratoria corriente, salvo en muy contadas situaciones; es más bien propio del púlpito o del teatro. Se obtiene levantando la mirada hacia arriba y trayendo ambos brazos hacia el pecho, dobladas las manos entrelazadas con naturalidad en son de ruego.

Ejemplo: { Ah! que sea la caridad divina, la ardiente caridad, la que levante y sostenga a aquellos que se desprecian y pisotean al pasar!

Ademàn descriptivo doble. { Se forma con los brazos extendidos en círculo, los dedos de las manos algo extendidos, con flexibilidad. El círculo se agranda o disminuye según la idea que se exprese, hasta tocarse las manos, para separarse y concluir al final de la frase con el gesto indicativo de frente, si así lo requiere la idea.

Ejemplo: { El cráter era ancho y abrupto arriba, pero poco a poco se estrechaba, se reducía entre negras y calcinadas rocas, hasta que se veía un antro tenebroso, de donde salían espesas nubes de humo y rojiza lava. Es aquí donde aparece la imagen tétrica de la muerte!

Como concepto general, todos estos ademanes deben sostenerse mientras dure la idea que los anima, debiendo la mirada seguir el gesto, haciendo vibrar la mano ligeramente, cuerpo siempre recto. Y por eso es conveniente, si el trozo que se recita es algo largo, reservarlos para el trance final; procurando que todo gesto sea útil y significativo.

LA MIRADA

El lenguaje de los ojos da al semblante humano una fisonomía activa, poderosa y a veces irresistible. Recuérdese aquel trance memorable de Marco Antonio haciendo traer a su presencia el cadáver ensangrentado de Julio César, y allí le clava la mirada fija y enternecida. Ninguna palabra hubiera expresado lo que ese movimiento de la mirada.

La mirada tiene tonalidades diversas que expresan los diferentes movimientos del alma:

Tono imperativo,
Tono invocativo,
Tono admirativo,
Tono de éxtasis,
Tono de desesperación,
Tono irónico,
Tono de desdén,
Tono de cólera.

Como reglas generales relativas al ademán, fuera de lo ya indicado arriba, debe decirse que todo gesto debe ser útil y significativo, téngase presente:

1º.—Que en todo ademán debe buscarse la realidad y la continuidad de la expresión.

2º.—Para obtener la realidad en el ademán, es necesario hacer pesar la pronunciación sobre los verbos, los adjetivos y advverbios, nunca sobre el sujeto; y siempre se acentúa más el segundo verbo y el segundo adjetivo.

3º.—Para obtener la pureza en el ademán, es necesario articularlo bien, es decir, verificar bien los movimientos con el antebrazo; cada ademán tiene su movimiento propio.

4º.—Para obtener la continuidad de la expresión en el ademán, debe mantenerse éste hasta finalizar el pensamiento.

5º.—Es conveniente que el gesto se anticipe un poco a la emisión de la palabra.

6º.—El orador no debe nunca mirar su ademán: idea y ademán se completan y deben ser simultáneos; la mirada debe preceder al gesto.

7º.—Para dar entera libertad al ademán, los pies de-

ben estar un poco separados, el cuerpo un poco recostado de un lado ú otro.

9°.—Évítase siempre que el ademán cubra el rostro del orador. En ningún movimiento es permitido alzar el codo más alto que la espalda, porque cubriría al orador a la mirada de los oyentes.

FASES DE LA FISONOMIA

Para completar lo que se ha dicho ya sobre los efectos de la mirada, lo mismo que la delicadeza, precisión y naturalidad que deben existir en el manejo hábil de las manos y dedos, a fin de que la acción complete la buena interpretación del texto, a ésto, es necesario agregar los gestos de la fisonomía.

De nada servirían una buena dicción y un ademán adecuado, si en el semblante del orador no se ve la impresión que sus mismas palabras deben ocasionarle. Sería como la máscara fría e inmóvil de una máquina parlante.

¿Qué son, pues, los rasgos fisionómicos?

La fisiología nos enseña que a cada sensación corresponde en el semblante un rasgo especial, motivado sin duda por los nervios sensitivos. Así los músculos, al contraerse, exageran las líneas del rostro.

Hay fisionomías francas, nobles, buenas, honradas: Hombre bueno, hombre honrado.

Hay fisionomías malas, desgraciadas, siniestras: Hombre malo.

Hay fisionomías imperativas, de cólera: Hombre tirano, violento.

Hay fisionomías de desdén: Hombre vanidoso, engreído.

Hay fisionomías de ironía: Hombre satírico, burlón

Hay fisionomías de juventud, gozo, de salud: Rasgos levantados.

Hay fisionomías de dolor, enfermedad, muerte: Rasgos deprimidos. Etc., etc.

Puede decirse pues, que a cada rasgo del semblante corresponde una sensación que imprime al rostro una actitud especial, que representa un movimiento del alma, un sentimiento.

Por tanto, el orador debe ser buen fisonomista, ser buen fisiólogo, para que su expresión facial corresponda a la acción de los brazos y manos, y marque la vida y expresión real de los sentimientos del alma.

CLASES DE ELOCUENCIA

ELOCUENCIA PARLAMENTARIA

Varias son las condiciones que hay que tomar en cuenta para ser oportuno y alcanzar éxito en el ejercicio de la palabra en el recinto de los parlamentos, siendo éstas las principales:

1o.—El carácter de la nación. No es lo mismo hablar a las razas occidentales que a las de temperamento frío y taciturno. Un anglo-sajón escuchará un largo y elocuente discurso con la misma paciencia que si estuviera apurando una botella de cerveza o fumando su pipa. Su carácter frío es difícil de conmover; las más bellas figuras no hieren su imaginación, ni levantan su valor las más ardientes palabras; pero enterado y convencido dirá de momento su opinión y resolverá. No así, si la nación es de carácter irritable e impresionable; basta entonces tocar con energía y habilidad el asunto para levantar los ánimos, encender la chispa y atraer la opinión. Los largos discursos, aunque elocuentes, cansan a los pueblos latinos, se hacen pesados, y cuando el español o el francés se fastidia de oír, conversa, bosteza, duerme o desocupa el local.

Entra por mucho en el carácter de una nación el espíritu de sus instituciones políticas, que abre a todos los hombres de talento un campo extenso donde poner en acción todas las energías de la inteligencia y el vigor del carácter. Y por eso la tribuna francesa alcanzó lustre incomparable bajo la palabra de los Audiffret-Pasquier, los Rouher, los Julio Favre, Olivier, Ferry, de Broglie, Gambetta, Julio Simón, Dupanloup, Berryer, y otros muchos más. Como gloriosa fué la corta época de la República española bajo el verbo grandilocuente de Castelar y Salmerón.

2o.—El genio de la lengua debe acomodarse al estilo,

mirando más el fondo de las cosas, como sucede en la inglesa que es silbante, cruda, fuerte, con su cúmulo de consonantes: es de esas que no admiten flores o figuras, sino argumentos tallados en mármol, con sus construcciones que trasportan el verbo al final de la frase, con sobriedad de máximas proverbiales, pero con espíritu parlamentario flemático. Si es sonora, atractiva y dulce como la española o la italiana, se impone la amplitud y sonoridad de los períodos, la armoniosa cadencia de las terminaciones de acuerdo con la música del lenguaje y con la disposición de los ánimos a las conmociones e impresiones. La lengua francesa como filosófica y correcta, no necesita de ampulosidad ni de frases campanudas, pero sí, adapta los epítetos a la veracidad de los pensamientos. †

3o.—Las condiciones políticas, sociales y religiosas del país en que se habla. Si tratamos de los países latino-americanos, objeto primordial de estos estudios, hay que considerar la situación o estado dominante en los respectivos círculos. Es evidente que en plena paz, cuando todos los mecanismos sociales giran en una atmósfera serena, la tranquilidad constituye el estado normal de las cosas; si entonces un orador bisoño y poco avisado, se lanza a debates violentos o emite opiniones exaltadas, a arengas declamatorias, producirá en el auditorio la sorpresa, se le creará loco, o al menos caerá en ridículo completo. Otra cosa es cuando en un país se declara una situación anormal, cuando ruje la revolución, estalla la cólera popular, se apasiona la lucha electoral o se suscitan trascendentales cuestiones en el seno de las Cámaras. Entonces los discursos son vehementes, los debates agitan todos los espíritus, sea en alas de la victoria o en la desesperación de la derrota; y por tanto la elocuencia toma el rumbo de las ideas dominantes, de las peroraciones vehementes que identifican al orador con el pueblo. Tal fué en grado superior, la elocuencia revolucionaria de 1789 y 1793 en Francia; y el verdadero choque de ideas se hizo natural y patente. (1)

(1) Principios y sentimientos que libremente y de manera elocuente y fructuosa se expresaron en el seno de nuestra Asamblea constituyente de 1871.

40. — Ante quien se habla. Es ésta cuestión de oportunidad, pues es claro que no se habla lo mismo en una reunión popular, en plena calle, que en el recinto de un Congreso, en el salón de una Academia o de un Ateneo. El lenguaje que se emplea en el primer caso es llano, sin estudio, sin tecnicismos, popular y hasta vulgar para ser comprendido. No así cuando se habla ante inteligencias cultivadas, que entienden no solamente lo que se les dice, sino que adivinan, preveen las consecuencias y los intentos del orador mucho antes que éste concluya su peroración. Para las multitudes son necesarias figuras sorprendentes, claras, movimientos rápidos, inteligentes y sobre todo, halagar la idea dominante en las masas, si ellas están en el terreno de la justicia, pero sin abstracción filosófica.

No pasa así en una Asamblea de hombres guiados por diversos intereses, muchas veces los menos legítimos, en hombres dominados por el egoísmo, la vanidad, el miedo; en congresos donde se estrella la mejor elocuencia, el brillo de las mejores verdades, la fuerza de las más legítimas convicciones, contra esos grupos compactos de opiniones ya formadas de antemano, que llevan por sello codicias inquebrantables, inícuas ambiciones de puestos y honores inmerecidos, deseos ruines de adular. Contra esa muralla de votos ya suscritos, el orador perdería su tiempo y su paciencia en enderezar, con un discurso vehemente, el ánimo y la dignidad ya idas a pique en las simas de lo innoble.

ELOCUENCIA DEL FORO

El orador parlamentario se encuentra entre los abogados, cuyos conocimientos en la legislación civil, criminal y fiscal, además de los que atañen a la ciencia y literatura en general, les dan puesto preferente en las asambleas deliberantes o en las salas del tribunal de Justicia. Hoy día las ciencias se popularizan y extienden; y un abogado, así petrechado, es un factor importante en los parlamentos, allí, donde hay que defender el derecho, el cumplimiento de las leyes, los intereses vitales de la libertad y de la justicia.

Es difícil encontrar una función más augusta y santa,

como aquella que lleva en sus resoluciones la triple autoridad de ejecutor, sacerdote y juez, al defender la justicia, la religión y los más caros intereses sociales; y por tanto, al llegar a la tribuna debe ser un hombre completo en quien sean familiares las virtudes cívicas y sociales, el conocimiento profundo del derecho, de la filosofía, de la historia, de la sociología, de los negocios administrativos y sociales, de la ciencia y letras, en un término, de la enciclopedia.

Colocado como magistrado en puesto tan culminante, el primero tal vez de la sociedad, sus caracteres los designa así el insigne Cormenin:

¿Con qué sagacidad debe anudar el hilo de los debates, cien veces roto por las tortuosas revueltas de la defensa? Debe dejar tiempo a los testigos para que se serenen, recapaciten y fortalezcan su memoria y voz, pues se hallan tal vez sobrecojidos a la vista del nuevo e imponente espectáculo de un tribunal, de su aislamiento en medio de los jueces, del testimonio que van a prestar, y de las consecuencias de éste; hablarles con entereza, miramiento y bondad; articular llanamente las cuestiones que les dirige, y repetir las más de una vez si necesario fuere; hacer que brote la verdad de sus contradicciones; oponer las deposiciones orales a las escritas; explicar las ambigüedades; agrupar las analogías; disipar las dudas; sacar partido de una circunstancia, un hecho, una carta, una declaración, un grito, una palabra, un acento, para que nazca la luz: preguntar al acusado con suave firmeza; abrir su alma a la confesión y arrepentimiento; animar su espíritu abatido; advertirlo cuando se extravía y dirigirle por el buen camino; retener en los límites de la decencia, la defensa y la acusación, sin coartar la libertad.

¡Qué papel tan hermoso el suyo en los dramas criminales! Órgano de la sociedad debe ser impasible como ésta. La sociedad no se venga, se defiende; busca al culpado, y una vez hallado, compadece al criminal que condena, lo entrega a los ejecutores de la ley. La sociedad presume inocente al acusado, sin apetecer más que la verdad, más fuerza que la de la justicia. En calidad de jueces, se hallan

solemnemente sentados en el templo de la justicia, cuando la sentencia que van a pronunciar debe absolver o condenar, entonces no pueden menos de recogerse en sí mismos, y apartar de su presencia y con una especie de terror a la imaginación, esa *loca de la casa*, sin escuchar más que a la fría e imparcial razón, examinando el hecho, escudriñando los pensamientos del acusado, procurando leer en su rostro, estudiando cuidadosamente sus respuestas, contradicciones, exclamaciones, agitaciones, momentos de gozo, palidez súbita, estremecimientos; sin olvidar que se hallan en presencia de Dios, en presencia de los hombres, de la verdad augusta y santa que buscan, llaman e imploran. ¡Ah! no hay que distraerlos de la meditación religiosa, que toda la elocuencia de los retóricos no vale la conciencia de un hombre de bien.

Así, no comprenden lo elevado de su función, los que de magistrados se vuelven hombres de partido, hombres de teatro, agentes serviles del poder que les brinda honores y pitanza; los que en vez de proceder según las vías de la justicia, instigan, se encolerizan, hacen mil contorsiones, se tuercen de mil modos. Ora sale por sus ojos el fuego de la ira y la espuma por la boca; ora se cubren, con majestad afectada, de su negro manto, para acusar con elegancia como los gladiadores romanos caían con gracia bajo el acero enemigo; ora imitan torpemente la actitud, voz y gesto de los tiranos melodramáticos, imaginándose que producen grande efecto, cuando solo hacen mucho ruido.

No comprenden lo elevado de su función, los que se agitan penosamente y casi se lujan la mandíbula a fuerza de abrir la boca para cimentar un crimen enorme sobre un delito ligero; los que remiendan de oropel y poesía los lugares comunes de la moral; los que apostrofan los acusados, dicen denuestos de los abogados, y tratan con aspereza a los testigos; los que, convencidos por los debates, de la inocencia de los acusados, no abandonan francamente la acusación y la dejan subsistir, salvo las circunstancias atenuantes; los que se apasionan por la causa; los que, por medio de figuras vehementes, de apelaciones de energúmeno a la excitación pública, miradas feroces y siniestras, y ademanes amenazadores, conmueven y sublevan al jurado,

al tribunal y al auditorio, solo por lograr la miserable satisfacción de que se diga de ellos: ¡Cómo se anima! ¡qué elocuencia!

La retórica es cosa seguramente magnífica; pero conviene no abusar de ella con hinchadas reprimendas ni acusaciones desordenadas, ni réplicas llenas de alboroto. Porque un hombre borracho haya dado muerte a otro, en el calor de una disputa, no hay que venir gritando con voces descompasadas que la sociedad se halla desquiciada hasta en sus cimientos, que los ríos atrás se vuelven, que el sol retrocede horrorizado, que las estrellas van a caer del cielo.»

ELOCUENCIA SAGRADA

0

En el fondo la verdadera elocuencia siendo un don del espíritu no difiere en todos los hombres sino en cuanto al carácter de la persona, la santidad del lugar, lo elevado del asunto, la piedad y respeto del auditorio.

Así el predicador no es un hombre común, un orador de asambleas. El predicador se presenta a sus oyentes en nombre de un Dios de paz, de amor y perdón; trae de lo alto la inspiración de lo divino. Los fieles ven en él no un hombre, sino un sacerdote, mensajero de las grandes verdades y de los secretos del cielo. Habla en nombre de Dios, en la cátedra amparada bajo las alas de la divina paloma, bajo la imponente majestad del templo, en medio del silencio y recogimiento que inspiran las cosas divinas, ante todas las cabezas inclinadas que penden de su voz como de un oráculo revelador de los grandes misterios.

En la faz del predicador se pinta la humildad, su mirada se dirige a Dios en el altar, y su voz al narrar u orar es sonora o apagada, y llega a todas las almas más por el gesto, por los labios y por lo santo de su objeto. Así en esta atmósfera de paz y amor todos los espíritus están llenos de benevolencia, y el predicador en medio del más solemne silencio del santuario, expone tranquilamente el curso de sus ideas e invoca sobre sus oyentes el espíritu de la gracia. Ese auditorio se compone de hombres virtuosos y morigerados, de mujeres piadosas, que ven en

el predicador un ministro de la Divinidad, cuyas palabras son el eco de las santas doctrinas de la fe incommovible, y por tanto, esos pensamientos los recibe como efluvios del cielo.

Desde la cátedra sagrada el orador fulmina contra las malas conciencias y contra el crimen, despierta el remordimiento. No se dirige a un partido, a un gobierno, a personalidades; es impersonal, va derecho a todas las almas y con palabras de amor y consuelo, las atemoriza ante la justicia divina, las trae al redil, las consuela y las lleva a la esperanza de una vida mejor, atándolas con esa cadena misteriosa que une el cielo con la tierra. Todas las tesis de la política mundial, todas las combinaciones de la diplomacia, todos los resortes de una administración se gastan, se agotan en uno o más discursos. El tema moral y religioso de los sermones es inmenso y vario, como que se trata del destino del hombre, de la grandeza y santidad de las verdades divinas, de los misterios aún envueltos en los infinitos horizontes en que se oculta la Providencia. Auxiliado por tan poderosos medios de comunicación y acción el predicador escoge su asunto, lo prepara, lo exorna, le da esa unción que mueve el alma a la virtud, y si es poeta e inspirado, enseña, canta, conmueve como los sonidos de la arpa de David, animados por el numen celestial. ¡Y qué asuntos, qué temas!: la magnificencia de la creación, el poder inmenso del Creador, los misterios de la religión, los secretos inescrutables del humano destino, la sublimidad de la virtud, los resplandores del cielo, la insondable y misteriosa eternidad. ¡Qué tesoros! ¡qué grandezas tan elevadas y fecundas!

Nada extraño es, pues, que ante lo sublime e imponente de tal ministerio hayan surgido en el mundo esos genios llenos de entusiasmo e imaginación, de sensibilidad, de virtud, de ciencia y razón que se llamaron Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Lacordaire, Massillon y otros más que, llenos de santa ira, fulminaron contra los vicios de grandes y pequeños, las verdades más claras, los anatemas más temibles e hicieron inclinar todas las frentes bajo la palabra del ministro del altar.

Es verdad que esa misma inmensidad del asunto abruma a la mayor parte de los predicadores, por la gran suma de facultades que requiere; tan cierto es que el don de la elocuencia y del talento no lo ha dado Dios a todos los hombres, y que raros han sido a través del tiempo los hombres de la talla de un Bossuet, el águila de Meaux, para remontarse en la región del huracán, para penetrar en lo más recóndito del destino del hombre; voces magníficas que resonaron en el recinto de los templos como en los alcázares de los reyes. A esa voz de la grandeza divina une el predicador sincero esa virtud cautivante de la humildad que le hace descender del púlpito para lavar los pies a los pobres, para reconfortar a los caídos y levantarlos por el perdón, para curar al enfermo, para amparar a los necesitados poniendo en todos los labios la oración del cielo, y en todos los corazones la llama del amor divino, la fraternidad de todos los hombres bajo todas las latitudes y a la faz del mundo; así es que al descender de la cátedra queda en todas las almas aquella sublime máxima del Padre celestial: «amaos los unos a los otros.» Tal es el verdadero carácter de la elocuencia sagrada.

Es verdad que todo en el mundo tiene luz y sombra, y que no faltan predicadores en quienes el lenguaje es pálido y escuálido; otros vociferan demasiado contra el vicio o el crimen; que otros se solazan en los resplandores de una vanidad impropia del predicador; y los hay, por desgracia, que emplean un lenguaje frenético y casi personal; una palabrería fofa y estéril, monótona y llena de lugares comunes, pero es claro que estos, que son pocos, no son del fuste de los Bossuet y de los Massillon.

ELOCUENCIA POPULAR.

La elocuencia al aire libre era la que antes se practicaba en los antiguos pueblos de Grecia y Roma, donde los oradores se dirigían al pueblo, en las plazas públicas, en el Forum romano, vasto espacio entre los montes Capitolino y Palatino rodeado de pórticos donde se arengaba al pueblo y se leían las proclamaciones. Es la misma que

hoy resuena en Europa y América delante las muchedumbres por los oradores políticos en las campañas electorales, en los grandes movimientos de la opinión. Para descollar en este género de elocuencia debe el orador tener una voz potente y sonora, una estatura que domine el oleaje humano, un aspecto o semblante que sea emblema de la fuerza o al menos de la virilidad y del entusiasmo, una mirada centellante que abarque el espacio, un gesto que se anime con las ideas que emita; de manera que se adueñe de su auditorio, lo interpele, lo enlace en los giros de su palabra, lo conmueva en el fondo del corazón con los grandes acentos de un lenguaje claro, vibrante, comprensible, sin filosofías, pero sí con grandes y bellas figuras que lo impulsen hacia los grandes sentimientos de la patria, de la gloria, del heroísmo, del deber, de las grandes causas; y pueda así arrastrar a sus oyentes en favor del ideal que persigue.

Fácil parece a primera vista, o al menos así se lo imaginan aquellos que creen que es cosa hacedera dirigirse, como se debe, a las masas populares. Primero que todo el orador popular debe darse cuenta del motivo del asunto que tiene que tratar y aún de los sentimientos que dominan en su auditorio, para poder contrarrestar todos los varios y tempestuosos movimientos de las masas, los retumbos de las aclamaciones, las interrupciones ruidosas, todo el furor del humano oleaje. Y para adquirir imperio sobre tantas pasiones desbordadas es para lo que el orador popular debe poseer la magia de la palabra, el acento y tono dantoniano, la audacia y el temperamento para conservar la serenidad, el arte oportuno de vivir con el pueblo su propia vida, de reír con él, de llorar con él, de conocer y aliviar sus necesidades, de compadecerse de sus desgracias y dolores, de hacerse el defensor de sus derechos, el apóstol de su libertad, el consejero de sus deberes.

No hay para que, en una arenga popular, salir al encuentro con cuestiones de alta política o de derecho que el pueblo no entiende. Por lo contrario: hay que bajar a la calle, codearse con él, entrar a sus cabañas, hablar y beber con él en la copa de la igualdad, apretar su mano encallecida, hablarle al corazón, porque el sentimiento jamás falta

en los pechos del artesano o del obrero si son de la raza de los que han encanecido en el trabajo y en la honradez.

La elocuencia en mangas de camisa no admite el gastado y fastidioso recurso de ponerse a leer ante una muchedumbre largos rollos de discursos meditados y sopladados por el espíritu santo de algún literato de bastidor, cuando esa muchedumbre está impaciente, dominada por las sensaciones, ávida de oír ya frases enérgicas, violentas, como saltos que deben unirse a las pulsaciones del corazón popular. En el carácter español o latino-americano no existe la calma fría o flemática del anglo-sajón que puede pasar horas enteras expuesto al sol o al frío escuchando una larga y monótona peroración. A las gentes meridionales, a los criollos y mestizos del trópico no hay que andarles con esas calmas setentrionales, ni con esas fofas filosofías; pues si se trata de asuntos graves, de aquellos que interesan más vivamente a las masas, esas naderías infantiles le desagradan e impacientan. Si el orador sabe aprovechar el momento oportuno, cuando vibra al unísono el diapasón del entusiasmo, al cabo de unos instantes de oír la voz de un orador enérgico e inspirado, el clamoreo es universal y el grito ¡a las armas! va juntamente con la detonación de fusiles y el redoble de los tambores.

En tal situación, pues, la acción del orador debe ser potente, el ingenio oratorio debe echar mano de todo cuanto de más vigoroso tenga en su arsenal, apartar los lugares comunes, vigorizar los períodos breves, nerviosos que reclaman las circunstancias; seguir con la palabra la agitación y el vaivén de las masas, como la nave que gallarda y ligera sube y baja los montes de las olas; multiplicar, hacer resonar todos los acentos que lleguen a sus oídos de las sensaciones producidas, y por último ir al abordaje con un período último y rotundo al triunfo de la idea dominante en medio del fragor de la tempestad popular.

Así es, en mi concepto, como el orador de las masas, familiarizado ya con el uso de la palabra al aire libre, al sol resplandeciente; atraerá su auditorio y le transportará con la acción y la voz al culto de la libertad, al triunfo de los ideales de justicia dentro la esfera del orden. De ese

modo es, y recuérdelo bien aquellos que se impongan esa misión, solo así las manifestaciones populares serán verdadera imagen del derecho conculcado; solo así tendrán toda su eficacia en aquellos que están encargados de dirigir la vida social y política; dejando de lado las vociferaciones intempestivas, insultantes; esos oleajes humanos que respiran aires mefíticos de desorden y muerte; ese bullicio repugnante que aparece a todos como efectos de calor avinado de los cerebros; cuando nada es más solemne e imponente en los grandes trances de la vida de los pueblos, como esa soberanía popular, grave, majestuosa, fuerte y heroica, representada por la fuerza de la opinión; ni nunca el orador crece más en estatura que cuando sabe interpretar su opinión, y como otro O'Connell vengar a los esclavos y herir de muerte a la tiranía.

ELOCUENCIA MILITAR

Según los críticos modernos, la Elocuencia militar antigua no ha sido más que una mera ficción de los historiadores. Parece cosa imposible, en verdad, que en los tiempos pasados, en el albor de las naciones, haya habido oradores militares arengando a masas de bárbaros, de diferentes naciones a veces, en presencia del enemigo.

Fácil es de comprender que Julio César haya podido pronunciar aquellas palabras: «Llegué, ví, vencí,» y las no menos memorables de Leónidas a Jerjes: «Ven a tomarlas;» las de Epaminondas moribundo a sus soldados que deploraban muriese sin posteridad: «Dejo dos hijas inmortales, Leuctra y Mantinea,» las dos famosas batallas que ganó. Pero de ahí a una arenga de páginas enteras, media larga distancia; y esas arengas no pasan de ser meras amplificaciones de retórica de los historiadores, puestas en boca de sus héroes. Hoy día no se improvisan las arengas militares, las cuales no podrían oírse en medio del estrépito de las armas y dirigidas a grandes masas que ocupan extensiones considerables. Las arengas de los actuales oradores militares se dan en la orden del día, se fijan en los muros, árboles o lugares visibles de los campos; se leen y repiten en el

vivaque, y por la impresión se reparten a todos los soldados de un gran ejército.

Esto no obstante, no puede negarse que Julio César fué el primer orador militar de la antigüedad. pues no solamente fue un guerrero incomparable, sino también que reunió en sí toda clase de talentos y prendas brillantes, valor, prudencia, energía, vehemencia; escritor insigne y orador elocuente se dirigía, no solamente a sus soldados, sino a los patricios, a los cónsules, a hombres que en nada eran comparables con las naciones bárbaras de entonces.

En los tiempos más modernos, San Luis, Felipe Augusto, Francisco I, Bayardo y Duguesclin pronunciaron palabras llenas de chispa e imaginación, de bravura. Pero se dirigieron más bien al estrecho círculo de los caballeros y generales que los rodearon; como la célebre palabra de Francisco I después de la batalla de Pavia: «Todo está perdido, señores, menos el honor»; y la de Luis XII en Aignadel: «Que los que miedo tengan, se pongan a cubierto detrás de mí». A Crillón, decía Enrique IV: «Ahócate, valiente Crillón, hemos combatido en Arques, y tú no estabas;» y estas audaces palabras del mismo arrojándose en las filas enemigas: «Seguid mi penacho blanco, que siempre lo hallaréis en el camino de la victoria.»

NAPOLEON

Entre los varones extraordinarios que han creado los siglos, para cambiar la faz de las naciones para su elevación o ruina, la Historia fija esta única trilogía que aspiró a empuñar el cetro del mundo: Alejandro, César y Napoleón.

Napoleón concentra en sí en los albores del siglo XIX todo lo que acaso no alcanzaron los más grandes héroes antiguos; lo domina todo porque puede, quiere y posee todas las amplitudes del genio, del talento, de la audacia, de la fortuna; y devorado por la ambición de la gloria y la elevación de su patria, devora el tiempo, devora el espacio, domina a los pueblos, funda dinastías y hace desaparecer otras.

Napoleón fué un orador completo, porque reunió todos

los caracteres del hombre completo, con todos los esplendores que posee el genio y toda la majestad del mando supremo, con el brillo deslumbrante de sus extraordinarias victorias, con la novedad, osadía, rapidez, y éxito de sus empresas.

Como expresiones militares de Napoleón pueden repetirse las siguientes: (1).

A las tropas que retrocedían del puente de Arcola: «Adelante, seguid a vuestro general».

A los soldados de Egipto: «Desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan y van aplaudir vuestra victoria.»

A los plenipotenciarios de Leoben: «La República francesa es como el sol, y ciego es quien no la ve.»

Al ejército de Marengo: «Soldados, acordaos que tengo la costumbre de dormir en los campos de batalla.»

Al oír el primer cañonazo en Friedland: «Soldados, hoy es día de felicidad, es aniversario de la batalla de Marengo.»

A un soldado que se excusaba de haber dejado penetrar, a pesar de la consigna, al general Joubert: «El que forzó el Tirol puede con mayor razón forzar un centinela.»

Pero en lo que sobresalió el genio de Napoleón fue en sus arengas militares, pues puede decirse que este hombre extraordinario se improvisó orador como se había improvisado general. Su lenguaje militar nada tiene de comparable con el de los antiguos; habla como si estuviese sobre una montaña; su talla se agiganta como la de un Hércules.

Como otro Anibal, desciende las escarpadas crestas de los Alpes, y ya en las llanuras italianas, este general de veinte y seis años, tomó el tono de vencedor y dueño y habla así a sus soldados:

«Soldados, en quinze días habeis conseguido seis victorias, tomado veinte y una banderas, cincuenta piezas de artillería, numerosas fortalezas, hecho mil y quinientos prisioneros, y dejado en el campo de batalla más de diez

(1) Aunque en páginas posteriores ya se han citado estas biografías, se repiten en el apéndice para la recitación de los alumnos.

mil hombres entre muertos y heridos; soldados, sois iguales a los conquistadores de Holanda y del Rin. Desprovistos de todo, a todo habeis suplido, y habeis ganado batallas sin cañón, pasado ríos sin puentes, hecho marchas forzadas sin zapatos, vivaqueado sin aguardiente y a veces sin pan. Solo las falanjes republicanas, los soldados de la libertad eran capaces de arrastrar tantas fatigas y privaciones. Gracias os doy, soldados. La patria tiene derecho de esperar de vosotros grandes cosas. Aún os esperan nuevos combates que empeñar, nuevas ciudades que tomar, nuevos ríos que pasar. ¿Acaso hay entre nosotros uno sólo cuyo valor flaquee? ¿Hay alguno entre vuestras filas que prefiera volver a las cimas estériles del Apenino y de los Alpes, y sufrir con paciencia los ultrajes de esa soldadesca esclava? No, tales hombres no se encuentran entre los vencedores de Montenotte, Millesimo, Dego y Mondovi. Amigos, esta gloriosa conquista yo os la prometo, *pero sed los libertadores de los pueblos y no los azotes.*»

Desde entonces, Napoleón corre de victoria en victoria. Al entrar en Milán, para sostener e inflamar el valor de los soldados, les dice:

«Soldados, os habeis precipitado como un torrente desde lo alto de los Apeninos. Libre está el Piamonte, Milán os pertenece, vuestro pabellón flota en toda la Lombardia, y habeis atravesado el Po, el Tesino, el Adda, esos ponderados baluartes de Italia. Vuestros padres, vuestras madres, vuestras esposas, vuestras amantes, celebran vuestros triunfos y se jactan de perteneceros. Sí, soldados, mucho habeis hecho, pero ¿nada os queda que hacer? ¿podrá virtuperaros la posteridad de haber hallado Capua en la Lombardia? Partamos: tenemos aún marchas forzadas que emprender, enemigos que humillar, laureles que recoger, injurias que vengar.

Restablecer al Capitolio y las estatuas de los héroes, despertar al pueblo romano entorpecido por muchos siglos de esclavitud; tal es lo que nos queda que hacer. Después volvereis a vuestros hogares y vuestros conciudadanos podrán decir: ese fue del ejército de Italia.»

Abrió la campaña de Prusia con estas terribles palabras

semejantes al rayo próximo a estallar: «Soldados, me hallo en medio de vosotros, y sois la vanguardia de mi pueblo (El general republicano era ya emperador!) No debeis volver entrar a Francia sino bajo arcos de triunfo. ¡Y qué! ¿no habremos desafiado las estaciones, los mares, los desiertos, vencido a la Europa tantas veces coligada contra nosotros, difundido nuestra gloria de Oriente a Occidente, sino para volver a nuestra patria como tráfugas, y oír decir que el águila francesa huyó amedrentada al aspecto de los batallones prusianos?»

Marchemos pues, ya que nuestra moderación no ha podido hacerlas salir de su embriaguez, y sepan que si es fácil conseguir un acrecentamiento de poder con la amistad de un gran pueblo, su enemistad es más tremenda que las tempestades del Océano.»

Siguióse a este la entrada en Berlín y las gloriosas victorias de Eylau y Friedland. El emperador había hecho temblar todas las dinastías; pero esto mismo hizo despertar en las nacionalidades la necesidad de coligarse contra el coloso invencible; y cuando los pueblos miran por su libertad e independencia, nada puede el genio contra el derecho y el número. Y esa ley providencial de la existencia de los pueblos debía señalarle al genio la hora de su caída. Vino Waterloo, batalla de la cual dice el mismo Napoleón que fué perdida, no por falta de valor de la infantería francesa, sino por la traición.

Escuchemos ahora la despedida de Napoleón en Fontainebleau, rodeado de los restos fieles de su ejército, de aquellos veteranos de hierro que no podían separarse de su general sino bañados en llanto. Semejante escena, llena de sublimidad, no la señala la historia en ningún tiempo:

«Soldados, me despido de vosotros. Hace veinte años que vivimos juntos, y siempre he estado contento de mis soldados, siempre los hallé en el camino de la gloria. Todas las potencias de Europa se han coligado contra mí. Algunos de mis generales han faltado a su deber y a la Francia. Nuestra misma patria ha querido otros destinos: con vosotros y los fieles valientes que me quedan, hubiera

podido mantener la guerra civil, pero la Francia hubiera sido desgraciada. Sed fieles a vuestro nuevo rey, sumisos a vuestros nuevos jefes, y no abandonéis nuestra amada patria. No os apesadumbreis por mi suerte, pues yo seré dichoso cuando sabré que vosotros mismos lo sois. Hubiera podido morir, y si consiento en sobrevivir es para servir a vuestra gloria. Las grandes cosas que hemos hecho, yo las escribiré.... No puedo abrazaros a todos pero abrazo a vuestro general.

«Que me traigan el águila que quiero también abrazarla. Venid general Petit, venid, quiero estrecharos contra mi corazón. ¡Águila queridal pueda este beso que te doy resonar en la posteridad. Adiós hijos míos; mis votos siempre os acompañarán; guardad eternamente mi memoria.»

EL GENERAL FOY

La tribuna parlamentaria de la Restauración encontró en fin un orador militar en el porte elegante, en la memoria prodigiosa, en la voz sonora, en la erudición y maneras caballerescas del general Foy. Las arengas del general Foy, fueron comparadas en su tiempo, con las de Cicerón y Demóstenes. Las meditaba detenidamente, ordenando su distribución y brillo en su basta memoria, llegando a la tribuna lleno de natural inspiración, con ese arte mixto de pensar e improvisar, de darle colorido y energía a su discurso por la intercalación en él de incidentes agudos, de palabras pintorescas, de bellas figuras, llenas de verdad, de oportunos chistes, de apóstrofes famosos, todo eso adornado con las gracias de la naturaleza.

Las palabras más brillantes de este orador están llenas de vehemencia, de una ironía palpitante, de una oportunidad increíble, no una vez, sino a cada paso, a cada interrupción, y siempre con palabras decisivas.

A los que le echaban en cara el suspirar por la escarpela tricolor: «¡Ah! respondió, no serían seguramente las sombras de Felipe Augusto y Enrique IV las que indignarían en sus sepulcros, al ver las flores de lis de Bouvines e Yvry en la bandera de Austerlitz.

Célebres son sus apóstrofes a la aristocracia y a de Serre, que se han insertado en la parte correspondiente de este libro.

A los agiotistas que le decían que enviase las noticias extranjeras a la Bolsa :

«Yo no conozco los juegos de Bolsa, y solo juego a la alza del honor nacional.»

A los ministros que defendían el lujo ridículo y las prebendas del departamento de relaciones exteriores:

«Vamos a ver esos diplomáticos que no han servido ni antes ni después, ni durante nuestra heroica revolución; esas pensiones otorgadas al uno para que publique un libro, al otro para que no lo publique; esos médicos que no tienen enfermos que curar; esos historiógrafos que no tienen historia que escribir; esos paisagistas que no tienen más paisaje que pintar que el del jardín de Wagram.»

A los ministros que se negaban a pagar el sueldo de los legionarios:

«Al celebrar el festín de la indemnidad, dejad caer de vuestra mesa, sí, de vuestra mesa, algunas migajas de pan para nuestros pobres soldados mutilados.»

A los mismos cuando se guarecían bajo el nombre del príncipe:

«Cesad de cubrir con el manto real esos andrajos ministeriales.»

El general Foy, dice Cormenin, abrigaba un corazón lleno de los sublimes sentimientos del amor de la patria y la independencia nacional, un corazón heroico que amaba la gloria, no por sí mismo, sino por su país, como se amaba en los primeros tiempos de la república.

Jamás el ejército vió en las lides parlamentarias, caballero más brillante.

Siempre tendrán autoridad esos hombres que hablan de gloria mostrando su pecho acibillado de cicatrices, y magullados los miembros por las balas enemigas.

CLASIFICACION DE LOS ORADORES

Hay tres clases de oradores en general: los improvisadores, los recitadores y los lectores.

La improvisación es un verdadero dón de la inteligencia, auxiliado por una poderosa imaginación y por un temperamento de fuego. El improvisador al hablar se ase a la inspiración sin saber lo que va a decir, habla y juzga con el corazón, y la fantasía avivada por las sensaciones es la que guía al orador. Tan cierto es esto que mientras el estro o numen no se presenta, el repentista no acierta a articular palabra. Pero llegado ese momento, es como esos barqueros que en presencia de un mar agitado lanzan su esquife, despliega las velas y se va al azar sin saber a que playa va abordar. Es el caso que aunque al improvisador se den los temas de momento más disparatados, su brillante imaginación los coordina sin titubear y encuentra la frase feliz y oportuna, la cadencia, el verso; tales son las repentistas italianas tan famosas en otro tiempo. Este fenómeno es tanto de admirar, cuanto que esos inspirados no son letrados ni gentes de ciencias. Se puede decir que salidos del pueblo, no son la plebe. Hay otros, los falsos, que engañan con un charlamiento estudiado; pero éstos una vez que se les acaba el viento, son como esos globos hinchados que perdido el gaz, se vuelven sacos enrollados que se tiran en un rincón.

Cosa muy diferente son los improvisadores o repentistas que suelen encontrarse entre sujetos de ambos sexos, aunque en Italia se ven en las tertulias mujeres que sin ser de la alta clase, maravillan por su prodigiosa inventiva e inspiración. La Romana, por ejemplo, cortada según los hermosos modelos de la escultura griega lleva en su cuerpo el garbo dominador de la belleza y de los gestos nobles, el movimiento de las miradas y de la sonrisa que imprimen en sus facciones la mágica armonía de las proporciones y pintan en su fisonomía todos los efectos del ingenio. Inflamada con el fuego de las bellas artes y de un cielo azul de admirables tintes, acude a las reuniones sociales, en donde el bello sexo se ocupa de literatura. A una repentista de esta clase un ilustre viajero dió el Latium por su jeto. Pensó un poco, y luego animándose enseguida por grados, pintó con hermosos rasgos el carácter, las costumbres, el heroísmo de los habitantes de aquella antigua co-

marca; bien pronto se abandonó a todo el alborozo de su enagenamiento y sin ser oradora ni retórica trajo al tema tales imágenes, tan exquisitas frases, pensamientos tan bellos como enérgicos, expresiones tan pintorescas que dieron a su inspiración los tonos más cadenciosos y las armonías más deliciosas.

Otra, tomando al vuelo la inspiración, en el breve espacio de un cuarto de hora, improvisó veinte estrofas, número igual de las personas presentes, constanding cada estrofa de ocho versos, cada uno encerrando una comparación nueva de una mujer con tal o tal objeto; y a pesar de los más desatinados temas que le fueron dados, no vaciló un instante, coordinó el todo con tal arte e ingenio que parecía aquello la obra perfecta de un ingenio que habría pensado y meditado aquel hermoso fragmento.

Este fenómeno, repito, produciéndose en personas que no pertenecen a la alta literatura, y que tampoco se han señalado antes por creaciones propias del genio, es lo que constituye la verdadera improvisación, esa inspiración que crea del momento algo de misterioso y elevado que parece residir en los dominios inescrutables del genio.

Los recitadores son declamadores que aprenden lo que han escrito; lo que dicen lo van sacando del almacén de la memoria, conforme lo exige el discurso. Es la clase más abundante de oradores; recitando están atados al hilo del discurso del cual no pueden separarse sin perder los estribos; así es que una interrupción brusca, un incidente cualquiera, los perturba y, con frecuencia, pierden el sentido y divagan.

Esto no obstante, si el recitador cumple con las reglas de la buena oratoria, si está empapado y poseído del asunto, llenará su cometido a satisfacción y podrá ganar lauros bien merecidos; pues al fin, el que no es improvisador o inspirado, puede probar, que lo que escribe y después recita, es obra de su talento, de su amor a la verdad, a los principios, a las grandes causas: además, el pulimento de un discurso, en casos especiales, es prueba de arte y saber, y también de respeto para el auditorio.

La tercera clase, la de los lectores, es la menos favo-

recida; porque el que lee si no está listo en el gesto, el ademán y los movimientos naturales, cosa no siempre fácil; si no posee una voz fuerte, clara y sonora, si su talla es liliputiense, si el semblante no corresponde a la mirada, si habla por las narices o el fondo de la garganta, si vacila, si tartamudea, si habla difuso y tendido, ese pobre, de seguro, va al fracaso lamentable. Un buen lector puede sin embargo deleitar a su auditorio, con tal que su discurso sea vibrante, adecuado, bien accionado, bien leído y pensado, pero sobre todo, nada quilométrico.

c

DIFERENCIAS ENTRE EL LECTOR Y EL DECLAMADOR

Raro es el don de la improvisación, y muchos carecen de la memoria suficiente para retener los párrafos de un discurso algo largo. Hay, pues, muchas personas que leen sus discursos, que bien leídos, serán gustados y aplaudidos por el auditorio.

Recuérdese, pues, las siguientes generales observaciones:

La actitud del cuerpo debe de ser natural, sin afectación. El lector no es ni un orador de tribuna, ni un actor de teatro.

Debe tener su discurso con la mano izquierda, a distancia conveniente, la cabeza un poco levantada, pues si lo acerca mucho a la vista, cubrirá su rostro a la vista del auditorio, y la postura resultará ridícula e impropia para la emisión de la palabra.

Teniendo el brazo derecho libre podrá gesticular en la mayoría de las circunstancias, salvo en los movimientos compuestos de que se ha hablado y que exigen la acción de ambos brazos.

La mirada no debe permanecer clavada siempre en el manuscrito, sino que se dirigirá, según las circunstancias, a las personas si de ellas se habla y están presentes o a las cosas a que se refiere. Si por ejemplo habla del cielo no debe mirar abajo; si se refiere a algún objeto, y que éste exista en el local, hacia allí debe dirigirse la mirada, etc.

Es evidente que si el lector está bien penetrado de lo que va a leer, entonces su pensamiento encontrará todas las

situaciones del alma, y leerá bien e interesará a sus oyentes.

El lector debe medir su voz, lo mismo que el orador, con referencia a la amplitud del local y al número de sus oyentes, pues cuando no se le oye a pocos pasos, mejor es que no lea, pues se hace cansado, y por lo general el público se duerme o se sale del salón.

La entonación debe ser, pues, justa, y la dicción clara, bien articulada, tal como ya se dijo en otro lugar.

El declamador es el que más se acerca al orador improvisador, y si observa las reglas de la oratoria, y está poseído del asunto, alcanzará el lauro merecido, si también tiene memoria feliz, pues de lo contrario, el olvido de un párrafo, de uno o más miembros de la oración, trunca el sentido; se confunden las ideas, se corta la trabazón del discurso, y se acentúa más el fracaso, si anda buscando el hilo perdido y los acentos de la inspiración en el cielo raso de la sala.

Para otras indicaciones respecto a esta clase de oradores véase lo que ya se expuso al tratar de la clasificación de los oradores. No obstante, debo todavía agregar, respecto al orador lector, que no solamente debe por las inflexiones de voz presentar claramente lo que está escrito, sino poner mucho cuidado en dar su peso o tono a lo que se llama *palabra de valor*. Esta palabra es, en las frases, sobre la que se debe cargar más la pronunciación para darle más relieve a la frase misma y por lo general el sentido mismo de las palabras es el que nos la indica. Ejemplo: «Esa mezcla de una bella naturaleza, con una fuerte gracia, la había *maravillosamente* preparado para dar a otros los dones del cielo, vueltos más *grandes* al pasar por su corazón.» (Lacordaire). «Maravillosamente» y «grandes» son las palabras de valor.

c

PROFESIONES QUE FAVORECEN LA ELOCUCENCIA.

Si nos colocamos en nuestro modo normal de ser, es decir, de congresos ordinarios, no cabe duda, al menos para mí, que los abogados son los diputados más aparentes. Ellos

se saben al dedillo los códigos y reglamentos, interpretan la ley, la hacen a veces más elástica y pueden argumentar con el código en la mano. No sucede lo mismo cuando se trata de Asambleas constituyentes, entonces por igual, todos los que tienen luces, pueden terciar en los debates. Entonces se necesita del auxilio de todos los conocimientos para la confección de las leyes fundamentales; se necesita, lo que pocas veces tienen los abogados, de una palabra fácil, persuasiva; convincente, conmovedora al tratar de los grandes principios constitutivos; se necesita de la enciclopedia y de la filosofía que muchas veces se deja olvidada en las aulas y que aquí es anterior al derecho. Tal se observó en nuestra memorable y única verdadera Asamblea Constituyente de 1871, en la que una libre elección trajo a los asientos del Congreso una pléyade ilustrada y variada de profesionales y conocimientos.

El profesorado es profesión que facilita mucho el uso de la palabra en los que están a diario acostumbrados a dirigir la palabra a un cierto número de oyentes. Además, el estudio de las reglas de la retórica y de la gramática, la profusión de conocimientos que tienen que atesorar para su enseñanza, la reputación de que gozan como inteligentes, doctos e ingeniosos, son otros tantos medios que les allana el camino de la tribuna, si es que gozan a la vez de cierta disposición natural oratoria, y siempre que se inspiren en la dignidad de su misión, y tengan todas las formas de ese don que se ha llamado la inspiración. De otra manera, si se pierden en el laberinto de los dogmatismos, si se ciñen a un escolasticismo fastidioso, si se esplayan en vanas palabras como aguardando que el relój señale la hora final de la clase, entonces el oyente se distrae, no escucha, duerme.

A los profesores pueden asimilarse los literatos, los científicos, que pueden ser buenos auxiliares cuando la Asamblea necesita oír su opinión sobre conocimientos especiales o técnicos, y en todo caso, eso no quita que puedan ser buenos oradores y muy elocuentes si en el alma llevan el estro de la elocuencia.

ORADORES SEGÚN SUS ESPECIALIDADES E ÍNDOLÉ.

El orador parlamentario, en general, debe ser claro, preciso, ordenado, dueño del asunto que expone, empleando as reglas ya antes descritas.

Los imaginativos son los de las figuras ampulosas; los que dan obesidad al language, le quitan la concisión y el rigor al razonamiento.

Los lógicos aguzan su entendimiento para desarrollar argumentos en una red inextricable de silogismos y sofismas que hacen cansada la audición, caen en la nebulosidad, y sus proposiciones, sin brillo ni vigor, aparecen como huesos descarnados.

Los patéticos se ocupan siempre de las situaciones exageradas; remontan el vuelo de la imaginación en la región de la hipérbole excesiva; si son parcos en la pintura de las situaciones y lo hacen con naturalidad entran en el terreno de la elocuencia normal; pero por lo general degeneran en declamadores huecos y cansados.

Los juristas, cuando se salen del molde común, quieren decidir todo lo que es de derecho político por el civil; consideran nulas las medidas más urgentes y saludables, si no se hallan formuladas según las reglas del procedimiento. Por más absurda y bárbara que sea una pena, opinan que debe aplicarse con todo rigor desde el momento que la pena existe. Son más esclavos que súbditos de la ley; se inclinan ante los textos como ante una fuerza invencible; y como dice Timón: derivan la competencia de la misma incompetencia... incompatibilidades donde no hay más que concordancias, y son así espíritus áridos, secos, falsos, sordos a la voz de la conciencia. Así considerado, el jurista es más bien un mal que un bien para una Asamblea.

Los reglamentarios sí que son de peor laya que los juristas: son los verdaderos sofistas de las leyes. Con éstos no es posible discutir un asunto claro como el agua pura, porque a lo mejor desbaratarán las mejores razones, invocando como leyes infalibles los Reglamentos de circunstancias locales, a veces plagados de sandeces, y entonces

sostienen con citas innumerables que se aprenden de memoria, las inconsecuencias más absurdas.

Por último, hay otros aficionados al lenguaje florido, melodioso, que todo, hasta lo más trivial, lo esmaltan con flores y figuras; son como esos tañedores de guitarra que ya modulan suaves acentos, ya abroncan la voz, ya meten ruido ensordecedor para obtener aplausos, aunque en el discurso brille por su ausencia el raciocinio, las ideas la elevación de miras: son los fraseólogos.

Parte ilustrativa de este texto

TIPOS DE FAMOSOS ORADORES

FRANCESES Y ESPAÑOLES MODERNOS

No parecerá extraño bosquejar aquí someramente algunos retratos de oradores franceses famosos, tanto porque en los siglos XVIII y XIX son los que más gozan de fama mundial, cuanto porque son los más conocidos entre nosotros, lo mismo que los insignes hispanos del siglo XIX.

Para pintar al vivo estos grandes caracteres se necesita una erudición consumada, un estilo elevado, noble y gentil; un conocimiento profundo de la política y del derecho; una lógica irresistible, un conocimiento perfecto de los hombres, un carácter independiente e imparcial, una pluma que úna la gracia epigramática con la claridad y la nerviosidad de la expresión que acribilla con la ironía al intruso y eleva al Olimpo al genio; y ese escritor de primer orden, dotado de cualidades tantas y tan exuberantes es el vizconde de Cormenin (Timón), folletista formidable, insigne crítico, político consumado y sin rival en materia de derecho administrativo.

A él, pues, mejor que a ninguno presto las brillantes

pinceladas que siguen, no habiendo yo hecho más que compilar y ensanchar la materia en su parte pertinente para no alargar demasiado estos apuntamientos de oratoria que considero útiles para los que deseen enterarse de materia tan importante, y como complemento de los principios antes expuestos en este libro.

Este estudio biográfico de los grandes oradores es un auxiliar poderoso para aprender en la vida pública de esos protagonistas incomparables de la tribuna, todo cuanto debe asimilar la inteligencia y retener la memoria para ilustrarse en arte tan superior como es la oratoria.

La vida que llevaron esos hombres extraordinarios de la Revolución francesa, el modo como procedieron en sus discursos, los rasgos varoniles, la táctica que emplearon, la posesión que tuvieron de un ánimo vehemente, de un patriotismo que rayaba en locura; el desinterés, la dignidad, el honor, el amor patrio, todas las virtudes cívicas exaltadas hasta el paroxismo, fueron causa sin duda, de tantas elevaciones y heroísmos, como de crímenes sangrientos que parecían ahogar los sentimientos de humanidad.

En época posterior vemos la elocuencia tomar otro rumbo. En las páginas que van a leerse, bajo el primer Imperio, durante la Restauración, mientras duró la revolución de 1830, en 1847 y 48, dueños los oradores de sus pasiones, calmada la sed revolucionaria de la Convención, las celebridades parlamentarias encauzaron la oratoria por espacios más dignos y elevados.

¡Qué fluidez, qué dicción, qué admirable flexibilidad, qué delicadeza en la expresión, qué naturalidad y vigor en el gesto, qué vehemencia en las imágenes, qué claridad en la exposición, qué elevación en los asuntos, qué delicadeza y cultura en la forma! Y por último, en las postrimerías del siglo XIX (1868), la tribuna española se hace la vocera incomparable de sus ideas, encarna todas las amplitudes del espíritu, y en la lengua más sonora y majestuosa, proyecta raudales de elocuencia, de inspiración, de libertad, se desborda como océano inmenso por todos los continentes exaltando en mil reverberaciones el imperio de la libertad, la magnificencia de la palabra, la alteza del sentimiento.

MIRABEAU.—(Constituyente.)

Mirabeau era de cuerpo macizo y rechoncho, labios espesos, frente espaciosa huesosa y protuberante; cejas arqueadas, mirada de águila, mejillas gruesas y algo caídas, el rostro sembrado y como salpicado de hoyos y manchas, una voz de trueno, cabellera enorme y aspecto de león.

Nacido con un temperamento de fuego, llegó a sobrepujar los vicios y virtudes de su raza. Desde la cuna le asaltaron las pasiones y lo devoraron hasta el sepulcro; y sus exuberantes facultades, no hallando pábulo exterior, se concentraron en sí mismas, determinándose en aquella robusta naturaleza un hinchamiento, una fermentación, un hervidero de toda clase de cosas, como un volcán que la lava condensa, tritura, líquida y amalgama antes de expelerlas por su inflamado cráter. Literatura griega y latina, lenguas extranjeras, matemáticas, filosofía, música, todo lo aprendía, todo lo retenía, todo lo sabía, y no le eran desconocidos la gimnasia, la esgrima, la natación, equitación, danza etc.

Tal así, cuando la Revolución se extraviaba con áncores rotas y destrozadas velas, Mirabeau, de pie en la proa, desafiaba el estampido del rayo, y, sosegando los aterrados pasajeros, elevaba su voz profética y les señalaba con el dedo la tierra prometida.

Mirabeau penetra en la lid como un gigante, y la Provenza entera tiembla bajo sus pies. Procedente de ilustre cuna, acaudilla la clase media contra la nobleza de Aix, que había cometido la locura de expulsarlo de sus filas. Irritado Mirabeau compárase a Graco, proscrito por el senado de Roma, y se despide de sus partidarios con estas formidables palabras: En todos los tiempos y regiones, persiguieron implacablemente los grandes a los amigos del pueblo, y, si por inesperada combinación de fortuna, elevóse del seno de la aristocracia un amante desinteresado de la humanidad ultrajada, sobre este de preferencia descargóse la saña de los nobles, deseosos de inspirar el terror por la elección de su víctima.

Así pereció el último de los Gracos de la mano de los

patricios; pero, herido del golpe mortal, *arrojó un puñado de polvo al cielo, invocando a los dioses vengadores, y de aquel polvo nació Mario; Mario, menos grande por haber exterminado a los Cimbras que por haber abatido en Roma el orgullo de la nobleza.*

¿Hay acaso en la antigüedad movimiento más oratorio? Todo este trozo es de una elocuencia elevadísima, y se termina por esta bella profecía: «Los privilegios acabarán, pero el pueblo es eterno.»

Hay muchos que creen que la fuerza de Mirabeau consistía únicamente en sus vastos pulmones y erizada melena, que, como un sañudo león, postraba a sus adversarios con el golpe de su cola; que los aterraba con su mirada y los petrificaba con el estampido de su voz tremenda como un trueno.

No admite duda que mucho debió Mirabeau a esa voz penetrante, flexible y sonora, que sin dificultad oían más de mil doscientas personas; como también a esos bellos arranques y admirables acentos cuando se apasionaba y hacía apasionarse a los oyentes por la causa que defendía, y a esos ademanes impetuosos que lanzaba a sus adversarios, provocaciones que quedaban sin contestación.

Pero lo que estableció su incomparable dominio sobre la Asamblea, fue la predisposición entusiasta de esta misma, el concurso maravilloso de sus facultades eminentes, la fecundidad de su trabajo, la inmensidad de sus estudios, sus vastos conocimientos, la solidez de su dialéctica, la meditación y profundidad de sus discursos, la vehemencia de sus improvisaciones y lo irresistible de sus respuestas.

Mirabeau representaba y acaudillaba su época, y aun se figura verlo la posteridad, envuelto en la tempestuosa noche de lo pasado, firme en la montaña como otro Moisés en medio de los relámpagos y rayos.

Atónita la posteridad retrocede asombrada ante las obras gigantescas cumplidas por Mirabeau, durante los dos años de su vida parlamentaria. Largos discursos, apóstrofes, réplicas, propuestas, exposiciones (informes); polémica de prensa, conferencias, relatos, todo lo hace, a todo atiendo, lo grande, lo pequeño, lo simple, lo complejo; y car-

gadas sus espaldas con un mundo de trabajos, parece en esta carrera de Hércules, no experimentar ni tedio ni cansancio.

Mirabeau poseía una inteligencia perfecta del mecanismo y derechos de una Asamblea deliberante, constándole de un modo positivo, hasta donde puede llegar, y donde debe detenerse. Sus palabras eran escuchadas como un oráculo, y presidía como hablaba, con una dignidad grave, respondiendo a las diputaciones con tanta abundancia y elocuencia, y al mismo tiempo con tanta oportunidad de expresión, que se puede decir que nunca fué mejor representada la Asamblea constituyente que por Mirabeau, tanto en su sillón de presidente como en la tribuna de orador.

Mirabeau premeditaba la mayor parte de sus discursos. Su manera oratoria era la de los grandes modelos de la antigüedad con un poder admirable de ademanes y una vehemencia de dicción, que jamás pudieron igualar Cicerón y Demóstenes. El estilo de Mirabeau es nervioso, porque se halla despojado de toda rigidez; natural porque carece de todo afeite; elocuente porque es sencillo; sin imitación agena porque la propia originalidad le basta; desprovista de epítetos parásitos, porque sería amortiguar el brillo de su lenguaje, sin digresiones porque sería perderse.

Sus exordios son, unas veces vivos, otras majestuosos, según lo exige la materia; la narración reboza de claridad y la cuestión la fija con certeza. Su frase amplia y sonora se asemeja a la de Cicerón; se preocupa del encadenamiento de las ideas, no de la armonía de las palabras. Si aspira a deslumbrar, las imágenes nacen bajo sus pasos; si quiere conmover, abunda en arrebatos del corazón, persuaciones delicadas, movimientos oratorios que se sostienen y no chocan, que se suceden y emanan unos de otros.

Desde el momento que entra en el debate, es sustancial, enérgico, lógico como Demóstenes; avanza en un plan cerrado e impenetrable; pasa en revista sus pruebas, las forma en batalla; dispone el ataque. Cubierto con las armas de la dialéctica toca a la carga, cae en sus adversarios, los ase, los hiere en el rostro, y con el pie en la garganta, no los deja hasta que se declaren y confiesen vencidos.

Imposible sería trasladar aquí, ni siquiera en forma abreviada, las innumerables y magníficas peroraciones de este eximio orador, que por otra parte, son conocidas de todo el mundo. Pero para ejemplo, sea esta exhortación en plena tribuna al abate Sieyes: «No ocultaré mi vivo pesar al ver que el hombre que supo establecer las bases de la constitución, que el hombre que reveló al mundo las bases del gobierno representativo, se condene a sí mismo a un silencio que deploro y culpable juzgo; que el abate Sieyes... perdóneme si le nombro..., no acuda a poner en su constitución uno de los mayores resortes del orden social; omisión que tanto más siento, cuanto que abrumado con un trabajo superior a mis fuerzas intelectuales, e incesantemente arrebatado al recogimiento y meditación que son las primeras facultades del hombre, no había fijado mi espíritu en este particular, acostumbrado como estaba a confiarme a un varón tan dotado de profundo pensamiento por lo concerniente a la conclusión de mi obra. En vano lo he instado, exhortado, suplicado en nombre de la amistad con que me honra, en nombre del amor a la patria, sentimiento mucho más enérgico y sagrado; en vano he apurado toda mi influencia para con mi ilustre amigo, con el objeto de que nos dotase de sus ideas y no dejase este vacío en la Constitución. Todo ha sido infructuoso, Sieyes se ha negado, yo os lo denuncio, y os ruego al mismo tiempo que logréis su dictamen que no debe ser un secreto, y arranquéis en fin a su desaliento un hombre cuyo silencio e inacción considero como una calamidad pública». ¡Qué lenguaje tan lleno de elocuencia y alta razón!

¿Quién llegó a hablar de este modo antes y después de Mirabeau?

Cuando agitada la Asamblea iba al encuentro del príncipe, levántase Mirabeau y con un gesto contiene su impaciencia: «Que un frío respeto acoja al monarca en momento tan doloroso. El silencio de los pueblos es la lección de los reyes».

Lo que dió la supremacía a Mirabeau sobre los demás oradores, fue la profundidad y extensión de sus pensamientos, la solidez de su dialéctica, la vehemencia de sus im-

provisaciones, y, sobre todo, la fortuna extraordinaria de sus réplicas.

Jamás retrocedió Mirabeau ante dificultad alguna, ni bajó los ojos en presencia de un adversario cualquiera; al contrario: elevábase a toda su altura cuando lo amenazaban sus enemigos y hundía a golpes de maza el fragmento de lanza que querían que arrancase. A todos replicaba, al instante mismo, sobre todas las materias con una rapidez y oportunidad sorprendentes. Pintaba los hombres y las cosas con un modo de decir que le era enteramente peculiar.

Víctima de la tiranía en los calabozos de Vincennes, amaba la libertad con fanatismo e idolatría; profesaba por los derechos y la miseria del pueblo, un respeto profundo, lleno de elevación y delicadeza; y quería establecer la sociedad en bases tales que nunca faltase el asilo a los ancianos, ni pan y trabajo a los pobres.

Su alma era un foco inagotable de sensibilidad, del cual brotaban los súbitos destellos de su elocuencia; vivo, arrojado, natural, jovial, humano, sumamente generoso, expansivo hasta la familiaridad y familiar hasta la indiscreción; dotado de una inteligencia rápida y llena de oportunidad, chispeante de sal y de agudeza, provisto de una memoria asombrosa, gusto finísimo, riqueza intelectual y facultad prodigiosa; ¿qué organización más completa vieron los siglos?

DANTON.— (Convención)

Danton solo era inferior a Mirabeau y descollaba de la altura de la cabeza a todos los demás convencionales. Tenía como Mirabeau, visto de cerca, la tez morena, facciones chatas, frente arrugada, una fealdad repugnante; mas, como orador de la constituyente, visto de lejos, y en una Asamblea, atraía las miradas por su fisonomía característica, y por esa belleza varonil del orador. Si Mirabeau tenía el aspecto del león, Danton del alano, emblemas ambos de la fuerza.

Era un hombre vigoroso, de espaldas cuadradas, un coloso de gruesa rabadilla, de tumultuosa y tupida cabellera, con músculos atléticos, con una fisonomía sombría y

severa, con un pliegue de amargura en los arrugados labios, con la actitud de un titán fulminado, de gesto dramático, violento y desesperado, cuando se agitaba como un león en la tribuna de la convención.

Naturalmente elocuente, Danton, en la antigüedad, con su voz retumbante, sus ademanes impetuosos, y las colosales figuras de sus discursos, hubiera gobernado las tempestades de la multitud. Orador del pueblo, tenía las pasiones de éste, comprendía su índole, hablaba su idioma. Exaltado pero sincero, sin hiel pero sin virtud, sospechado de rapacidad aunque murió pobre, cínico en sus costumbres y conversación; sanguinario por sistema, mas no por temperamento, cercenaba las cabezas, pero sin odio, como el verdugo, y sus manos maquiavélicas chorreaban de la sangre de las víctimas de setiembre. Danton excusaba la crueldad de los medios por la grandeza del fin.

Y sin embargo, ese hombre no era cruel por temperamento; su alma se prestaba a todas las manifestaciones de la clemencia. Sincera e ingenuamente predicaba la reconciliación nacional en el caos revolucionario, sabiendo que eso era el decreto de su muerte, y que de nada le serviría hacerse el apóstol de ese abrazo fraternal, del perdón de las injurias, de la amnistía general, de la suspensión de las represalias y persecuciones, de la guerra social y religiosa, porque ese saludable moderantismo era visto como signo de contra revolución hacia el furor sanguinario e insaciable del Comité de salud pública; y desde entonces, Danton, era un hombre amilanado, perdido.

Danton era desarreglado en su conducta, apegado a los placeres, ávido de dinero, no para atesorarlo, sino para gastarlo alegremente; era ligero e inconsecuente, naturalmente jactancioso, blasonaba del mal que había hecho, y aún se atribuía crímenes que no había cometido. Danton era ateo y materialista, cuidábase muy poco del paradero de su alma después de la muerte, con tal que estuviese su nombre inscrito, como él mismo decía, en el Panteón de la historia.

Parece, al ver ese singular desprendimiento, que ese hombre fuese solo en el mundo, sin familia, sin hijos, sin

apego a los dulces encantos de un hogar. Pero eso no fué así. Ese agitador tremendo tenía unida su suerte a una bella mujer albergada en una mansión confortable y poética. Y allí fué marido ejemplar, excelente hijo, yerno afectuoso, camarada noble y cordial, providencia viviente de los necesitados, siempre con la mano abierta y el corazón en la mano, derramando su dinero como si fuera de otros, arrependido y lloroso por sus grandes faltas. Incapaz de cálculos logrereros, jamás aprovechó su alta posición para desdorar su sincero patriotismo, su culto invariable por la tierra francesa. Su generosidad era sublime, enemigo irreconciliable de Robespierre, se inclinó ante éste, se humilló ante el cruel dictador, para salvar, aunque infructuosamente, la cabeza de setenta y tres diputados amigos suyos que estaban condenados a muerte.

Danton dejaba apercibir en su surcada frente y ardientes ojos las violentas pasiones que avasallaban su alma. Danton imponía con su estatura atlética y el estruendo de su voz, y, como un león se arrojaba valerosamente sobre su presa. Se olvidaba completamente a sí mismo al tratarse de los peligros de la patria, y estaba siempre pronto a comprometerse por sus amigos.

Se abandonaba a la inspiración momentánea, se embriagaba con su palabra y gesto, y derramaba a manos llenas la hipérbole en sus discursos. Procedía por brincos y sobresaltos atropellándolo todo, vivo e impetuoso en su exordio, sobremanera presuntuoso, acostumbrado a los triunfos de la palabra, y exclusivamente confiado en el imperio de su elocuencia, sin pensar en los caprichos de la popularidad y en la mengua que acarrea la ausencia, terminaba con alboroto, pero sin conclusiones.

Danton pereció por demasiada confianza en sí mismo, pero como un meteoro en el horizonte convencional.

Irresistible era la fuerza del entusiasmo que poseía este gran tribuno en el Tribunal revolucionario. De él son estas palabras: «El pueblo no tiene más que sangre, y la prodiga. Vamos pues, miserables, prodigad igualmente vuestras riquezas. ¡Qué! teniendo una nación entera por palanca, y la razón por punto de apoyo, ¿aún no habéis cam-

biado la faz del mundo? Dejad vuestras necias disputas, que aquí solo se trata del enemigo que debemos atacar y vencer. ¡Eh! ¿qué me importa que me llamen bebedor de sangre? ¿Qué viene a ser mi reputación? Que sea libre la Francia, y maldito mi nombre si necesario fuere.»

Monstruosa elocuencia a la verdad perollena de originalidad y vehemencia; elocuencia que a chorros brotaba del pecho del orador, arrastraba la Asamblea y le arrancaba aplausos frenéticos. Oigamos aún otros fragmentos de esta misma elocuencia:

«Una nación en revolución es como el bronce que se derrite y se regenera en el crisol. La estatua de la libertad aun no ha sido vaciada, pero hierve el metal». Y esta arrogante amenaza: «A cañonazos debemos anunciar la constitución a nuestros enemigos.»

Ni el favor de sus amigos, ni el ruido de su nombre, ni la memoria de sus servicios, ni su influjo en la convención, ni las simpatías del Tribunal revolucionario, ni la ligereza de su acusación, ni su elocuencia, nada pudo salvarlo.

Danton al ir a la muerte, pasa delante la casa de Robespierre y, volviéndose a ella exclama con su voz de trueno: «¡Robespierre! ¡Robespierre! te emplazo a comparecer antes de tres meses en el cadalzo». Sube la fatal escalera, y por última vez abraza a su amigo Camilo Desmoulins; el verdugo los separa: «Miserable, le dice Danton, ¿podrás acaso impedir que nuestras dos cabezas se besen en el canasto?» ¡Qué tiempos! qué palabras!

ROBESPIERRE.

Robespierre, orador disertado, ducho en arengar en los clubs y tribunas, paciente, taciturno, disimulado, envidioso de la superioridad ajena, naturalmente vano, dueño de la discusión y de sí mismo, no dejando más respiradero a sus pasiones que exclamaciones sordas; ni tan desprovisto de mérito como pretenden sus enemigos, ni tan grande como aseguran sus partidarios; provisto de un excelente concepto de sí mismo, hablando en demasía y de un modo muy ventajoso de su desinterés, patriotismo, servicios, virtud,

justicia; consiguiendo siempre, y con maña, presentar su persona, después de laboriosos circuitos, a la atención general, y cargando continuamente sus discursos con el abrumante peso de su personalidad; Robespierre escribía sus informes, recitaba sus arengas y solo improvisaba sus réplicas.

Poseía el talento de trazar con maña el cuadro exterior del mundo político, tal vez aventajaba a sus colegas como hombre de estado, y, sea vago instinto de ambición, sea sistema, sea repugnancia final de la anarquía, aspiraba a la unidad y a la fuerza en el poder ejecutivo.

Su manera oratoria rebosaba de recuerdos procedentes de Grecia y Roma, y los adolescentes, salidos apenas del colegio, que poblaban la Asamblea, escuchaban atentos, y con la boca abierta, esas alusiones históricas. Pero las más de las veces su fraseología era falsa y declamatoria. Así decía que: «Los Girondinos convocaban de todas partes las *serpientes* de la calumnia, la *hidra* del federalismo, el *monstruo* de la aristocracia. Estas tres figuras acumuladas en la misma frase, son ridículas y de pésimo gusto. Robespierre se interrumpía de repente en medio de sus discursos para apostrofar al pueblo, como si el pueblo se hallase allí presente; en estas ocasiones hacía gran consumo de retórica, y pronunciaba grandes retazos de virtud. A menudo procedía por prosopopeyas y otras figuras que pintan vivamente el pensamiento, si bien echan a perder una disertación.

Robespierre no atacaba a sus enemigos cara a cara, sino por detrás y por insinuación, dirigiéndoles amenazas indirectas y palabras de brillo siniestro, como Tiberio, en el Senado romano, a sus víctimas designadas. Discípulo de Rousseau, era deísta como Saint Just, y, en aquel entonces, proclamarse deísta, era proclamarse religioso. La víspera de su muerte, cuando vino a denunciar a la Convención las Comisiones de salud pública y de seguridad general, insistió con afectada complacencia, en el papel de soberano pontífice que había desempeñado en la fiesta del Ser Supremo. El apóstrofe que termina este episodio no carece de animación y colorido.

«Ciudadanos, habréis atraído a la causa de la revolución todos los corazones puros y generosos, pues la habéis manifestado al mundo en todo el brillo de su celestial belleza. ¡Día dichoso en que el pueblo francés entero se levantó para tributar al autor de la naturaleza un digno homenaje! ¡Qué conjunto interesante de todos los objetos que pueden encantar las miradas y los corazones de los hombres! ¡Oh ancianos honrados por las verdes generaciones! ¡Oh generoso candor de los hijos de la patria! ¡Oh júbilo candoroso y puro de los jóvenes ciudadanos! ¡Oh lágrimas deliciosas de las madres enternecidas! ¡Oh hechizo divino de la inocencia y la hermosura! Oh majestad de un gran pueblo, feliz por el solo sentimiento de su fuerza, de su gloria y de su virtud! ¡Ser de los seres! el día en que el universo salió de tus manos omnipotentes, ¿brilló a tus ojos con una luz más halagüeña que el día en que rompiendo el yugo del crimen y del error, pareció a tu vista digno de tus miradas y de tu destino?» Hay en este trozo factura y arte.

Para Robespierre, la fiesta y restauración del Ser Supremo y la inmortalidad del alma, no fue una mera mojiganga como para la mayor parte de sus irreligiosos colegas de la Montaña, sino una ceremonia solemne e imponente; así no perdonó las habillitas indevotas de los demás miembros del gobierno. ¡Qué drama oratorio, qué discurso en acción el de la famosa sesión del 9 termidor! Robespierre sube a la tribuna, lanza una terrible acusación contra sus enemigos; baja, reina un silencio sepulcral; poco a poco un estremecimiento profundo se comunica de banco en banco; acércanse los miembros unos a otros; fórmanse corrillos; los enemigos secretos del gobierno se miran, se cuentan, se consultan, se indignan, revientan por fin. La Convención discute los actos de Robespierre, y éste está perdido por el hecho mismo; Saint Just vuela a su socorro y denuncia a Tallien; mas apenas ha pronunciado este nombre, cuando Tallien, pálido, deshecho, medio vivo, medio muerto, pide que se desgarre el velo que cubre a Robespierre. Billaud-Vasennes: «¿Hay un solo ciudadano que quisiera vivir bajo un tirano?» (Toda la Asamblea:

¡No! ¡no! perezcan todos los tiranos). Robespierre se dirige a la tribuna. Muchas voces gritan estrepitosamente: ¡Fuera el tirano, fuera!

Robespierre insiste, interroga con su agitada mirada los más ardientes miembros de la Montaña; unos apartan la cabeza, otros permanecen inmóviles. Robespierre invoca al centro: «A vosotros me dirijo, hombres puros, y no a esos malvados... (Violenta interrupción). Por última vez, te pido la palabra, presidente de asesinos!» (No! no!)

El ruido continúa, aumenta la confusión, Robespierre apura todos sus esfuerzos, su voz se enronquece.

Garnier le grita: «La sangre de Danton te ahoga.»

Jefe de partido y dueño de la Convención; partidario de las más violentas medidas; experto e inteligente en los negocios interiores y extranjeros; hombre de consejo y hombre de acción, privado de hablar en su defensa personal por haberse negado a oír a otros; condenado por el tribunal revolucionario que había erigido; inmolado en la flor de la edad, declarado fuera de la ley, arrastrado al mismo suplicio a causa de Danton, en la misma carreta y decapitado en el mismo cadalso.

Robespierre era tético, trabajador, ardiente hasta perder el sueño; atrabiliario, reservado, sospechoso, desconfiado, rencoroso, e implacable para con sus enemigos, encubría su zaña y su rencor con el nombre del bien público. Robespierre era espiritualista, discípulo de J. J. Rousseau; disimulaba el encono bajo la inmovilidad de su semblante. Petrificaba los acusados con su lenguaje glacial, y los aterraba con su mirar siniestro. Como una serpiente se enroscaba en torno de su víctima. Robespierre urdía con paciente y pérfida maña las redes en que debían caer sus enemigos, tenía la cuchilla suspendida sobre muchas cabezas a la vez, y la dejaba caer como un rayo al fin de sus discursos. Menos brillante pero más preciso, menos impetuoso pero más hábil, jamás hablaba en vano ni profería palabras inútiles, sin perder un momento de vista el fin que se proponía; y terminaba por un decreto de acusación redactado en forma y sometido a la aceptación inmediata de la Convención espantada.

Robespierre mantuvo las Asambleas, Comisiones y clubs bajo su dependencia, gobernó sin ser ministro, reinó sin ser rey, y dió su nombre a la época.

MARAT.

Marat era hombre de instintos feroces, aspecto ruín y rostro innoble, que repudiaba Danton y a quien no dignaba acercarse Robespierre; denunciador universal, que invocaba la santa guillotina, instigaba al pueblo al asesinato y pedía por pasatiempo doscientas mil víctimas, la cabeza del rey y un dictador; ente vil, lleno de crueldad y de locura, y al mismo tiempo chocarrero y truhán, sin dignidad ni freno, que se agitaba en su asiento como un energúmeno, se levantaba como sobresaltado, reía a carcajada tendida, asediaba la tribuna, insultaba al orador, fruncía las cejas, dejaba que lo coronasen ridículamente con una corona de hojas de encina, y dirigiéndose a la Asamblea, repetía sin cesar con voz enfática: «Os recuerdo el pudor, si lo conocéis.»

A sus adversarios decía: «¡Qué trinca de tunos! ¡qué marranos! ¡qué pandilla escapada de Bicêtre!» A un célebre orador le gritaba: «Silencio, pajarraco! Tú eres un pícaro, un majadero, que chocheas.»

Este monstruo causaba sobre todo horror a la Gironda, y la mayor parte de sus miembros lo trataban con el mayor desprecio, colmándolo de injurias recibidas, es preciso decirlo, con calma y aún con descaro insolente y desvergüenza mofadora, Marat no era orador, ni aún hablador vulgar, pero era polemista de algún talento, y tuvo más de una vez bastante perspicacia para reconocer los ambiciosos bajo la máscara que los disfrazaba, y bastante osadía para quitarles esa máscara.

VERGNIAUD-CAMILO DESMOULINS.

Vergniaud era una inteligencia flexible y extensa, patriota sincero, orador elegante, melifluo, metafórico, tal vez demasiado metafórico, de quien la posteridad recuerda esta

expresión: «La Revolución es como Saturno que devoraba a sus hijos.» Y esta comparación que peca por ampliación, pero que está llena de verdad histórica y política: «Si nuestros principios se propagan con lentitud entre las naciones extranjeras, es porque su brillo se halla oscurecido por sofismas anárquicos, movimientos tumultuosos, y sobre todo, por un vapor de sangre.»

Y su respuesta a Robespierre: «Si culpables somos y nos enviáis ante el tribunal revolucionario, hacéis traición al pueblo; si somos calumniados y no lo declararéis, ultrajais la justicia.»

Y este apóstrofe: «Temed que en medio de vuestros triunfos, se asemeje la Francia a esos efamosos monumentos que en Egipto vencieron el tiempo. El extranjero que pasa queda atónito al ver su grandeza; mas ¿qué encuentra si en ellos penetra? cenizas inanimadas y el silencio de la tumba.»

Vergniaud era orador poco sustancial, poco tupido, desprovisto de trabazón y firmeza, flaco en la parte dialéctica, y poco apto a dominar esas Asambleas tempestuosas, en que la petulancia del gesto y la insolencia familiar del lenguaje acompañaban todos los discursos.

Como los demás Girondinos, Vergniaud cometió la falta irreparable de atacar las personas más que las cosas, e irritar y abultar la Montaña por sus violencias. La posteridad vitupera ambos partidos que trocaron la sala de la legislatura en una arena de gladiadores.

Camilo Desmoulins, dotado de una imaginación ardiente en exceso, pero de un corazón no menos sensible, que amaba con idolatría la libertad, y a sus amigos más que a sí mismo; joven entusiasta, que, con temeridad quiso hacer retroceder la Revolución después de haberle dado impulso, mas fue aplastado por el carro que llevaba la fortuna de Robespierre.

Tenía Camilo Desmoulins una fisonomía expresiva y el gesto oratorio; pero cierto estorbo en la lengua le impedía el uso de la tribuna y su impetuosidad intelectual no le permitía trabar ni poner en orden sus ideas en un discurso acertado y metódico. Libelista más bien que orador,

libelista ingenioso, pero cínico, tal era Camilo Desmoulins.

En los últimos tiempos, tembló por los que temblaban, sufrió por los que sufrían, y adoptó los colores enérgicos de Tácito para pintar los tiranos del pueblo, hincando y revolviendo en sus heridas el puñal de la ironía, procurando inspirar piedad, esforzándose en despertar los remordimientos, pero ya demasiado tarde... Sepultado en los lóbregos calabozos del tribunal revolucionario, no ignorando la suerte que le aguardaba, solo deploraba la pérdida de su esposa Lucila a quien escribió esta carta patética cuyo final arranca las lágrimas: «Adiós Lucila, mi querida Lucila, siento alejarse de mi vista la ribera de la vida. Aun veo a mi Lucila, aun la veo; mis brazos cruzados te estrechan, mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza separada en tu falda reposa. Adios Lucila, voy a morir.»

NAPOLEÓN (Imperio).

¡Cosa notable! los tres más grandes conquistadores del mundo aventajaron tanto en el arte de la palabra como en el arte de la guerra (Alejandro, César, Napoleón). El hijo del Macedonio, el discípulo de Aristóteles, arrebató por su elocuencia no menos que por sus triunfos, la imaginación de los Griegos y de los Bárbaros. César dominó las legiones romanas por el ascendente de su palabra. Napoleón logró desde luego, sobre los viejos generales de la república, sobre el ejército y la nación, el imperio irresistible de la elocuencia y el genio.

En sus proclamas, boletines y órdenes del día, hallamos la virtud militar, el arte del orador y el sentido profundo y delicado del hombre político. No es solamente un general el que habla, no un monarca, no un hombre de estado, sino todo eso a la vez. Si Napoleón fue un orador completo, es porque era también un hombre completo. ¡Qué fuerza, qué esplendor posee el genio al poder unido! ¡Qué autoridad la palabra de ese devastador de pueblos, de ese fundador de estados, del brillo deslumbrante de sus victorias continuas, de la novedad, rapidez, osadía y grandeza extraordinaria de sus empresas!

De Napoleón sabemos numerosas expresiones militares.

A las tropas que retrocedían del puente de Arcola: «Adelante, seguid a vuestro general.»—A los soldados de Egipto: «Desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan y van a aplaudir vuestra victoria.»

A los plenipotenciarios de Leoben: «La República francesa es como el sol, y ciego es quien no la ve.» Al ejército de Marengo: «Soldados, acordaos que tengo la costumbre de dormir en los campos de batalla.»

Al oír el primer cañonazo de Friedland: «Soldados, hoy es día de felicidad, es el aniversario de la batalla de Marengo.»

Al cuarto regimiento de línea: «¿Qué habéis hecho de vuestra águila?—Un regimiento que ha perdido su águila lo ha perdido todo.—Sí, pero aquí están estas dos banderas enemigas que hemos tomado.—Muy bien, replicó sonriendo, os volveré vuestra águila.»

Al general Moreau, ofreciéndole un par de pistolas ricamente adornadas: «Quise hacer grabar el nombre de vuestras victorias, más no ha habido bastante lugar para todas.»

A un granadero sorprendido por el sueño estando de centinela: «Después de tantas fatigas es permitido dormir a un valiente veterano.»

A un soldado que había dejado penetrar, a pesar de la consigna, al general Joubert: «El que forzó el Tirol puede con mayor razón forzar un centinela.»

A un general de corte que solicitaba el bastón de mariscal: «No soy yo quien hace los mariscales sino la victoria.»

A un joven comandante de artillería enemiga que había perdido sus piezas, y que pedía que lo fusilaran al momento: «Consolaos joven, el ser vencido por mis soldados no arguye falta de honor, ni excluye derecho a la gloria.»

La víspera de la batalla de Moskova, al levantarse el sol: «Es el sol de Austerlitz.»

A sus granaderos que se inquietaban al verlo apuntar los cañones en Montereau: «No temáis, amigos, la bala que debe matarme no está aun fundida.»

Su modo de arengar en nada se parece al de los antiguos o modernos; habla, no como si estuviese sobre un cerro, sino sobre una montaña y parece tener cien codos de alto. Para la época en que todas las imaginaciones ardían era necesario un Napoleón.

Los soldados hierven de entusiasmo, y desde la altura de los peñascos de los Alpes, bajan a las llanuras italianas y ganan repetidas victorias. Oigamos esta proclama de un general de veinte y seis años: «Soldados, en quince días habéis conseguido seis victorias, tomado veintiuna banderas, cincuenta piezas de artillería, numerosas fortalezas, hecho mil y quinientos prisioneros, y dejado en el campo de batalla más de diez mil hombres entre muertos y heridos; soldados, iguales sois a los conquistadores de Holanda y el Rin. Desprovistos de todo, a todo habéis suplido, y habéis ganado batallas sin cañón, pasado ríos sin puentes, hecho marchas forzadas sin zapatos, vivaqueado sin aguardiente y a veces sin pan. Solo las falanjes republicanas, los soldados de la libertad eran capaces de arrostrar tantas fatigas y privaciones. Gracias os doy, soldados. La patria tiene derecho de esperar de vosotros grandes cosas. Aún os esperan nuevos combates que empeñar, nuevas ciudades que tomar, nuevos ríos que pasar. ¿Acaso hay entre vosotros uno solo cuyo valor flaqueé? ¿Hay alguno entre vuestras filas que prefiera volver a las cimas estériles del Apenino y de los Alpes, y sufrir con paciencia los ultrajes de esa soldadeca esclava? No, tales hombres no se encuentran entre los vencedores de Montenotte, Millesimo, Dego y Mondovi. Amigos, esta gloriosa conquista yo os la prometo, pero sed los libertadores de los pueblos, no los azotes». Este discurso electriza el ejército y Napoleón alcanzó una serie de triunfos en sus inmortales campañas de Italia.

Escuchemos ahora la despedida de Napoleón a los restos fieles de su ejército, que no podían separarse de su general sino bañados en llanto. La antigüedad no ofrece escena más patética y sublime:

«Soldados, me despido de vosotros. Hace veinte años que vivimos juntos, y siempre he estado contento de mis

soldados, siempre los hallé en el camino de la gloria. Todas las potencias de la Europa se han coligado contra mí. Algunos de mis generales han faltado a su deber y a la Francia. Nuestra misma patria ha querido otros destinos: con vosotros y los fieles valientes que me quedan, hubiera podido mantener la guerra civil, pero la Francia hubiera sido desgraciada. Sed fieles a vuestro nuevo rey, sumisos a vuestros nuevos jefes, y no abandonéis nuestra amada patria. No os apesadumbréis por mi suerte, pues yo seré dichoso cuando sepa que vosotros mismos lo sois. Hubiera podido morir y si consiento en sobrevivir es para servir a vuestra gloria. Las grandes cosas que hemos hecho, yo las escribiré . . . No puedo abrazaros a todos pero abrazo a vuestro general. Venid, general Pitt, venid, quiero estrecharos contra mi corazón. Que me traigan el águila que quiero también abrazarla. ¡Águila querida! pueda este beso que te doy resonar en la posteridad. Adiós hijos míos; mis votos siempre os acompañarán; guardad eternamente mis memorias.» ¡Qué figuras más tiernas y patéticas!

Camino de Santa Elena, a bordo del «Belerofonte», fondeado en aguas de la Gran Bretaña, Napoleón fugitivo, escribe al príncipe regente esta carta tan conocida por su noble sencillez:

«Víctima de las facciones que dividen mi país y de la enemistad de las mayores potencias de Europa, he terminado mi carrera política, y vengo como Temístocles a sentarme al hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes que reclamo de Vuestra Alteza Real, como del más poderoso, más constante y más generoso de mis enemigos.»

Ya enfermo en el islote abrupto, y próximos a regresar a Francia algunos de sus viejos servidores les dijo: «Id, amigos, regresad a Europa, volved a ver a vuestras familias; yo volveré a ver a mis valientes en los campos Eliseos.

Sí, Kleber, Desaix, Bessiéres, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier, vendrán todos a mi encuentro; y al verme acudirán todos rebozando de entusiasmo y de gloria. Hablaremos de nuestras guerras con los Escipiones, los

Aníbal, los Césares, los Federicos, a menos que allí, añadía con chiste, meta miedo al ver tantos guerreros reunidos.»

EL GENERAL FOY.—(Restauración)

El general Foy tenía el exterior, el porte y ademanes de un orador, una memoria prodigiosa, una voz sonora, ojos chispeantes y maneras caballerescas. Su frente combada y prominente se iluminaba de entusiasmo o se arrugaba de cólera. El orador asía con fuerza el mármol de la tribuna, la sacudía, se enardecía, y parecía una sibila sobre su trípode, al verlo agitarse convulso, más noblemente en su argumentación, espumar sin contorsiones y estoy por decir con gracia. A veces se le veía levantarse inopinadamente de su asiento, y escalar la tribuna como si fuese a la victoria. Sus palabras las lanzaba con un aire atrevido y heroico, a la manera de Condé arrojando su bastón del mando por encima de los reductos enemigos. El general Foy no improvisaba sus grandes discursos, pues a los cuarenta años cumplidos es tan imposible aprender la improvisación, como la natación, la equitación, la música. Para suplir a la insuficiencia de su educación oratoria, el general Foy meditaba detenidamente sus arengas, formulando y distribuyendo en su vasta memoria el conjunto y las proporciones, disponiendo el exordio, clasificando los hechos, ordenando sus tesis y bosquejando el epílogo. En este estado llegaba a la tribuna, y, dueño de la materia, fecundado por el estudio e inspiración, se abandonaba a la corriente de sus ideas. La cabeza hervía, su discurso se calentaba, se ablandaba, se alargaba, adquiría maleabilidad, forma y calor.

Las palabras más brillantes del general Foy eran palabras de reserva, palabras elegidas. ¡Con qué arte sabía hacer venir una situación preparada, un efecto dramático, una figura llena de colorido y vehemencia, una palabra feliz! ¡Qué naturalidad! ¡qué ironía viva y poderosa, qué oportunidad increíble en las respuestas! Y, no una vez que otra, sino en toda ocasión, a cada paso, a cada interrupción, y siempre las palabras más a propósito, más decisivas.

A los que le echaban en cara el suspirar por la escarape-

la tricolor, «¡Ahl, respondió, no serían seguramente las sombras de Felipe Augusto y Enrique IV las que se indignarían en sus sepulcros, al ver las flores de lis de Bouvines e Yvry en la bandera de Austerlitz.»

A los que le preguntaban «¿Qué viene a ser la aristocracia?» ¡«La aristocracial voy a decirlo: la aristocracia es la liga, la coalición de los que quieren consumir sin producir, vivir sin trabajar, ocupar todos los puestos sin capacidad alguna propia, invadir todos los honores sin haberlos merecido: tal es la aristocracia.»

A los agiotistas que le decían que enviase las noticias extranjeras a la Bolsa: «Yo no conozco los juegos de Bolsa, y solo juego a la alza del honor nacional.»

A los Ministros que se negaban a pagar el sueldo de los legionarios: «Al celebrar el espléndido festín de la indemnidad, dejad caer de vuestra mesa, sí, de vuestra mesa, algunas migajas de pan para nuestros pobres soldados mutilados.»

Hablando a de Serre, tráfuga del liberalismo, y entonces guarda sellos: «Por toda venganza, por todo castigo, le condeno a Ud. cuando salga de esta sala, a volver la vista a las estatuas de L' Hopital y Daguesseau! Magistrados franceses íntegros y de entereza estoica.

Este apóstrofe oratorio es de los mejores que han resonado en la tribuna.

Era Foy, un hombre de hierro, uno de esos hombres de la escuela napoleónica que marchan a la conquista de la libertad, alta la frente, animado el ojo, sin amedrentarse por los obstáculos ni dudar de la victoria.

Un corazón noble abrigaba el general Foy, un corazón lleno de los sublimes sentimientos del amor a la patria y la independencia nacional, un corazón heroico que amaba la gloria, no por sí mismo, ni por la misma gloria, sino por su país.

En todos los discursos del general Foy reina un pudor y un atractivo indecibles, un olor de virtud, una gracia del corazón que nos obliga no solo a admirar al orador, sino a amar el hombre privado, y hasta sus mismos adversarios políticos le tributaban simpatía al oírlo, al ver su alma exhalar por sus labios.

DE MARTIGNAC

Como orador ocupará siempre un puesto distinguido y excepcional en la galería de las celebridades parlamentarias. Lleno de facilidad y elegancia, cautivaba la atención más bien que la dominaba. ¡Con qué arte procedía para no lastimar la susceptibilidad vanidosa de las Cámaras francesas! ¡Con qué ingeniosa flexibilidad penetraba en los pliegues y repliegues recónditos de una cuestión! ¡Qué fluidez de dicción! ¡Qué encanto! ¡Qué finura y delicadeza! ¡Qué tacto y oportunidad! La exposición de los hechos tenía en su boca una claridad admirable, y, con tal fidelidad y tal acierto de expresión analizaba los medios de sus adversarios, que se asomaba a los labios de éstos la sonrisa del amor propio satisfecho. Mientras que su mirar animado recorría la Asamblea, modulaba en todos los tonos su voz de sirena, y su elocuencia poseía la dulzura y armonía de una lira. Si a tales seducciones, si al insinuante poder de su palabra, hubiese agregado las formas vivas del apóstrofe, y la precisión rigurosa de las deducciones lógicas, hubiera sido, no cabe duda, el primero de nuestros oradores, o, por mejor decir, la misma perfección.

Como literato, poseía Martignac esa elegancia natural, ese aticismo que falta a casi todos nuestros oradores de la tribuna y del foro; pero al mismo tiempo carecía de esa riqueza de imaginación, de esos hermosos efectos de estilo, de esa docta composición del artista, de esos pensamientos fuertes o sublimes, de esa perfección en el gusto que caracteriza a los grandes escritores.

Era Martignac hombre de trato amenisimo, costumbres apacibles, talento brillante, conversación agradable, tan apegado a los placeres como al trabajo cuando era necesario, y de una inteligencia superior en los negocios; era hombre sin odio como sin lisonja.

CASIMIRO PERIER (Revolución de 1830)

Era Perier un orador de acción y réplica viva, dotado empero de más resolución parlamentaria que de valor perso-

nal, siempre dispuesto a subir y subiendo en efecto a menudo al asalto. Su elevada estatura, sus modales secos e imperativos, sus ojos ocultos bajo pobladas cejas y siempre rojos y encendidos, completaban el conjunto de su superioridad circunstancial. En una palabra, parecía que había nacido para el mando y para la presidencia del consejo, y ninguno, ni aún el mismo Mariscal Soult, pensaba en disputarle esta prerrogativa.

En los bancos de la oposición no se veía un orador del temple de Casimiro Perier, y no titubeo en decir que ninguno posee su sagaz penetración, y su propia y sencilla elocuencia. Había cobrado fuerzas y brío en las luchas vivas y difíciles de la Restauración, y su palabra fogosa y corrosiva no dejaba a Villete tregua ni descanso. Casimiro Perier se precipitaba encarnizado en la pelea, marchaba derecho al ministro, lo asediaba, lo oprimía, lo abrumaba con repetidas cuestiones, lo aturrullaba con continuos apóstrofes, sin dejarle tiempo de reponerse, ni respirar; lo fascinaba y aterrorizaba con imponente autoridad.

Reunía en su persona tres grandes calidades de primer orden que distinguen a un hombre de estado: el ardor y vivacidad de la concepción, la decisión del mando, la fuerza y persistencia de la voluntad.

EL DUQUE DE FITZ-JAMES

La elocuencia aristocrática es una mezcla de insolencia, gracia e ingenio, recitada con un tono adecuado a las gentes que saben lo que valen, o lo que creen valer, y lo que los demás no valen.

Francisco I, Enrique IV, Brissac, Crillon, el duque de la Rochefoucauld, el cardenal de Retz, el duque de San Simón y el duque de Mortemart descollaron en este género de elocuencia, si nombre tan pomposo puede darse a una cosa tan sencilla, tan ligera y de tan buen gusto. En la Asamblea Constituyente brillaron los vástagos procedentes de la ostentosa nobleza del siglo décimo séptimo en los rangos de la aristocracia. El conde de Mirabeau acostumbraba dar respuestas llenas de descaro y osadía tal como

convenía a un personaje de su noble prosapia. El príncipe de Tallayrand dejaba escapar dichos picarescos y llenos de agudeza con afectado descuido.

El duque de Fitz-James ha sido el último de los caballeros oradores.

Era alta su estatura, su fisonomía móvil y expresiva; tenía en la tribuna el aire, la soltura, la facilidad de maneras que caracterizan un gran señor que habla ante la gente del pueblo, con la cual procedía sin cumplimiento, procediendo a sus anchas, y hablando lisa y llanamente como si estuviese en traje de casa. Tomaba tabaco, se sonaba, tosía, estornudaba, iba, venía, se paseaba de un extremo a otro, y tenía expresiones familiares que soltaba con oportunidad, y distraían la Cámara del fastidio glacial de la etiqueta oratoria. Sus discursos eran un tejido de palabras finas y delicadas, si bien su hablar era a veces vehemente y fogoso. En el contraste de estos diversos tonos, había más labor y artificio de lo que a primera vista se hubiera sospechado; mas lejos se está de vituperarlo bajo este punto de vista, pues el escollo de casi todos los oradores es la monotonía. El duque de Fitz-James era a veces sencillo hasta la trivialidad, y otras metafórico hasta la hinchazón: efecto de tener más facilidad que instrucción, y más ingenio que gusto.

Fogoso, caballeresco en su talante y expresión, debió ser en su tiempo denodado e intrépido. Si hubiera nacido en la plebe, hubiera tenido esa elocuencia vigorosa y lozana, y en la acción la audacia revolucionaria; pues era una naturaleza ricamente organizada a la cual solo faltó la ocasión, y más adelante la juventud. Fuera de esto, era grande en sus sentimientos como en su lenguaje, lleno de ese honor que es la vida misma de un caballero, de ese desinterés que prefiere la indigencia a la bajeza, religioso pero sin hipocresía, celoso de la dignidad de su país, y poseedor de un corazón verdaderamente francés.

MAUGUIN

Terrible interpelador era Mauguin, y al mismo tiempo fecundo, ingenioso, atrevido, infatigable, sin dejarse intimi-

dar por las rechiflas ni los murmullos, y mostrándose tanto más frío cuanto más animados sus adversarios.

Más político por falta de convicción que por debilidad de carácter, pero excelente orador, a menudo al nivel de los más sobresalientes; en ciertas ocasiones elocuente, pero en todas lleno de lucidez y concisión; firme, incisivo, dotado de un talento fecundo, muy extenso, penetrante y flexible; sereno en la tormenta; dueño de sus pasiones menos para reprimirlas que para conducirlas; dominando su impaciencia para poder enviar con más violencia a sus adversarios los venablos que le disparan; hombre lleno de amabilidad y seducción, si bien algo presuntuoso y ansioso de encomios; en una palabra una de aquellas personas que no es posible ni amar ni aborrecer en exceso.

ARAGO—(Uno de los raros sabios)

Si dijese que Arago es el primero de los sabios europeos, no lo engrería mucho este cumplimiento; pero si se le complacerá (oh debilidad humana!) diciendo que es un escritor de primer orden, y nada hay más cierto. Si hubiera querido ser miembro de la Academia francesa, lo sería a la hora presente, pues posee los secretos de la lengua no menos que los secretos de los cielos.

Los sabios cuando son literatos como Arago, inician la Cámara en los secretos de la ciencia, comparan los diversos productos de la fabricación, evalúan con más exactitud los ingresos y los gastos, sondan el terreno de las experiencias, burlan los artificios de la especulación, disipan las ilusiones de la presunción y la ignorancia; dicen lo que es practicable, lo que tan solo es probable, o lo que es literalmente imposible, ponen a los hombres prácticos y de hacienda en las vías de la economía; descomponen la materia, hacen ver el interior de los cuerpos, enseñan el juego diverso de las máquinas, resuelven los problemas más áduos. Así el docto y magnífico informe de Arago sobre los caminos de hierro, ha revuelto más ideas que todos los proyectos de comisión propuestos por los ministros. Este informe es una obra maestra de exposición y análisis.

Cuando Arago sube a la tribuna, la Cámara atenta y curiosa guarda el mayor silencio, y los espectadores se inclinan para oírlo. Su elevada estatura, su cabellera flotante y rizada, su bella cabeza meridional, anuncian un hombre ricamente dotado por la naturaleza: mientras que la contracción musculosa de sus cejas, revela un poder de voluntad y meditación que caracterizan los varones de alta superioridad.

Arago habla tan solo en cuestiones preparadas de antemano, que agregan a la magia de la ciencia el interés de la ocasión. Así sus discursos se distinguen por dos atributos inapreciables: la generalidad y la actualidad; y se dirigen al mismo tiempo a la razón y pasiones del auditorio que no tarda en subyugar. Apenas entra en materia, atrae y concentra en sí todas las miradas. Arago, ase, por decirlo así, la ciencia con ambas manos, la despoja de sus asperezas y fórmulas técnicas, y la vuelve tan clara que los más ignorantes quedan atónitos al par que encantados de comprenderla. Por otra parte, una pantomima expresiva anima la persona entera del orador. Hay en sus demostraciones un fulgor recóndito, y parece que de su boca, ojos y dedos, brotan rayos luminosos. Acostumbra sembrar, de cuando en cuando en sus arengas interpelaciones mordaces, o anécdotas chistosas que guardan estrecha conexión con su discurso y adornan su tema sin sobrecargarlo. Si frente a frente de la ciencia, la contempla con profundidad para visitar sus secretos, o exponer sus maravillas, entonces su admiración se eleva hasta el lenguaje más pomposo, su voz se anima, su palabra adquiere color y vehemencia, y su elocuencia iguala en grandeza a la materia que trata.

BERRYER

Después de Mirabeau no ha habido en Francia orador más grande que Berryer. Desde Mirabeau nadie le ha igualado: ni el general Foy que recitaba más bien que improvisaba, y no reunía a la estrecha dialéctica de los negocios la poderosa voz y vasta elocuencia de Berryer; ni Lainé que solo tenía un sonido armonioso y patético; ni de Serre,

el cual pesado y embarazoso en sus exordios no dejaba escapar sino por intervalos el grito de su pasión oratoria; ni Casimiro Perier, cuya vehemencia no se desplegaba sino en los apóstrofes; ni Benjamín Constant, cuyo talento tenía más arte y flexibilidad que movimiento y energía, como lo hace Berryer, de su auditorio encantándole y trasportándole con estremecimientos involuntarios.

Berryer ha sido tratado por la naturaleza como favorito suyo. Su estatura no es muy elevada, pero su bella y expresiva fisonomía pinta y refleja todas las emociones de su alma. Fascina con su mirada hñdida y afelpada y con su gesto que es tan singularmente bello como su palabra. Es elocuente en toda su persona. Berryer domina la Asamblea con su cabeza erguida. La inclina hacia atrás como Mirabeau, lo cual la dilata y la engrandece.

Se establece en la tribuna y se apodera de ella como si fuera su amo, iba a decir su déspota. Su pecho se hincha, su busto se extiende, su talla se alarga y pudiera comparársele a un gigante. Su orgullosa frente se anima, y ¡cosa extrañal cuando arde su cabeza, sus poros trasudan sangre.

Pero lo que le hace incomparable, y lo que tiene mejor que ningún otro orador de la Cámara, es su *metal de voz que es la primera de las bellezas para los actores y oradores*. Los hombres reunidos son sumamente sensibles a las cualidades físicas del orador y del cómico. Talma y la señorita Mars no debieron su fama sino al divino encanto de su voz. Si uno y otro hubieran tenido una voz común, por más profundos que hubieran sido su manera de representar, y el exquisito sentimiento de su arte, la señorita Mars y Talma hubieran vivido sin que nadie les hubiera hecho caso. Las más veces se influye en una Asamblea más bien por la voz que por los razonamientos. Pero Berryer que no debe solamente su preeminencia a la casualidad de sus cualidades exteriores, sino que es también Maestro en el arte oratoria. La mayor parte de los demás habladores se abandonan al capricho de sus inspiraciones y en el desorden de sus excursiones encuentran rasgos muy bellos, pero carecen de método. Este método que pertenece a los

entendimientos elevados, fatigaría muy luego a un auditorio tan poco atento como una Cámara francesa, si Berryer no sostuviese su ligera preocupación por medio del encanto de su voz, de la animación de su ademán y la elegante nobleza de su dicción.

Si algún ministro refunfuña alguna interrupción inteligible, Berryer se echa un poco hacia atrás en la tribuna y le deja elevarse; y después volviendo de repente sobre él, como sobre una presa, le sacude, le levanta en el aire, y dejándole luego caer, le clava y le aplasta en su asiento por medio de una réplica fulminante.

Su fiel y extensa memoria retiene sin trabajo las más complicadas fechas, y sin titubear coloca el dedo sobre los pasajes dispersos de los numerosos documentos que analiza, y que fortifican la trama de sus discursos. Nada es comparable con sus entonaciones variadas, ya simples y familiares, ya atrevidas, pomposas, adornadas y penetrantes. Nada de amargo tiene su vehemencia, nada de injurioso sus personalidades.

Cautiva, retiene y descansa la atención de sus oyentes por muchas horas seguidas; les pasea sin extraviarles bajo el peristilo y al través de las bellas columnatas de su discurso. Les deslumbra con el variado espectáculo de su genio, y les tiene suspensos con el encanto de su magnífica palabra.

Una vez, indignado y encolerizado por las cobardes concesiones de nuestra diplomacia, y con la mano extendida sobre la tribuna y un gesto de singular belleza, exclamó: «Que se seque esta mano, antes que yo ponga en la urna una bola para decir que el Ministerio es celoso por la dignidad de la Francia. ¡Jamás! ¡jamás!»

Thiers que había llegado allí por el hilo de la discusión, y opuesto a él, se volvió por incidencia hacia él, con estas nobles palabras: «Yo os respeto, señor mío, porque habéis hecho dos actos honoríficos al sostener a Ancona y al dar vuestra dimisión. Sea la que quiera la distancia que deba existir entre nosotros dos, haced todavía algo útil y grande para la Francia, y os aplaudiré, porque ante todo he nacido en Francia y quiero ser siempre francés!»

LAMARTINE (1847)

Lamartine canta cuando habla, cuando escribe, cuando medita, cuando cae la noche, cuando despunta el día, cuando gime el viento, cuando el pájaro gorjea, cuando canta, siempre canta.

No era más que un recitador de memoria, y hoy improvisa sobre el primer asunto dado, con un brillo, una gracia, una delicadeza, una audacia, una riqueza de imágenes, una abundancia de rasgos, y una felicidad de expresión, a que no llega orador alguno contemporáneo.

Unos hacen saltar los relámpagos del espíritu de su espada oratoria; otros se atrincheran en la defensa de sus sueldos que no abandonarán sino con la vida; otros defienden la causa del agiotaje; de los carbones de piedra y del tabaco, pero las causas que Lamartine prefiere son las de la justicia y la humanidad.

Cuando Lamartine, discípulo de Mauguín, recitaba palabra por palabra sus discursos estudiados de memoria, su palabra era floja, blanda, tarda, embarazosa, y no abandonaba las bajas regiones de la fraseología; pero hoy se halla tan seguro de su improvisación que ya no se agarra a las barandillas de la tribuna. Se abandona a toda la fuerza de su vuelo de cisne; hiende las aguas y se despliega a la manera que una góndola con velas de púrpura e hinchadas suavemente por los céfiros, juega sobre las ondas de un lago en calma.

Habla una especie de lengua magnífica, pintoresca y encantada, que podía llamarse la lengua de Lamartine, porque solo él la habla y puede hablarla, y de la que se escapan con profusión, como otros tantos surtidores luminosos, una multitud de pensamientos felices y de términos figurados que sorprenden, encantan, cautivan, llenan, y arrebatan el oído y el alma de sus oyentes.

Así como la abeja de los campos extrae su miel de los altos cedros y de la humilde violeta, de las rosas y de la corola del amargo citiso, así también Lamartine, esa abeja de la política, no ha tomado y recogido revoloteando sobre ellos sino lo mejor y más puro que había en el partido social, en el par-

tido republicano, en el partido legitimista, y en el partido conservador.

Ni en la Asamblea Constituyente, ni en la Convención, ni en los conventículos actuales, ha habido nadie que de cerca ni de lejos tenga una fisonomía semejante a la suya. Si un hombre semejante llegase a desaparecer de la Cámara, su asiento en ella quedaría para siempre vacío, y parece que con él se vería salir del salón la magnífica elocuencia de las imágenes, la poesía de los negocios, la defensa animada de las tesis sociales, la generosidad de las teorías populares y la caballerosidad de los altos sentimientos. Lamartine es el más florido, el más lírico y humanitario de todos los oradores franceses, el más melodioso de todos los poetas, sin exceptuar al mismo Racini, el primero de los improvisadores, un prosista eminente, un vasto entendimiento y un noble corazón.

O'CONNELL. (Orador inglés.)

Jamás en ningún siglo, ni en ningún país hubo hombre alguno que adquiriese sobre su nación un imperio tan soberano, absoluto y completo. Él en cierto modo es, y por sí sólo, su ejército, su parlamento, su embajador, su príncipe, su libertador, su apóstol, su dios.

O'Connell es poeta hasta la epopeya o familiar hasta la trivialidad. Atrae a sí a su auditorio y le trasporta sobre las tablas del teatro o bien se baja de ellas y se mezcla a los espectadores. No deja un solo momento la escena sin acción y sin palabra. Distribuye a cada uno su papel; él se presenta como juez, interroga y condena. El pueblo ratifica la sentencia, levanta las manos y se figura que asiste a un juicio.

A diferencia de tantos otros oradores afligidos y desanimados porque no tienen convicción, entrañas, ni fe; O'Connell no duda nunca del triunfo de su causa, y hasta en la Cámara de los Comunes, mirando atrevidamente y cara a cara a sus adversarios exclama: «Jamás cometeré el crimen de desesperar de mi país; y al cabo de doscientos años de dolores me encuentro hoy en pie derecho en este

recinto repitiéndoos las mismas quejas y pidiéndoos la misma justicia que reclamaban nuestros padres; pero no ya con voz humilde y suplicante, sino con el convencimiento de mi fuerza, y convencido de que la Irlanda sabrá hacer en adelante sin vosotros lo que hayáis rehusado hacer por ella! No entro en compromisos con vosotros; quiero para nosotros los mismos derechos que vosotros gozáis, el mismo sistema municipal para Irlanda que para Inglaterra y Escocia; y si no fuera así ¿a qué se reduce la unión con vosotros? a una unión sobre pergaminos ¿no es así? ¡Pues bien, los romperemos y el Imperio quedará cortado por la mitad! » ¡Qué altivez! Para tener un lenguaje semejante se necesita ser casi rey.

Solo la Irlanda, la Irlanda toda, es lo que tiene en su corazón, en su pensamiento, en sus recuerdos, en su palabra, en su oído. «Oigo, dice, oigo diariamente la voz lastimera de la Irlanda que me dice: ¿Deberé esperar todavía y sufrir siempre? No, conciudadanos míos, no sufriréis más; no en vano habréis pedido justicia a un pueblo de hermanos. La Inglaterra ya no es aquel país de preocupaciones en que solo el nombre del papismo indignaba todos los corazones y los arrastraba a cometer injustas crueldades. Los representantes de Irlanda se han dedicado a hacer adoptar la ley de la reforma que ha abierto anchas esclusas al pueblo inglés; también serán escuchadas cuando pidan á sus colegas que hagan justicia a la Irlanda; y si casualmente el Parlamento se hiciese sordo a nuestras súplicas, entonces haríamos un llamamiento a la nación inglesa; y si ella también se dejara arrastrar por injustas prevenciones, volveríamos a nuestras montañas, y no recibiríamos consejo sino de nuestra energía, valor y desesperación.» Imposible es invocar en términos más fuertes y tiernos la razón, conciencia y gratitud del pueblo inglés y mezclar con más arte la súplica a la amenaza, que en ese bello pasaje.

Es preciso verle cuando reúne toda su indignación y fuerzas para contar la larga historia de las desgracias de su patria, y de su opresión y miserias . . . Sin embargo que la Inglaterra desde lo alto de sus palacios y desde su lecho de púrpura y seda, preste un oído tembloroso al ruido

de ese Encélado que ruje bajo el monte que le tiene encerrado, se espanta y ya se le queman los pies, y se retira temiendo que el volcán reviente y le haga saltar.

¡Qué le importan a ese turbulento orador, a ese rústico hijo de las montañas, Aristóteles y la retórica, la política de los salones, la propiedad de la gramática, la urbanidad del lenguaje! Él es el pueblo y habla como el pueblo. Tiene las mismas preocupaciones, la misma religión, las mismas pasiones, el mismo pensamiento, el mismo corazón, un corazón que palpita con todas sus fuerzas por Irlanda y aborrece con todas sus fuerzas a la tiránica Albión. ¡No le veis cómo levanta a sus queridos irlandeses con los nobles acentos de la libertad y como los cubre tan perfectamente con su voz, gritos y venganzas, con su alma, brazos y cuerpo, que al fin de su discurso todo ese orador y todo ese pueblo de cincuenta mil almas no tienen más que un mismo cuerpo, una misma alma, y el mismo grito de ¡viva Irlanda!

Después de su elección por el distrito de Clare exclama: «En presencia de mi Dios y con el sentimiento más profundo de la responsabilidad que traen consigo los deberes solemnes y terribles que vosotros me habéis impuesto por dos veces, yo los acepto ¡oh irlandeses! y tengo la seguridad de llenarlos no por mi propia fuerza sino por la que vosotros me dais. Los hombres de Clare saben que la única base de la libertad es la *religión*. Han triunfado porque la voz que se eleva por la patria había antes exhalado su oración ante el Señor. En nuestras verdes campiñas se oye ya algunos cánticos de libertad, cuyos sonidos recorren las colinas, llenan los valles, murmullan en las ondas de nuestros ríos; y nuestros torrentes con voz de trueno, gritan a los ecos de las montañas: ¡La Irlanda es libre!

¡Qué invocación a la libertad del pueblo irlandés! ¡Qué vehemencia de figuras entre la naturaleza del país y el alma que la habita!

O'Connell es y será, lo mismo que Mirabeau y Napoleón, una de las tres y acaso la más grande figura del siglo. ¿A qué hombre sin espada ni corona ha sido dado más poder que a él sobre la tierra?—(Timón.)

LEDRU - ROLLIN.

Ledru - Rollin, aunque revolucionario, demócrata, republicano y socialista, es sobre todo, orador, orador por excelencia; fuera de la tribuna, se encuentra fuera de su elemento, y se puede decir de él lo que Napoleón de Ney: «En el campo de batalla es un dios, mas fuera de él un niño.»

Ledru - Rollin había sido elegido en 1841 para reemplazar a Garnier - Pagés. Desde entonces hasta la famosa Revolución de Febrero, Ledru - Rollin nunca supo variar de lenguaje. Su palabra siempre calurosa, a menudo elocuente, lo designaba como dotado de un temperamento revolucionario aún más que republicano; y en el concepto general, era reputado un terrorista, si bien sus amigos, o por mejor decir los miembros de su partido que iban más allá que el tribuno, lo acusaban de ser pusilánime. Deseoso de ocupar el eminente puesto de caudillo del partido republicano, e impelido por la presión popular, Ledru - Rollin mostróse cada vez más pronunciado en su género, más extremado en sus opiniones.

Sin embargo, en la Cámara, Ledru - Rollin, limitado por las conveniencias parlamentarias, el auditorio hostil en su mayor parte, la severidad del reglamento, no podía desplegar su vuelo. Pero en los banquetes patrióticos que precedieron la Revolución de Febrero, la superioridad demagógica de Ledru - Rollin se mostró en todo su auge, y las vehementes palabras del diputado de Mans sonaron tremendas y amenazadoras como el toque de asonada que raja el viento y asuza la muchedumbre. Así, vehemente como Graco y Mirabeau, Ledru - Rollin pronunció entre otras estas palabras: «Al mal que por tantos años emponzoñó el país legal, ¿qué antídoto se propone? Medidas a medias, recursos mezquinos, puntales apollillados, diques impotentes. Oigo indignado la enumeración vergonzosa de las úlceras vergonzosas y enconadas que consumen el cuerpo social; mas, ¿dónde está el hierro poderoso que solo puede cicatrizarlo? Sucede a veces que los pantanos fétidos y estancados del Nilo, infectan la atmósfera con miasmas de co-

rrupción y epidemia; al paso que en su marcha pesada y tortuosa deponen el río en la playa gérmenes de muerte. Pero si en tales circunstancias se verifica una inundación benéfica, barrerá airado el Nilo en su impetuoso curso todas esas impurezas, dejando solo en las riberas elementos de fecundidad y vida.»

Ledru - Rollin, salvo los casos y trivialidad grosera, recuerda a Danton por la vehemencia, colorido y ascendiente en las masas. Como Danton posee una estatura elevada, un porte atlético, un temperamento indolente, cuando no lo anima el soplo de la elocuencia, una bondad natural, una franqueza ingenua, ausencia completa de rencor, y gran apego al hogar doméstico. Y al mismo tiempo agrega un desinterés a toda prueba, una abnegación sin igual, una urbanidad exquisita, y una bondad de corazón que no han podido menos de reconocer sus más acérrimos adversarios. Ledru - Rollin, ídolo de las masas, tribuno popular por excelencia, es el verdadero fundador de la República por su elocuencia y autoridad; y... el día 24 de febrero de 1848, Ledru - Rollin era el solo fiel a la tradición republicana francesa, el solo orador popular.

Atleta infatigable, había escalado la tribuna del Palacio Borbón cada vez que veía amenazados los intereses y libertades populares; repetidas veces tuvo ocasión de manciillar todas las torpezas de que quería el gobierno volver cómplice la nación, y sin tregua ni descanso para sí mismo ni para el gobierno, ahogó y defendió impávido y tenaz esas grandes cuestiones vitales por las que profesaba el gobierno la mayor indiferencia.

Como todos los oradores de temperamento sanguíneo, une Ledru - Rollin a la audacia, la impaciencia, el ardor, la franqueza, su voz varonil y vibrante es muy simpática a las masas; su lenguaje reboza de arranques de elocuencia, atrevimientos inopinados, y palabras de fuego que electrizan el auditorio. Por último Ledru - Rollin no reconoce superior entre los oradores modernos, y ni aún siquiera rival entre los de Febrero.

LUIS BLANC.

La Historia de la Revolución aumentó la popularidad de Luis Blanc, y el concepto general de que gozaba en el arte literario y político. El historiador fijó la irresolución de las conciencias de tantos ánimos timoratos, suspendidos entre la admiración y el terror de la Revolución; y por el hecho mismo, hizo un gran servicio a la ciencia y a las naciones desprendiendo de aquellos dramas oscuros y terribles, una filosofía política nueva. Si es permitido reconocer a las obras individuales una influencia directa en los movimientos populares, diremos que las obras de Lamartine, Michelet y Luis Blanc, decidieron ese heroico transporte de Febrero que, en algunas horas debía barrer la monarquía y elevar la república.

En el banquete de Dijon, el historiador de la Revolución francesa, dejando la pluma por la palabra, comentó un brindis al porvenir de la Francia, y saluda la ciudad inspiradora que encendió el genio del más elocuente apóstol de la democracia, del inmortal J. J. Rousseau . . . terminando con un destello oratorio que mostraba a la Francia dando la libertad al mundo entero . . . ¿Quién sostuvo en el Nuevo Mundo la joven América? La Francia, siempre la Francia; y, por un misterioso cálculo de la Providencia, la más antigua monarquía del antiguo continente fué la primera y única que voló al socorro de la primera república del nuevo.

Y lo que es cierto, señores de la Francia monárquica, ¿cómo podría dejar de serlo de la Francia republicana? ¿Acaso ofrece la historia ejemplo análogo a ese admirable desprendimiento de la república, cuando, después de haber vertido tanta sangre en las fronteras o en los cadalsos, aun halla en sus venas para sus hermanos de Batavia, cuando, tanto a los vencidos como a los vencedores, ilumina con los destellos de un genio? Que nos envíe la Europa diez y seis ejércitos, y nosotros les daremos la libertad. En efecto, en toda Europa la difundimos con tanta prodigalidad, que solo nuestros principios son los que animan a los pueblos que se levantan contra el despotismo. La Revolu-

ción que dormita en Francia vivifica la Suiza y la Italia. Pero nadie se engaña y todos reconocen que de la Francia viene la iniciativa, pues la Francia de las ideas, la Francia de los sentimientos, invade el orbe entero.

Así, nunca morirá nuestra patria, pues su existencia es una condición de la vida europea. Si la Francia pudiera perecer, nada podría colmar el vacío inmenso que resultaría para toda la tierra. Hemos visto nuestro territorio invadido por nuestros crueles enemigos; pero, apenas habían tocado nuestro sagrado suelo, cuando lo sintieron estremecerse bajo las plantas de sus caballos, y lo abandonaron amedrentados de su aparente triunfo. ¡Insensatos, que creían imponernos el despoísmo, y llevaban el contagio de la libertad!» Bajo el punto de vista de la belleza del estilo, del arte, de la energía y majestad de la imagen, la última parte de este discurso se asemeja a la elocuencia antigua.

Republicano acérrimo, Luis Blanc, encontró desde luego una resistencia en la pusilanimidad política de algunos de sus compañeros en el mando, y, secundado por Ledru Rollin, *Albert* y *Flocou*, abogó calurosamente por los derechos del pueblo. Fundada la República, Luis Blanc se pronuncia contra la pena de muerte cuya abolición consiguió, se declaró por la organización del trabajo, a pesar de la oposición de sus compañeros; defendió la causa popular el 16 de abril contra las tendencias de sus compañeros; se asoció al movimiento de la emancipación de las nacionalidades, y con una bandera polaca en las manos habló de la soberanía nacional, de la fraternidad de las naciones, e instó al pueblo a que dejase a la Asamblea la libertad de sus deliberaciones; proscrito en Londres, sostiene notablemente su destierro, es el centro de los refugiados franceses.

Lo que hace que Luis Blanc sea superior a casi todos los oradores contemporáneos es que, desde el principio de sus arengas, ve de un punto elevado el objeto a que tiende. A diferencia de tantos tribunos que marchan sin saber donde van, porque carecen de mérito, profundidad, convicciones y principios. Luis Blanc traza al rededor de sus palabras varias líneas de circunvalación que nunca traspasa.

En la tribuna, como en sus escritos, una vez entrado en la corriente popular de la libertad, se precipita con el torrente, muje con la tempestad. Orador por la pasión y la elocuencia, músico por la entonación de la voz, pintor por la mirada y el gesto, poeta por la expresión, Luis Blanc, sabe hallar la sonda del corazón de sus oyentes, y transportar el alma de sus lectores por esos arrebatos sublimes de convicción y sinceridad, de sencillez y grandeza, de que rebozan sus páginas.

VICTOR HUGO

Estimulado por los laureles de Lamartine, Víctor Hugo deseaba también una tribuna en que pudiese campear su genio, y sujetaba su bella imaginación al estudio de la política y de la economía; a pesar de los avisos y consejos de algunos amigos imparciales, que le repetían el consejo de Goethe a Lamartine: «La Francia no carece de hombres políticos, pero no posee un poeta como vos».

En el año de 1847 dice Timon, tuvimos ocasión de ver a Víctor Hugo en la tribuna de la Cámara de Pares. A la verdad no nos gustó; sus actitudes teatrales, su dicción enfática, sus frases campanudas, la pompa hueca de su lenguaje, el modo pretensioso de imitar lugares comunes, nos parecieron señales de falta total de cordura e impotencia de improvisación.

Más adelante, su profesión de fe a sus electores de París nos corroboró en estas ideas. Esta profesión de fe es un modelo de mal gusto, como forma amanerada fofa, y, bajo el punto de vista del fondo, es un sofisma perpetuo. Víctor Hugo admite dos réplicas: una benéfica, justa, austera, progresiva, desinteresada; y otra turbulenta, discolá, pendenciera, anárquica, incendiaria, sanguinaria, implacable. En otros términos Víctor Hugo separa todo lo bueno de la República, y todas las viejas acusaciones de los enemigos de esta forma de gobierno; de allí dos repúblicas diferentes.

Desde su entrada en la Asamblea Nacional, Víctor Hugo ha experimentado en sí una completa metamorfosis. Empujado por esa fuerza misteriosa a la que cedieron, antes de nuestro poeta, Chaltaubriand, Lammenais y Lamartine,

el poeta como el heliotropo se ha vuelto al sol levante, y adorado la República. Una idea purifica como un rayo de luz; Víctor Hugo ha perdido todos sus defectos sin perder ninguna de sus calidades, y alzándose con uno de los primeros puestos en la tribuna francesa. Lírico a la vez y sobrio, lleno de fuego y majestad, de calma y entusiasmo, de línea y color, el neófito republicano ha confundido repetidas veces a Montalembert, enardecido a su auditorio y arrancado aplausos hasta a sus mismos adversarios. Al mismo tiempo ¡cosa rara! sus discursos no solo son soportables a la lectura sino admirables, por su corrección, diseño y pulimento, en términos que, si no nos constase que fueron improvisados por las ocurrencias parlamentarias e interrupciones que lo motivaron, creeríamos que fueron trabajados y bruñidos con método y paciencia. Nosotros conocemos más de una persona que profesa por las arengas de Víctor Hugo una admiración tan completa y ardiente, que consideran al orador como la fusión de Demóstenes, Cicerón y Mirabeau, esto es de la dialéctica vigorosa, elegancia fluida y vehemencia patética.

Y esa justísima afirmación de crítico tan competente como Timón, se ha sostenido y confirmado durante toda la 3a. República francesa; y casi ha acompañado al insigne poeta y eximio orador liberal hasta los últimos días de su brillantísima e incomparable carrera.

GAMBETTA

León Gambetta, abogado y eminente político, nació en Cahors el 2 de abril de 1838. Abogado del Colegio de abogados de París en 1859, se distinguió por sus éxitos en las conferencias en las luchas electorales de 1863. Desde entonces en todos los círculos que se forman en torno de las nacientes celebridades, el porvenir oratorio y político de Gambetta no admitía duda. Sin embargo no eran las salas de la Corte de Justicia campo suficiente para él, ni terreno propicio los asuntos comunes; sus brillantes facultades requerían la defensa de las grandes causas políticas; y esa ocasión singular se le presentó cuando se suscitó la sus-

cripción a favor del gran repúblico Baudin, confiándole el Comité su causa. Todos recuerdan el elocuente anatema lanzado en pleno Palacio de Justicia contra el crimen del dos de diciembre y sus autores durante la omnipotencia de Napoleón III. Gambetta recordó entonces a Cicerón en su discurso *Pro Roscio*.

El brillo de la voz de Gambetta, la animación de su gesto, la mirada centellante, el desaliño de su vestido, todo revelaba en él una inspiración suprema que producía los más prodigiosos efectos. En vano el abogado imperial, el presidente de la Corte, ensayaron contener aquel torrente desbordado, aquella arena apasionada, aquella voz de trueno que subía en oleajes desbordados al triunfo de la justicia. Desde entonces conquistó el primer lugar entre los oradores republicanos; y el *Figaro*, con todo y no ser su partidario, esbozaba así la figura del gran tribuno: «Ego nominor Leo, Gambetta es un orador de raza. Para tan grande elocuencia le es necesario a este atleta de la palabra grandes salas, grandes espacios, grandes cuestiones a la altura de su gran talento. Al solo ver esa ancha y sólida contestura de pecho, ese potente cuello que sostiene una cabeza escultórica, ese puño vigoroso y hecho para amartillar las ideas sobre la tribuna, ese ojo de cíclope, donde se concentraran todos los fulgores de una alma ardiente, se comprende que no se tiene delante de sí a un simple declamador, sino a un dogo de combate, de esos que desdeñan los mastines y se reservan para los verdaderos golpes de zarpa. Su voz amplia y sonora, con redundancias meridionales que amenizan la narración, se vuelve una música en el discurso; las ideas se precipitan enérgicas y altivas, en un lenguaje ardiente y figurado, sobrio, elegante que encanta primero al auditorio, y después lo subyuga, lo conmueve, lo levanta».

Esta fama ya le precedía de mucho antes, puesto que en 1862, recordamos que este insigne orador y esclarecido patricio corría en el Barrio Latino de París como el más brillante justador del elemento joven, y que el café Procopio y los hoteles del bullicioso barrio estudiantil, eran sitios donde renovaba su vehemente palabra. Esa fama y

sus méritos incontestables lo llevaron a los bancos del Parlamento elegido a la vez por París y Marsella, en 1869, colocándose en los rangos de los *irreconciliables*. Su primera brillante victoria fue la defensa de la memoria del periodista Víctor Noir, asesinado por Pedro Bonaparte, y desde entonces fue designado como jefe del partido democrático, revelándose como orador político de primer orden, no menos que hábil y poderoso polemista, haciéndose escuchar con simpatía en una Asamblea nada favorable a sus ideas, donde dominaba el imperialismo.

Culminó entonces su popularidad: sus triunfos fueron numerosos y brillantes en el Parlamento; en los clubs, en todas las reuniones políticas, en todos los grandes movimientos sociales, demostrando sin tregua ni reposo todo su espíritu liberal y progresista. Pero su verdadera y magnífica actuación fue como miembro de la defensa nacional, el 4 de septiembre de 1870, al proclamarse la república después del desastroso fin del segundo imperio en Sedán. Se trataba de la resistencia al germánico triunfante, cortadas ya todas las comunicaciones de París con las provincias. Se le designó entonces, como Ministro del Interior que era y como el más esforzado patriota, para ir a Tours a levantar el ánimo de las provincias y crear ejércitos que su fuga revolucionaria levantó como por encanto. Salió de París en globo, pues ya el asedio de la gran capital era casi completo, y aterrizó en Montdidier, y de allí pasó a Amiens y a Ruan, y en una elocuente proclama a Francia, llamó a todos los patriotas, a todas las provincias para llevar a la capital el esfuerzo de sus brazos: electrizó todas las almas, levantó un entusiasmo indescriptible, movió las grandes masas de móviles, aumentó los efectivos y dio vigorosa organización a los ejércitos que todavía dieron algunas ventajitas y glorias a Francia a orillas de Loira y en Coulmiers, prolongando así heroicamente una seria resistencia contra las grandes masas del ejército alemán.

El Imperio dejaba a Francia sin recursos y a merced del enemigo; era necesario inventarlo y crearlo todo, improvisarlo todo en medio del mayor desorden y confusión.

Y aquí fué el participio de Gambetta en ese su esfuer-

zo gigantesco, en esa organización sin ejemplo que glorificará al hombre en estos rasgos incomparables de su defensa improvisada bajo el fuego del enemigo, en medio de poblaciones abatidas por los desastres.

La capitulación de Metz, anatematizada por él como un crimen de lesa patria, la anunciaba así a la Francia: «Franceses, elevad vuestras almas y vuestras resoluciones a la altura de los formidables peligros que rodean la patria. Solo de vosotros depende contrarrestar la mala fortuna y mostrar al mundo de lo que es capaz un gran pueblo que no quiere perecer y cuyo valor se exalta aun en medio de las catástrofes. Metz ha capitulado. Un general sobre el cual contaba la Francia, aun después de México, acaba de privar a la patria de cien mil de sus defensores. El general Bazaine ha traicionado; se ha hecho el agente del hombre de Sedán, el cómplice del invasor, y, con desprecio del honor del ejército de que era jefe, ha entregado sin tentar un supremo esfuerzo, 120,000 combatientes, 20,000 heridos, sus fusiles, sus cañones, sus banderas y la más fuerte ciudadela de Francia, Metz, virgen hasta entonces de la planta del extranjero.

Semejante crimen está muy por encima de todos los castigos de la justicia.»

Después de este desastre vemos a Gambetta multiplicarse prodigiosamente, y lleno de una actividad febril y de una concepción inteligente y grandiosa, activar la organización de nuevos ejércitos, envalentonados con las victorias de Coulmiers, del Loira y Orleans para afrontar las masas de Federico Cárlos libres ya por la caída de Metz. Se dirige a Bourges, centro de organización militar; exalta los ánimos con los éxitos de Champigny y Busenval; Chansy defiende palmo a palmo el terreno de Orleans al Mans; un nuevo ejército se confía al valor de Bourbaki para operar en el Este cortando las comunicaciones del enemigo, operación feliz que seis meses antes hubiera salvado al país; va a Lyon y lo fortifica; pasa a Burdeos y obtiene hombres y recursos; pasa a Lille para apoyar al heroico Faidherbe; no le hacen desmayar los reveses del Mans y San Quintín, hasta que sobrevino, a su pesar, la capitulación de Pa-

rís, cuando él esperaba hacer un último esfuerzo que confiaba a los tres grandes ejércitos que tenía organizados y que tenían en jaque al enemigo y a los 300,000 movilizados que habría entusiasmado al delirio, los habría armado y equipado, y si al menos no contaba detener tanto desastre, creía prolongar más la guerra y obtener mejores condiciones de paz.

Todos estos milagros los obró, sin duda, el ardiente patriotismo de Gambetta; pero fieles a la verdad, debemos asegurar también que se debieron a sus extraordinarias facultades oratorias, al impulso vigoroso de su palabra que se oía y admiraba en todos los lugares, a aquel talento superior, a aquella energía incontrastable, al único hombre capaz de galvanizar a aquel cadáver que era entonces la Francia.

NOTABLES ORADORES ESPAÑOLES

EMILIO CASTELAR

Si la fama guarda proporción con el mérito, Emilio Castelar ha traslimitado el círculo de la grandeza común, y es grande de primera clase, en esa heráldica resplandeciente donde están amontonadas las condecoraciones de la inteligencia y la sabiduría. El telégrafo se apodera de los discursos de este insigne español, tan pronto como se desprenden de sus labios, y en vuelo portentoso los lleva del uno al otro extremo de Europa. El Nuevo Mundo es testigo de la palabra que se dilata por el recinto sacrosanto de las leyes de nuestra antigua madre patria; no le faltan sino el oído y la vista para acabar de admirar y aplaudir al orador competidor de los más renombrados de Grecia y Roma.

Al poeta no necesitamos verlo; al orador sí: orador escrito es muy diferente cosa de orador hablado; ojos, cara, semblante en general, acción, manera, gesto, rasgos son que le dan cuerpo a ese grande artista de ideas y sentimientos del ánimo. Orador sin palabra, orador escrito, es rayo sin estallido; y el trueno es lo principal en este grandioso fenómeno de la naturaleza.

Los que no han oído a Castelar, no le conocen; Castelar en periódico, Castelar en libro, no es Castelar en la tribuna. La oratoria entre las artes liberales, será siempre

la más noble y poderosa. La acción es el cuerpo de la elocuencia; y aún por eso un célebre trágico producía los más terribles efectos sin articular una palabra, tan sólo con el gesto y los ademanes. Viéndolo estoy a Castelar, sin conocerle; su robusto pecho sale afuera: su cabeza, si melenuda, como la de Mirabeau; su calva como la de Cicerón, se levanta regiamente sobre sus hombros; su mirada rompe el espacio, y señala allá en el tiempo el triunfo de la libertad y la justicia; sus brazos caen como palancas poderosas en ademán apasionado; sus manos se hunden en el abismo, y de allí sacan las cosas que él quiere poner a la vista de todas las Naciones y gentes; su voz se ejercita en diapason infinito, grave y profundo. Si consejos de la razón, Mentor vivo; si lástimas y desgracias de los pueblos, padre atribulado; si orgullos nacionales, soberbias patrióticas, águila irritada, triunfos y alegrías, Apolo radiante de estremecimiento y amor; si cólera, trueno. Cuando muera, su asiento está entre los grandes oradores de nuestros tiempos, Chaltan, Burtre, Mirabeau, Berryer, Gambetta.— (J. MONTALVO).

Y para resumir, diré con los más insignes críticos del gran orador español: Castelar, muerto ya en 1899 en San Pedro de Pinatar (Murcia), es el más eximio apóstol de la idea, la encarnación grandiosa de todas las amplitudes del espíritu, de todas las pompas y magnificencia de la palabra, expresada en la lengua más sonora y majestuosa, y sostenida por esa su naturaleza espléndida, viva y expresiva del genio, del ademán vigoroso, de una memoria colosal, de una erudición enciclopédica, de una inspiración llena de fuerza y de soberbio colorido, de arrastrador empuje. Semejante a la catarata bullente, al rayo, al desbordamiento olímpico de la palabra, el orador eximio se dilata, crece, estalla, rebulle todas las cosas humanas con mano poderosa, y hace propagar el estruendo del verbo en monumentales e insuperables períodos. Las ideas concebidas por su colosal cerebro son servidas por su palabra de manera admirable, como el rayo de luz que se desprende de un foco y cae bajo la amplitud de un lente poderoso que la amplifica e irradia en mil reverberaciones y coloridos.

Sin duda ha habido y aún hay oradores que han superado a Castelar en sobriedad, claridad y sencillez, en habilidad abogadil, en la vehemencia del apóstrofe, como Mirabeau; pero ninguno, ni antes ni hoy ha podido superarle en la magnificencia de la expresión en la sonoridad de los períodos, en la superabundancia del colorido y de la idealidad, en la ternura del corazón, en la alteza del sentimiento y de la fantasía, en el paroxismo de la emoción llevado hasta dominar y exaltar a las multitudes en pos de los grandes temas de sus discursos.

Desaparecido ya ese astro de "primera magnitud de la tribuna moderna, nadie hasta hoy ha podido igualar su genio, ni en los recintos del arte oratorio han resonado tantas cosas ni tan sublimes pensamientos deificados por la elocuencia.

Este ilustre gaditano es el ejemplo portentoso de una vida la más ejemplar, fecunda y laboriosa. Filósofo, historiador, enciclopedista, poeta, idealista, economista, todo lo reunió en sí, todo lo abarcó, todo lo ~~ad~~divinó y encerró en las gigantescas redes de su gran talento, de su frase apocalíptica, de su estilo deslumbrante, pintando con los más refulgentes tintes todo lo excelso y divino del pensamiento.

NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO

Personaje de larga historia y de inúmeros merecimientos era el señor Salmerón, entre la nobilísima pléyade de pensadores y políticos españoles, en las postrimerías del siglo XIX. Último que sobrevivió a los cuatro insignes presidentes que tuvo la República española, fue sólido pedestal en torno del cual se agruparon todos los republicanos, marchando bajo su experta y acreditada Jefatura a la consecución de los grandes fines de la causa republicana, que entonces se presentaba a todos los espíritus como el porvenir y el florecimiento de la nación española.

No alcanzó entonces, por múltiples causas, como Moisés, a conducir a su pueblo hasta la tierra prometida; eso que él era entonces el Josué de la obra comenzada, envuelto en los soberbios resplandores de su magnífica elocuen-

cia que escribía bajo el dios de la inspiración, las tablas de la ley, la profecía de las grandes doctrinas democráticas que se han regado por todo España como un raudal desbordante e incontrastable.

Salmerón no es sólo una gran figura española; es una gran figura europea, un gran apóstol de la libertad y del progreso universal. Contemplado bajo el aspecto de orador, que es el que más nos atañe aquí, Salmerón es un grandilocuente por la expresión y el gesto, por la actitud, por la voz, por la fuerza incontrastable de su dialéctica, por un conjunto de cualidades, que lo hacen aparecer con caracteres de oro, en el libro de los grandes tribunos del siglo XIX y en los primeros años de la nueva centuria.

Como Jefe del Poder Ejecutivo, ¡qué grandeza de carácter! ¡qué talla moral de hombre probo, justo, magnánimo! Prefiere bajar de la presidencia de la República, que firmar una sentencia de muerte, pena bárbara y cruel opuesta a sus principios. Pobre de bienes de fortuna desciende del Gobierno sin tocar varias centenas de miles de pesetas que la ley de presupuestos pone a su orden para gastos personales, por creer que esa inversión es onerosa para el Estado.

Nunca, en ningún país ni en ninguna época, la suprema justicia social recibió tanto honor y fue colocada por él en lo más alto del solio de sus augustas funciones. Y fué por ese carácter de magnanimidad que la República española fue atropellada por un sable monárquico.

Esos solos rasgos, mejor que un volumen y que toda su gloriosísima historia, ¿no son dos relámpagos esplendentes que alumbran un inmenso cielo de grandeza?

ANTONIO MAURA Y MONTANER

Nombrado últimamente Director de la Real Academia Española, la personalidad del señor Maura es conocida de todos por sus méritos eminentes que le han hecho brillar como insigne estadista, orador ilustre y abogado eximio en el foro como en el Parlamento, y se le cuenta entre las

más preciadas glorias de la tribuna española. En el discurso que pronunció en el acto de su recibimiento en la Academia en Noviembre de 1903, está contenido artísticamente con maestría y dón de su propia experiencia todo el arte de la moderna oratoria.

Maura es de los oradores que encadena sus ideas de modo admirable; no avanza su peroración sin hacerse cargo de las objeciones, no deja enemigos a retaguardia; no discurre a saltos, no trastroca los temas, se preserva de digresiones y episodios superfluos; su lógica es clara, nerviosa y bella, resistente a la crítica. La preparación de sus discursos no solo la fia a la memoria, sino al sentido y al fin; es superior por la originalidad de las expresiones, gemelas del pensamiento, por la espontaneidad que mejora el discurso, nutriéndolo y disciplinándolo; no recarga los conceptos, accidentes e ideas que alargan el discurso, aunque siendo lacónico, el caudal de ideas favorece el desarrollo, siendo claro y conciso. Sus exordios son breves como para ganar la atención y benevolencia del oyente. En medio de su concisión recama muy bien el estilo, ostentando la pedrería, las suntuosidades retóricas, y sin sobrecargar artificiosamente la oración, la exorna con las figuras y galas, con selectas imágenes que ponen de relieve todo el oro de su talento. Su primer cánón estético es la proporción y la armonía, y solo la naturaleza del asunto es la que le impone templanza o elevación del tono y del estilo, sin hinchazón ni afeites. ¡Cómo en su largo discurso en la Academia supo dar variedad de tonos y matices, gravedad y agudeza y excitar las nobles emociones!

Como verdadero orador es de los que no se avienen con el encogimiento. Empuña el timón para dirigir su nave y asume su dominio con envidiable energía, sin petulancia, pero con enérgica suavidad; así es que con la recia nervatura de sus discursos y con la entonación adecuada, sabe llegar al colmo de la emoción patética.

Y, confirmando lo anterior, el ilustre señor Silvela al contestar su discurso decía: «La elocuencia en la palabra hablada es facultad a que la Academia ha otorgado siem-

pre marcado galardón, llamando a su seno a cuantos con fortuna y crédito cultivan arte tan excelente, y no era bien tardaran en abrirse las puertas de este Instituto a orador forense y parlamentario de las condiciones extraordinarias que se reúnen en don Antonio Maura.

Los discursos en el Foro, en el Parlamento, en la tribuna del Ateneo y Asambleas políticas o profesionales, llevan todos el sello de un estilo propio y personal, que no obstante la diversidad de los asuntos, revelan siempre, y con parecidos caracteres, al genial artista. Desde sus primeras palabras penetra con ímpetu vigoroso en las entrañas del asunto y sujeta la atención del auditorio por la acción, atrayéndola a contemplar la lucha resuelta y hasta violenta que emprende desde luego con las dificultades del problema o de las situaciones que le han llamado al combate. Sus conceptos, sus afirmaciones, sus réplicas, desbistan el bloque que tiene delante de sí para labrar la obra propuesta; y es maravilla ver cómo va brotando la figura del discurso, erguida, esbelta, de líneas precisas, firmes y severas, de entre las astillas que al choque de sus palabras saltan sin cesar en el aire y cubren en pocos momentos el suelo. Las imágenes que su fantasía pródigamente le ofrece, las comparaciones, las metáforas, no son en sus discursos cuadros o adornos o viñetas destinadas a recrear al oyente, sino rapidísimas chispas que brotan, como a su pesar y al descuido.

Al oír a Maura se lucha con él o contra él; es fuerza pasar de oyente a combatiente; arrastra el ánimo y sojuzga la convicción, de suerte que nadie se puede reducir a ser admirador pasivo de su empeño; y los más ariscos y apartados de él cuando empieza a hablar, si tienen el ánimo libre o indeciso, se someten a sus rigurosos razonamientos, y sienten vencida su voluntad a acompañarle en su intento, y si les domina contradicción irreductible, se aprestan a la defensa, pero nadie queda en el reposo, en la pacífica admiración de una obra meramente bella. Tal es el varón sabio, fuerte, virtuoso y elocuente que ocupa la atención pública de la política española.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

El señor Cánovas nació en Málaga en febrero de 1828 y dedicóse desde sus primeros años al estudio de las ciencias exactas, pero su tendencia irresistible era el cultivo de las letras, sobre todo el estudio de los clásicos de la Historia y de los sistemas filosóficos que se disputan la dirección racional del espíritu humano. En 1845 vino a Madrid y gracias a influencias de familia se colocó en un destino de la Dirección del ferrocarril de Madrid a Aranjuez. Su pluma le dió recursos para vivir y en 1849 ya era redactor de la Patria, y publicó estudios históricos que le conquistaron fama.

En 1854 tomó parte en la revolución llamando la atención como hábil político, y triunfante aquel movimiento liberal, Cánovas formó parte del Ministerio como encargado de la correspondencia y en las Cortes como diputado. En 1864 aceptó la Cartera de Gobernación, y en el Ministerio de González Bravo la de Ultramar y Hacienda. En 1869 en las Cortes Constituyentes inició su brillante carrera de orador, terciando con grande habilidad y elocuencia en los debates constitucionales y en las tempestuosas discusiones de aquella Asamblea, donde brillaba el rayo de la grandilocuencia de Castelar. Fiel a sus ideas se separó de la política al advenimiento de Amadeo I en 1870, rehusando altos puestos que este príncipe le ofrecía, reservándose para los días por él tan esperados de la Restauración de don Alfonso XII, y triunfante ésta en 1874, Cánovas ocupó el más alto puesto político, poniéndose a la cabeza del Ministerio-Regencia, dirigiendo los destinos del país en la presidencia del Consejo de Ministros.

Grande estadista que ha tomado parte en casi todas las grandes cuestiones vitales de la política española, Cánovas es reconocido como uno de los primeros oradores políticos de la península; y ya en la oposición como en el gobierno era un polemista temible en las lides de la palabra. Una de las raras cualidades que tenía era su maravillosa facilidad de improvisar teorías, que falsas o ciertas, decoraba él con las más brillantes apariencias. En sus

principios su ademán era muy vehemente y brusco y tenía la costumbre de golpear fuertemente la tribuna, efecto de muy mal gusto opuesto a las conveniencias y a las reglas de la buena retórica, por lo que se le llamaba «el hombre de los buenos golpes»; pero andando el tiempo corrigió ese gesto imperativo y muchas veces importuno, y adoptó su ademán con naturalidad a las diversas situaciones de sus magníficos y bien pensados discursos, que le dieron fama entre la pléyade de los grandes oradores. Su palabra era poco expresiva y a veces incorrecta, pero tenía la magia de un razonamiento sólido e incontrastable, de una abundancia y oportunidad en todas las facetas de la discusión que le hacía triunfar del adversario en los más intrincados debates.

SALUSTIANO OLÓZAGA

Estadista español, nacido en Logroño en 1803, muerto en Enghien en 1873. Ejerció la abogacía en su pueblo natal, se afilió allí en una sociedad secreta; implicado, en 1831, en una conspiración contra Fernando VII, fue preso, logró evadirse, y penetró en Francia; no regresó a España sino dos años después de muerto el Rey. Olózaga fue electo diputado a Cortes, desplegando una actividad e inteligencia superiores, y, en el Ministerio de Isturiz fue escogido como orador de la oposición (1835). El año siguiente se unió al Ministerio Mendizábal, y caído éste, se colocó a la cabeza de la oposición monárquica. Su actuación en las Cortes, como orador eminente en los debates constitucionales, fue prominente pidiendo la restricción del poder real, la conservación del Senado, la reforma electoral, la abolición de diezmos, la amnistía general. Rivalidades con Espartero, jefe entonces del Ministerio, lo alejaron de la política militar, y para desembarazarse de él, envióle aquél a París en calidad de embajador. Declarada la mayor edad de Isabel, Olózaga fue llamado para formar el Gabinete que debía reemplazar el de M. López.

Sucesivamente, caído y expulsado, y vuelto a España llamado para ocupar puestos culminantes, Olózaga se ad-

hirió a Espartero en la revolución triunfante de 1854, y electo diputado, combatió a los progresistas en una serie de memorables y elocuentes discursos, haciendo sentir el poderoso influjo de su palabra y de sus vastos conocimientos políticos y administrativos, siendo el alma de la redacción de la Constitución de 1855; votó entonces con los progresistas todas las leyes liberales, la enmienda de Figueras relativa a los títulos nobiliarios, la censura contra el general O'Donnell. En 1868 tomó parte brillantísima en los memorables debates de las Cortes, donde no obstante la pléyade de brillantes oradores que descollaron entonces, dominaba la tribuna con el brillo de su palabra y el poder de su inteligencia, ocupando el puesto de presidente de la Comisión de constitución. Recesadas las Cortes, volvió a su embajada en París, adhiriéndose al gobierno de Amadeo. Proclamada la República en 1872, Olózaga dió su dimisión; pero a instancias de Castelar, continuó en la representación de España en París. En este tiempo sus altos merecimientos dispusieron a un grupo de notables políticos españoles para dar al viejo e insigne estadista, como galardón por sus servicios, el rol que Thiers representaba en Francia; pero debilitado por los años y por los achaques, Olózaga rehusó entrar en esa honrosa y justa combinación, y retirado ya de la embajada, se extinguió suavemente en su retiro de Enghien, cerca de París.

PRÁXEDES MATEO SAGASTA

Sagasta nació en Castilla la Vieja en 1833. Hizo sus estudios en Madrid, y tomó activo participio en el levantamiento que se verificó en Madrid en julio de 1856; en seguida se dedicó al profesorado y al periodismo redactando en jefe la «Era», órgano del partido progresista. Hizo entonces una fuerte oposición a la política ministerial, y electo diputado en 1875 se señaló en los debates parlamentarios como orador de gran talento. Su tendencia marcada no eran las deliberaciones parlamentarias, sino las aspiraciones políticas, y logró entonces ser uno de los jefes del partido progresista, asociándose al general Prim en 1866

para derrocar el Ministerio de la reina Isabel. Sofocados los movimientos de esa insurrección, Sagasta que estaba muy comprometido en ellos, tuvo que refugiarse en Francia. Durante la revolución de 1868 volvió a España, y le fue encomendada la Cartera del Interior. Durante ese tiempo, olvidando las ideas que había defendido y separándose de sus amigos que quedaron fieles a los principios, impuso medidas rigurosas de represión que le atrajeron grandes odios de parte de los republicanos. En seguida, de acuerdo con Serrano, anduvo solicitando, sin éxito, en ciertas Cortes extranjeras, un rey para España, hasta que asociado a Prim, hizo aceptar la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, que fue causa de la ruptura entre Francia y Alemania en 1870. En noviembre de ese año, electo por las Cortes Amadeo, Sagasta ocupó la Cartera de Gobernación y el 24 de mayo del siguiente año asumió la presidencia del Consejo; su administración fue muy impopular, y no pudiendo aniquilar la insurrección carlista, dió su dimisión, y no volvió a aparecer en la escena política sino en enero de 1874, cuando el general Serrano tomó la dictadura, siendo nombrado Ministro de Hacienda y después de Gobernación en lugar de García Ruíz.

No obstante que Sagasta era monárquico y reaccionario a la república, a la caída de Isabel II, se unió con los republicanos moderados y acercándose a Castelar, tuvo entonces un período brillante de oratoria en las Cortes de 1874 en que imperó la República española. Sus discursos contribuyeron a darle respetabilidad y prestigios en los debates constitucionales, dando base al gobierno. Nadie como él desenredaba mejor el hilo embrollado de una discusión; y si había algunos oradores obstruccionistas que erizaban el debate con enmiendas, con réplicas insubstanciales, con disgresiones importunas, Sagasta, recogía, limpiaba toda aquella broza, restituía la cuestión, la resumía admirablemente e introducía el orden lógico con tanta claridad y fuerza que aquellos mismos que se le oponían abandonaban el campo y lo dejaban dueño de él.

Sagasta manipuló la política de los partidos como hábil estadista, jugando siempre a dos cartas, aunque en ver-

dad su verdadero objetivo era el triunfo de la monarquía hereditaria. Así, separado del último movimiento republicano que tendía a regenerar a España en las vías del gobierno y de la administración, hizo acto de adhesión, con singular volubilidad, en junio de 1875 en favor de don Alfonso XII, expresando con entusiasmo la más viva simpatía por la nueva reyecía.

ANTONIO DE LOS RÍOS Y ROSAS

Estadista español nacido en Ronda (Andalucía) en 1812, murió en noviembre de 1873. Abogado distinguido, fue electo diputado a Cortes en 1837, Río Rosas formó en los rangos de los conservadores monárquicos, combatió a Espartero cuando se apoderó del poder. A la caída del duque de la Victoria, Río Rosas fue nombrado por Narváez miembro del Consejo de Estado apoyando su política, pero partidario de la legalidad, rehusó su cooperación a ese hombre de Estado, cuando quiso restablecer por la fuerza el poder absoluto, y fue destituido, cuando en 1854 O'Donnel se puso a la cabeza de la revolución para derrocar el Ministerio de San Luis; Río Rosas formó parte del Ministerio presidido por el duque de Rivas. Al ingreso de Narváez al poder, fue electo diputado a Cortes y presidente de ellas, y en 1868 asumió la presidencia del Consejo de Estado. En las Cortes Constituyentes combatió enérgicamente al partido republicano y contribuyó a la elección de Amadeo. Fué ese un brillante período para Río Rosas como orador por excelencia. Su palabra es franca, sonora, abunda en una dialéctica vehemente y espiritual. Firme en los estribos es uno de esos que no intimidan las interrupciones, ni se aturde por el clamoreo de una cámara o de una barra tempestuosa; su ademán es siempre firme, expresivo, caballeresco, y sigue con habilidad y naturalidad todos los giros de su palabra elegante y armoniosa que se eleva en transportes de elocuencia que somete voluntades y opiniones, al favor de pensamientos enérgicos y de imágenes iluminadas con los más vivos coloridos. Su dicción es grave y clara con pausas bien medidas, con ntonacio-

nes variadas, con vigor y suavidad, según las situaciones, con agudezas que amenizan el discurso; y sobre todo, con una concisión que, sin ser pobre, da claridad a la discusión, sin extraviarse un momento en los laberintos variados de un debate. Tal demostró también con su elocuencia de acero en las célebres batallas parlamentarias de las Cortes de 1873, donde su talento y vibrante palabra tuvo siempre a raya a los más célebres oradores republicanos, y solo se eclipsaba ante el gigante de la oratoria española, Emilio Castelar, el único que pudo envolverle en las poderosas redes de su elocuencia; al grado de que convencido que la guerra civil ganaba terreno en España con las intransigencias de los carlistas, se adhirió a la idea de fundar en España una república conservadora para restablecer el orden y apoyó al gobierno de Castelar.

Memorable fue su discurso a propósito de la heroica defensa de Estella contra los Carlistas, que obtuvo los aplausos de toda la Cámara, donde después de relatar elocuentemente todas las desgracias porque habría pasado España, fulminó el despotismo de don Carlos y sus descendientes; abatió la teocracia y el reinado de la inquisición; y su voz, como un oráculo, se extendió por todo España y Europa, al lanzar terribles anatemas y sangrientos sarcasmos contra don Carlos y sus satélites, obteniendo un voto de confianza para el gobierno de Castelar. Orador de una rara elocuencia, de fuga impetuosa, hombre de Estado incorruptible, Ríos Rosas murió a poco de estos brillantes triunfos en las Cortes, en la miseria más absoluta, y el Gobierno de la República, atendiendo a sus altos merecimientos, decretó suntuosos funerales por cuenta del Estado.

APENDICE.

APÓSTROFE EN LA ORACIÓN CONTRA CATILINA.—CICERÓN

¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? ¿Cuanto tiempo eludirá tu rabia nuestras leyes? ¿A qué término llegará tu audacia? ¡Como! ¿ni la guardia nocturna del monte Palatino, ni las fuerzas esparcidas en toda la ciudad, ni la consternación del pueblo, ni este concurso de los buenos ciudadanos, ni el lugar fortificado escogido para esta asamblea, ni la mirada indignada de todos los senadores, nada ha podido retraerte? ¿No ves que están descubiertos todos tus proyectos? que tu conspiración está rodeada de testigos, encadenada por todas partes? ¿Piensas que ignoramos lo que has hecho la noche última y la que ha precedido, en la casa que has estado, los cómplices que has reunido y las resoluciones que has tomado? ¡oh tiempos! ¡oh costumbres!

Todos estos complots el senado los conoce, el Cónsul los ve, y Catilina vive todavía! Vive ¡qué digo! viene al senado y es admitido entre los consejeros de la república; escoge y señala entre nosotros aquellos a quienes quiere inmolar. ¡Y nosotros, hombres llenos de valor, creemos hacer bastante por la patria, si evitamos su furor y sus puñales! Hace mucho tiempo, Catilina, que el cónsul hubiera debido conducirte a la muerte y hacer caer tu cabeza bajo la misma cuchilla que levantas contra nosotros. El primero de los Gracos atentaba contra el orden establecido de las

innovaciones peligrosas; un ilustre ciudadano, el gran pontífice C. Escipión, que sin embargo, no era magistrado, castigó su delito con la muerte. Y cuando Catilina se apresta a convertir el universo en un teatro de carnicería y de incendios, ¿no le castigarán los cónsules? No recordará que Servilio Ahala, para salvar la república de los horrores que meditaba Spurio Melio, le mató con su propia mano: tales ejemplos son muy antiguos. No existe ya, no, no existe ya aquel tiempo en que los grandes hombres cifraban su gloria en herir con más rigor a un ciudadano pernicioso que al enemigo más encarnizado. Hoy un senado-consulta nos arma contra tí, Catilina, con un poder terrible. Ni la sabiduría de los cónsules, ni la autoridad de éstos ordena se falte a la república; solo nosotros, lo digo con franqueza, solo nosotros, cónsules sin virtudes, faltamos a nuestros deberes . . . ¿Cuántas veces ese mismo puñal, con el cual nos amenazas, no ha sido arrancado de tus manos? ¿Cuántas veces no lo ha derribado una casualidad imprevista? Y sin embargo, es preciso que tu mano lo vuelva a levantar otra vez. ¡Dinos, pues, sobre qué honroso altar le has consagrado, y qué voto sacrilego te obliga a sumergirlo en el pecho de un cónsul! ¿A qué vida desde ahora estás condenado, Catilina? Pues quiero hablarte en este momento, no ya con la indignación que te mereces, sino con la piedad a que tampoco eres acreedor. Acabas de entrar en el senado: pues bien, en una asamblea tan numerosa, donde tienes tantos amigos y deudos, ¿cuál es aquel que no ha desdeñado saludarte? Si nadie antes que tú sufrió semejante afrenta, ¿por qué no esperas que la voz del senado pronuncie la sentencia tan fuertemente expresada por su silencio? ¿No has visto a tu llegada quedar vacíos todos los asientos de tu derredor? ¿No has visto a todos estos cónsules, cuya muerte has resuelto tantas veces, abandonar sus puestos cuando tú te has sentado? ¿Cómo puedes soportar tanta humillación? (Antes esta invocación del mismo).

¡Dioses inmortales! ¿En dónde estamos? ¿En qué ciudad, ¡oh cielos! vivimos? ¿Qué gobierno es el nuestro? Aquí, padres conscriptos, aquí mismo, entre los miembros de esta asamblea en este consejo augusto, donde se pesan los des-

tinios del universo, traidores conspiran mi pérdida, la vuestra, la de Roma, la del mundo entero. Y a estos traidores el cónsul los ve y oye sus dictámenes acerca de los grandes intereses del Estado, cuando su sangre debería correr, y no los hiere ni aún con una palabra ofensiva.

Invocación.—Mirabeau dirigiéndose a la clase media de Marsella que lo había nombrado diputado:

«¡Oh, Marsella! ciudad antigua, ciudad admirable, asilo de la libertad, pueda la regeneración que la nación entera aguarda, vertir en tí sus beneficios! La voz me falta para decirte lo que siento, lo que pienso, lo que abrigo; pero mi corazón me queda, un corazón inagotable, que no cesa de hacer votos por tu felicidad.»

Comparación.—Ejemplo bellísimo es el siguiente de Mirabeau, de una elocuencia elevadísima: «En todos los tiempos y regiones, persiguieron implacablemente los grandes a los amigos del pueblo, y, si por inesperada combinación de fortuna, elevóse del seno de la aristocracia un amante desinteresado de la humanidad ultrajada, sobre éste descargóse de preferencia la saña de los nobles, deseosos de inspirar el terror por la elección de su víctima.»

Así pereció el último de los Gracos de la mano de los patricios; pero, herido del golpe mortal, arrojó un puñado de polvo al cielo, invocando a los dioses vengadores, y de aquel polvo nació Mario, menos grande por haber exterminado a los Cimbros, que por haber abatido en Roma el orgullo de la nobleza.»

Aquí Mirabeau se compara a Graco, proscrito por el senado de Roma, y hay también en este magnífico movimiento oratorio amenaza a la nobleza.

Sentencia.—Interrumpido Mirabeau por el diputado d'Espreménil, que pide se llame al orden al orador por haber atacado la inviolabilidad del rey, contestóle con esta réplica sentenciosa:

«Todos habéis oído la suposición que he hecho de un rey déspota y rebelado, el cual, al frente de un ejército de franceses, acude a conquistar un lugar entre los tiranos; pues bien en este caso un rey cesa de ser rey.»

Epifonema.—A los que pretendían que la petición al

rey para que renovase los ministros había perdido la Inglaterra, Mirabeau les contesta así:

«¡La Inglaterra está perdida! ¡Ah, Dios mío! ¡qué infausta noticia! ¿Y en qué latitud se ha perdido? ¿Qué terremoto, qué convulsión de la naturaleza ha llegado a tragar esa isla famosa, ese inagotable foco de grandes ejemplos, esa tierra clásica de los amigos de la libertad?... Pero no hay que apurarse.... La *Inglaterra se cura en un glorioso silencio* de las heridas que ella misma se infligió en un periodo de delirio y calentura. La Inglaterra florece aún para la eterna instrucción del mundo.

Metáfora.—Dantón dirigiéndose a la Convención: «Montaña para siempre memorable en los fastos de la Historia, sed el Sinaí de los Franceses; lanzad en medio de rayos los eternos decretos de la justicia y de la voluntad del pueblo; agitaos y estremeceos a su voz. Montaña santa, sed el cráter cuyas abrasadoras lavas consuman los malvados y traidores. París, como el monte Etna, debe expeler de su seno la aristocracia calcinada.»

Y esta de Vergniaud: «La Revolución es como Saturno que devoraba a sus hijos.»

Perifrasis.—De Vergniaud: «Si nuestros principios se propagan con lentitud entre las naciones extranjeras, es porque su brillo se halla oscurecido por sofismas anárquicos, movimientos tumultuosos, y, sobre todo, por un vapor de sangre.» Cuando por vez primera se prosternaron los pueblos ante el sol, llamándole Padre de la naturaleza, ¿pensáis acaso que oscurecían el astro benigno negras y apiñadas nubes precursoras de destructoras borrascas? Ciertamente no: brillante de esplendor y de gloria avanzábase en la inmensidad del espacio, esparciendo la luz y fecundidad.»

Apóstrofe.—Del mismo: «Temed que en medio de vuestros triunfos, se asemeje la Francia a esos famosos monumentos que en Egipto vencieron el tiempo. El extranjero que pasa queda atónito al ver su grandeza; mas ¿qué encuentra si en ellos penetra? Cenizas animadas y el silencio de la tumba.

Prosopopeya e imprecación.—De Robespierre: ¡Cobardes! Se atreven a denunciar los fundadores de la República! Los Tarquinos modernos osan decir que el sena-

do romano era una facción de facinerosos. También los siervos de Porsena trataban de insensato a Escévola. Según los manifiestos de Jerjes, Aristides robó el tesoro de Grecia. Llenas las manos de rapiña y clorreando de sangre romana, Octavio y Antonio mandan a toda la tierra que los crean clementes, justos y virtuosos. Tiberio y Seyano no ven en Bruto y Casio más que hombres sanguinarios y malvados.

Ejemplo de estilo elegante e invocación.—De D. Ricardo de León: «¡Oh, tú, Poeta del siglo XX, quienquiera que seas, baturro o manchego, asturiano montañés, navarro o andaluz, español, en suma, que vale tanto como latino o griego: si pretendes arrancar a las Musas un eterno laurel, no busques fuera del solar dechados: usa la lengua que Dios te deparó; la lengua noble castellana! Por grande y sutil que fuere tu espíritu, por alto que frisen tus pensamientos, ¿qué no podrás decir con el idioma de Cervantes y San Juan de la Cruz? Porque si quieres hablar de amores y de ternuras, a lo mimoso y ronco, ¿dónde hallarás expresiones más suaves y regaladas, más carantoñas y festivas, más lindos piropos, más infantiles diminutivos, más derretidas mieles? Y si te diera por lo rotundo y marcial, ¡qué de voces bárbaras y crudas, qué de roncros y férvidos sonidos para describir el horror y tumulto de la guerra, el estruendo y tropel de las batallas, los retemblores y estampidos de la pólvora, el áspero rodar de los carros, el espantoso choque de la carne y el hierro, las corazas rotas, los salvajes relinchos, la tierra que treme, el cañón que retumba, el huracán que pasa, la sangre, la noche, el trágico silencio de la derrota y de la muerte!... Pues si tu mansa condición te inclina a más apacibles horizontes, arrullo te darán las ondas de los grandiosos manantiales y habitación las selvas, y correrá el estilo puro y claro como el agua destilada y serenísima de los recónditos neveros. Y, por fin, cuando pretendas revelar nociones de la vida interior, este idioma tan carnoso y turgente se adelgazará en tus manos como tejido inconsútil, como tela viva y sensible de impalpables nervios, donde se sienta la vibración de tu alma y dibujen los dedos de los ángeles maravillosas alegorías.

Ejemplos de los varios géneros de elocuencia

ELOCUENCIA SAGRADA

Fragmento de la oración fúnebre del príncipe de Condé.—(Bossuet.)

«Dirigid la vista a todas partes, ahí teneis cuanto la munificencia y la piedad han podido hacer para honrar a un héroe: títulos, inscripciones, vanas señales de lo que ya no es; figuras que parecen llorar al rededor de un sepulcro, y frágiles imágenes de un dolor que el tiempo arrebató con todo lo demás; columnas que parecen querer llevar hasta el cielo el magnífico testimonio de nuestra nada: en fin en todos esos honores no falta más que la persona a quien se tributan.

«Llorad, pues, sobre esos débiles restos de la vida humana. Llorad sobre esa triste inmortalidad que damos a los héroes. Pero acercaos particularmente, vosotros, que correis con tanto ardor por el camino de la gloria, almas guerreras e intrépidas. ¿Quién fue más digno de mandaros? ¿Pero en quién habeis encontrado el mando más dulce y paternal?

«Llorad, pues, a ese gran capitán y decid gimiendo: he ahí el que nos llevaba a la victoria; bajo su dirección se han formado tantos famosos capitanes a quienes sus ejemplos elevaron a los primeros honores de la guerra: su sombra pudiera haber ganado todavía batallas, y he aquí que en su silencio su nombre mismo nos anima y parece advertirnos que para hallar en la muerte algún resto de nuestros trabajos, y no llegar sin recursos a nuestra eterna morada, con el rey de la tierra, es necesario también servir al Rey del Cielo.

«Servid, pues, a ese Rey inmortal y tan lleno de misericordia, que os contará un suspiro y un vaso de agua dado en su nombre, más que todos los otros harán jamás con toda vuestra sangre derramada; y comenzad a contar el tiempo de vuestros útiles servicios desde el día en que os hayais dedicado a un Señor tan bueno.

«Y vosotros, ¿no vendréis a este triste monumento, vosotros, digo, a quienes se dignó colocar en el rango de sus amigos? Todos juntos cualquiera que fuese el grado de confianza que os hubiese dispensado, rodead ese sepulcro, derramad lágrimas con oraciones, y admirando en tan gran príncipe una amistad tan tierna y un trato tan dulce, conservad el recuerdo de un héroe, cuya bondad habrá igualado a su valor. ¡Ah! ¡plegue al cielo que ese recuerdo os sea siempre querido! ¡plegue al cielo que podais aprovecharos de sus virtudes, y que la muerte que deplorais os sirva a la vez de consuelo y ejemplo.

«En cuanto a mí, si me es lícito después de todos los demás venir a tributar los últimos deberes a ese sepulcro, ¡oh príncipe digno asunto de nuestras alabanzas y de nuestros pesares, vivireis eternamente en mi memoria..... Vuestra imagen quedará grabada en ella, no con esa audacia que prometía la victoria, no, no quiero ver en eso nada de lo que la muerte borra. Tendreis en esa imagen rasgos inmortales, yo os veré tal como erais en ese último día bajo la mano de Dios, cuando su gloria comenzó a presentarse a vuestra vista. Allí os veré más triunfante que en Friburgo y en Rocroy, y encantado con tan brillante triunfo diré en acción de gracias estas magníficas palabras del muy amado discípulo: la verdadera victoria, la que pone bajo nuestros pies el mundo entero, es nuestra fe.

Goza, príncipe, de esta victoria, goza de ella eternamente por la inmortal virtud de ese sacrificio. Recibid los últimos esfuerzos de una voz que conocisteis. Vos pondréis fin a todos estos discursos. En vez de deplorar la muerte de los demás, gran príncipe, en adelante quiero aprender de voz hacer la mía santa; ¡dichoso si, advertido por estos cabellos blancos de la cuenta que debo dar de mi administración, reservo al rebaño que debo alimentar con la

palabra de vida los restos de una voz que decae y de un ardor que se extingue!»

Del mismo, ante el féretro de Enriqueta de Inglaterra. Miradla, a pesar de ese gran corazón, miradla como nos la ha dejado la muerte . . . Y aún así esos restos van a desvanecerse! Y vamos a verla despojada de esa condecoración (el catafalco)... Va a descender a esos sombríos lugares y a esas moradas subterráneas para dormir allí con esos grandes de la tierra, con esos príncipes y esos reyes anonadados, entre los cuales apenas se puede encontrar lugar, ¡tan apretadas están sus filas! ¡tan pronta está la muerte en llenar los vacíos! ¿.... ¿Se puede edificar sobre esas ruinas?...

¡La grandeza y la gloria! ¿Podemos todavía pronunciar estos nombres en ese triunfo de la muerte? No, yo no puedo sostener ya esas grandes palabras con las cuales pretende la arrogancia humana aturdirse a sí misma para no reparar en su nada! ¿Qué pueden el nacimiento, la grandeza, el talento, si la muerte lo iguala y domina todo, y si con mano rápida y soberana derriba las cabezas más respetadas? . . . ¡Cómo! ¿no podemos prever nada de lo que tenemos tan cerca? ¿Será posible que los oradores de las grandezas humanas estarán satisfechos de sus fortunas, cuando vean en un momento pasar su gloria a sus nombres, sus títulos a sus sepulcros, sus bienes a ingratos y sus dignidades, tal vez a sus envidiosos?...

ELOCUCENCIA PARLAMENTARIA

O'Connel es reputado como uno de los oradores más famosos de su época. O'Connell no duda nunca del triunfo de su causa, y hasta en la Cámara de los Comunes, mirando atrevidamente a sus adversarios exclama: «Jamás cometeré el crimen de desesperar de mi país; y al cabo de doscientos años de dolores me encuentro hoy en pie derecho, en este recinto, repitiéndoos las mismas quejas y pidiéndoos la misma justicia que reclamaban nuestros padres; pero no ya con voz humilde y suplicante sino con el convencimiento de mi fuerza, y convencido de que la Irlanda

sabr  hacer en adelante sin vosotros lo que hayáis rehusado hacer por ella! No entro en compromisos con vosotros; quiero para nosotros los mismos derechos que vosotros goz is, el mismo sistema municipal para Irlanda que para Inglaterra y Escocia, y si no fuera así  a qué se reduce la unión con vosotros? a una unión sobre pergaminos  no es así? ¡Pues bien, los romperemos y el Imperio quedará cortado por la mitad».

«Se necesita, dice Timon, ser casi un rey para hablar lenguaje tan altivo.»

O'Connel fue un gran patriota, y amaba a Irlanda entrañablemente y dirigiéndose al Parlamento, en Londres, habló así:

«Oigo diariamente la voz lastimera de Irlanda que me grita:  Deber  esperar todavía y sufrir siempre? No, conciudadanos míos, no sufrir is más; no en vano habréis pedido justicia a un pueblo de hermanos. La Inglaterra no es ya aquel país de preocupaciones en que solo el nombre de creencia indignaba todos los corazones y les arrastraba a cometer injustas crueldades. Los representantes de Irlanda se han dedicado a hacer adoptar la ley de la reforma que ha abierto anchas esclusas al pueblo inglés; también serán escuchados cuando pidan a sus colegas que hagan justicia a la Irlanda; y si casualmente el parlamento se hiciese sordo a nuestras súplicas, entonces haríamos un llamamiento a la nación inglesa; y si ella se dejara arrastrar por injustas prevenciones, volveríamos a nuestras montañas y no recibiríamos consejo sino de nuestra energía, valor y desesperación».

Del ilustre jurista, jefe de los realistas constitucionales bajo la Restauración en Francia, Royer-Colland, son estas sentencias pronunciadas en el Parlamento francés:

«No hay derecho contra el derecho, contra el derecho sin el cual nada hay en la tierra, sino una vida sin dignidad, y una muerte sin esperanza.

«El gobierno representativo es la justicia organizada, la razón viva, la moral armada. Lo bello se siente y no se define; por doquier reside en nosotros y fuera de nosotros; en las perfecciones de nuestra naturaleza y en las maravi-

llas del mundo sensible; en la energía independiente del pensamiento solitario y en el orden público de las sociedades; en la virtud y en las pasiones, en el llanto y en el júbilo, en la vida y en la muerte. Los gobiernos representativos se hallan condenados al trabajo, y como el labrador viven del sudor de su frente.

Las constituciones no son tiendas erigidas para el sueño.

Las leyes de excepción son préstamos usurarios que arruinan al poder, aún cuando parezcan enriquecerlo.

«Hay diversos géneros de repúblicas:

La república aristocrática, tal es la de Inglaterra.

La república de la clase media, tal es la de Francia.

La república democrática, tal es la de los Estados Unidos de N. A.»

Para levantar el patriotismo decaído de los franceses, el insigne orador Berryer, habló así en la Cámara de los diputados:

«Mirad ese vasto antagonismo político y militar que se extiende desde las fronteras de Francia hasta las orillas del Mediterráneo, entre dos naciones que algún día llegarán a luchar una contra otra. Ved como la Inglaterra establece desde el fondo del mundo hasta nuestras fronteras su paralela guerreante contra la Rusia, y como esta la amenaza a su turno en los límites de sus magníficas colonias de la India.

«Considerad esas grandes expediciones a quinientas leguas de sus fronteras Ved esas dos grandes naciones como marchan a través del mundo para tirar sus líneas de precaución una contra otra?»

¿Y qué, señores, la Francia no ha de ser más que una potencia continental a despecho de esos vastos mares que vienen a hacer rodar sus olas sobre nuestras playas, y a solicitar en cierto modo el genio de «nuestra inteligencia?»

Esta última imagen es de gran belleza y muestra un estilo figurado propio de los grandes arranques de la elocuencia.

Hablando el gran historiador y elocuente orador republicano, Luis Blanc, en la Cámara de diputados de Fran-

cia, del socorro que ésta prestó a la independencia de los Estados Unidos de Norte América, dijo:

«Y lo que es cierto señores de la Francia monárquica, ¿cómo podría dejar de serlo de la Francia republicana? ¿Acaso ofrece la historia ejemplo análogo a ese admirable desprendimiento de la república, cuando, después de haber vertido tanta sangre en las fronteras o en los cadalsos, aún halla en sus venas para sus hermanos de Batavia; cuando, tanto a los vencidos como a los vencedores, ilumina con los destellos de su genio?»

Este apóstrofe de Robespierre al denunciar en la convención las comisiones de salud pública, la víspera de su muerte, está llena de animación y colorido: «Ciudadanos, habéis atraído a la causa de la revolución todos los corazones puros y generosos, pues la habéis manifestado al mundo en todo el brillo de su celestial belleza. ¡Día dichoso en que el pueblo francés entero se levantó para tributar al autor de la naturaleza un digno homenaje! ¡Qué conjunto interesante de todos los objetos que pueden encantar las miradas y los corazones de los hombres!

¡Oh! ancianos honrados por las verdes generaciones! ¡Oh, generoso ardor de los hijos de la patria! ¡Oh, júbilo candoroso y puro de los jóvenes ciudadanos! ¡Oh, lágrimas deliciosas de las madres enternecidas! ¡Oh, hechizo divino de la inocencia y hermosura! ¡Oh, majestad de un gran pueblo, feliz por el solo sentimiento de su fuerza, de su gloria y virtud! ¡Ser de los seres! el día en que el universo salió de tus manos omnipotentes, ¿brilló a tus ojos una luz más halagüeña que el día en que, rompiendo el yugo del crimen y del error, pareció a tu vista digna de tus miradas y de su destino?»

Y este audaz movimiento oratorio de Guadet, que, mirando cara a cara a Robespierre, le dijo: «Mientras que corra en mis venas una gota de sangre, tendré el corazón demasiado y el alma demasiado elevada para no reconocer más soberano que el pueblo.»

Mirabeau a los diputados que contestaban a la Asamblea el poder legítimo de una convención nacional: «Nuestra convención nacional es superior a toda invitación y a

toda autoridad; y no debe dar cuenta más que a sí misma y a la posteridad. Todos conocéis la conducta de aquel romano que, para salvar la patria de una gran conspiración, traspasó los límites de la ley. Jurad, le dijo un tribuno capcioso, que respetaréis la ley. Juro, replicó el magnánimo varón que he salvado la república. Pues bien, señores, yo juro que habéis salvado la patria.»

ELOCUCENCIA FORENSE

De la oración Pro Milone. (Cicerón.)

«... Y no digáis, que excitado (por el odio, declamo con más pasión que verdad contra un hombre que fue enemigo mío. Sin duda nadie tuvo más derechos que yo para odiarle; pero era el enemigo común, y mi odio personal apenas podía igualar al horror que inspiraba a todos. No es posible expresar, ni aún concebir hasta qué punto de maldad ha llegado este monstruo. Y puesto que aquí se trata de la muerte de Clodio, imaginad, ciudadanos, pues nuestros pensamientos son libres y nuestra alma puede hacer simples ficciones tan sensibles como los objetos que hieren nuestra vista; imaginad, digo, aún cuando estuviese en mi poder absolver a Milón, bajo el supuesto de que Clodio resucitara.... ¡Cómo! ¡Palidecéis! ¿Cuáles serían vuestros terrores si estuviese vivo, pues que muerto como está, a la sola idea de que puede revivir os llenáis de espanto?...

«Los griegos hacen honores divinos a aquellos que mataron a los tiranos. ¿Cuáles cosas de este género no he visto yo en Atenas y en las demás ciudades de Grecia? ¿Cuántas fiestas instituidas en conmemoración de estos generosos ciudadanos? ¡Qué himnos! ¡Qué cánticos!

«El recuerdo, el culto mismo de los pueblos consagran sus nombres a la inmortalidad; y vosotros lejos de consagrar honores al conservador de un pueblo tan grande, al vengador de tantas iniquidades, ¿sufrireis que le lleven al suplicio?

«Existe, sí, ciertamente un poder que preside a toda la naturaleza; y si en nuestros cuerpos débiles o frágiles sen-

timos un principio activo que los anima, ¡cuanto más una inteligencia soberana debe dirigir los movimientos admirables de este vasto universo! ¿Me atreveré yo a revocarla como dudosa porque se escape a nuestros sentidos y que no se muestre a nuestras consideraciones? Pero esta alma que está en nosotros, porque nosotros pensamos y prevenimos, que me inspira en este momento en que hablo delante de vosotros, ¿nuestra alma también nó es invisible? ¿Quién sabe cuál es su escuela? ¿Quién puede indicar el lugar donde reside? Es, pues, aquel poder eternal a quien nuestro imperio ha debido tantas veces éxitos y prosperidades increíbles, quien ha destruido y anonadado ese monstruo, y le ha sugerido el pensamiento de invitar con su violencia y de atacar a mano armada el más valeroso de los hombres, a fin de que fuese vencido por un ciudadano, cuya derrota le hubiera asegurado para siempre la licencia y la impunidad. Este grande acontecimiento no ha sido conducido por un consejo humano, no es, ni aun el efecto ordinario de la protección de los inmortales. Los lugares sagrados parece haberse conmovido viendo caer al impío, y por haberse apoderado del derecho de una justa venganza. Os pongo por testigos aquí colinas sagradas, altares asociados al mismo culto que los nuestros y no menos antiguos que los altares del pueblo romano, vosotros, destruidos por él, vosotros, abatidos por un furor sacrílego, y vuestros bosques también para aplanaros bajo el peso de sus locas construcciones. Entonces vuestros dioses han señalado su poder; entonces vuestra majestad ultrajada por todos los crímenes, se ha manifestado con brillo. Y tu, dios tutelar de Lacio, gran Júpiter, tú cuyas leyes había profanado, cuyos bosques, cuyo territorio había humillado con abominaciones y atentados de toda especie, tu paciencia se ha cansado; todos estáis ya vengados y en vuestra misma presencia ha sufrido la pena debida a tantos crímenes.

«Romanos, nada ha hecho aquí la casualidad. Ved en qué sitio ha empeñado Clodio el combate: fue delante de un templo de la Buena Diosa; si, en presencia de aquella misma divinidad, cuyo santuario se levanta en el dominio

del joven y virtuoso Sexto Galo, donde el profanador ha recibido aquella herida que debía ser seguida de una muerte cruel, y hemos reconocido que el juicio infame que le había absuelto en otro tiempo no ha hecho más que reservarle a este ruidoso castigo. Además, la cólera de los dioses es la que ha dado a sus satélites aquel vértigo que, arrastrando su cuerpo por una plaza pública, cubierto de sangre y lodo, le ha visto quemado, sin llevar por consiguiente las imágenes de sus antepasados, sin lamentaciones; ni juegos, ni cantos fúnebres, ni elogio, ni convoy, en una palabra, sin ninguno de aquellos honores últimos que los mismos enemigos no niegan a sus enemigos. Sin duda el cielo no ha permitido que las imágenes de los ciudadanos más ilustres honrasen a este execrable parricida, y su cadáver debía ser despedazado en el lugar donde su vida había sido odiada.

•Yo deploraba la suerte del pueblo romano, condenado desde tanto tiempo a verle impunemente hollar la república, manchó con adulterio los más santos misterios; insultó los senado-consultos más respetables; se emancipó abiertamente del dominio de los jueces. Tribuno, atormentó al senado, anuló lo que había hecho, con el sentimiento de todas las órdenes, para la salvación de la república; me desterró de mi patria, arrebató mis bienes, quemó mi casa, persiguió a mi mujer y a mis hijos, declaró una guerra impía a Pompeyo, degolló a los ciudadanos, a los magistrados, redujo a cenizas la casa de mi hermano, devastó la Etruria y poseyó una multitud de propiedades ajenas. Infatigable en el crimen prosiguió el curso de sus atentados. Roma, la Italia, las provincias, las monarquías no eran ya un teatro bastante vasto para sus extravagantes proyectos. En cuanto a mí, se despedaza mi corazón, mi alma está penetrada de un dolor mortal cuando oigo aquellas palabras que todos los días repite Milón delante de mí: Adiós, mi querido conciudadano, adiós; sí, para siempre adiós. Que vengan en paz, que sean dichosos, que se cumplan todos sus votos, que esta ciudad se mantenga célebre, esta patria que siempre me será querida, sea cualquiera el tratamiento que yo experimente de ella Partiré, me aleja-

jaré. Si yo no puedo dividir la felicidad de Roma, no tendré al menos el espectáculo de sus males, y no bien haya yo encontrado una ciudad donde las leyes y la libertad sean respetadas, allí fijaré mi residencia... Cuando durante mi tribunado, viendo la república oprimida, me entregué enteramente al senado espirante, a los caballeros romanos desnudos de fuerza y de poder, a los hombres de bien desalentados y ultrajados por las armas de Clodio, ¿podía yo pensar que me vería abandonado por los buenos ciudadanos?... Y tú mismo, Cicerón, ¿qué ha sido de tu voz, de aquella voz saludable a tantos ciudadanos? ¿Es impotente solo para mí, que tantas veces he desafiado a la muerte por ti?

«Yo os imploro, romanos, que habéis derramado tantas veces nuestra sangre por la patria; valerosos centuriones, intrépidos soldados, a vosotros me dirijo en los peligros de un hombre animoso, de un ciudadano invencible. Estáis presentes, ¿qué digo? estáis armados para proteger este tribunal, ¿y veréis un héroe tal como él rechazado, desterrado y lanzado lejos de Roma? ¡Qué desgraciado soy! Por el socorro de tus jueces, ¡oh Milón! has podido restablecerme en mi patria? y no podré yo con su auxilio mantenerte a ti? ¿Qué responderé a mis hijos que te miran como a su segundo padre? ¡Oh Quintilio! ¡oh hermano mío, ausente hoy, entonces compañero de mis infortunios! ¿Qué puedo decirte? ¿Qué no he podido hacer yo en favor de Milón con aquellos que te ayudaron a salvarnos al uno y al otro? ¿Y en qué causa? En una causa en que tenemos a todo el universo por nosotros. ¿Quién me lo habrá rehusado? Aquellos a quienes la muerte de Clodio ha preocupado la paz o el reposo. ¿A quién lo habrán rehusado? A mí. ¿Qué gran crimen he cometido? ¿De qué horrible atentado me hice culpable cuando he penetrado, descubierto, ahogado aquella conspiración que amenazaba el Estado entero? Tal es el origen de los males que caen sobre mí y sobre todos los míos. ¿Por qué querer mi reposo? ¿Para desterrar de mis ojos a aquellos que me habían traído? ¡Ah! yo os ruego no consintáis que este regreso sea más doloroso para mí que lo fue la partida. ¿Puedo yo creer-

me en efecto restablecido si los ciudadanos que me han reemplazado en el seno de Roma se separan de mis brazos?

«Antes que ser testigo de ello pueda yo, perdona, ¡oh patria mía! temer que este voto de amistad sea una horrible imprecación contra ti: pueda yo ver a Clodio vivo, verlo pretor, cónsul, dictador... ¡Dioses inmortales! ¡Qué valor, y cuán digno es Milón de que le conservéis? Nó, diré, no me retracto de este voto impío. El malvado ha sufrido la pena que merecía: a este premio sufrimos una pena que no merecemos. Este hombre generoso que no ha vivido más que para su patria, ¿morirá en otra parte que en el seno de su patria? O si muere por ella, ¿conservaréis el recuerdo de su valor, negando a sus cenizas una tumba en Italia? ¿Osará alguno de vosotros rechazar a un ciudadano a quien llamarán todas las ciudades aún cuando vosotros lo desterréis?

«¡Feliz el país que reciba a este grande hombre! ¡Oh Roma ingrata si ella le destierra! ¡Roma desgraciada si ella le pierde! Pero concluyamos; mis lágrimas ahogan mi voz, y Milón no quiere ser defendido por las lágrimas.»

Llena de energía y elevación es esta ironía de Sócrates al oír pronunciar por los jueces su sentencia de muerte.

«Si me declaráis absuelto a condición de que deje de filosofar, os responderé sin vacilar: ¡Atenienses! ¡Os honro y os amo, pero obedeceré antes a Dios que a vosotros.

«¡Atenienses! por haber consagrado mi vida entera al servicio y a la moralización de mi patria, me condeno yo mismo a ser alimentado durante el resto de mi vida en el Pritáneo, a expensas de la República.

«Eso no es un mal (se refiere a la sentencia de muerte), no existe ningún mal para el hombre religioso; ni durante su vida ni después de su muerte. Dios no le abandona jamás. Mi muerte es su voluntad. Yo no tengo ningún resentimiento contra este pueblo ni contra estos jueces. Ellos van a vivir y yo voy a morir; sólo Dios sabe cuál es la mejor suerte, la suya o la mía.»

El famoso y elocuente conde Strafard, Ministro de Carlos I de Inglaterra, se defiende así, ante sus jueces, del crimen de traición que arteramente se le imputaba:

«No pudiendo hallar en mi conducta ningún acto al cual pueda aplicarse la palabra y la pena de la traición, se inventa, a falta de ley, no sé qué evidencia *constructiva y acumulatoria*, por medio de la cual cada uno de mis actos, inocente o laudable en sí, produciría una traición colectiva . . . ¿Dónde, pues, se ha mantenido tanto tiempo sepultada en nuestras leyes antiguas esa naturaleza invisible e impalpable del crimen? Valdría más no tener ley, que figurarnos que las leyes a las cuales debemos arreglar nuestros actos, y hallarnos al fin con que no hay otra ley que la enemistad y la arbitrariedad de nuestros acusadores

«Lo menos hace 240 años que han sido definidas todas las clases de traición, y durante tan largo espacio de tiempo, soy el primero, soy el único para quien se ha dado tal latitud a la definición de ese crimen a fin de envolverme en sus redes. Milores, hemos vivido felizmente para nosotros mismos en lo interior de nuestra patria, hemos vivido gloriosamente fuera para todo el mundo, contentémonos con lo que nos han dejado nuestros padres, no nos haga desear la ambición ser más consumados que aquellos en esas artes ruinosas y pérdidas de acriminar la inocencia. Milores, obrad con prudencia y con cordura, y de este modo habréis provisto a vuestra propia seguridad, a la de vuestros descendientes, a la del reino entero. Arrojad al fuego esos sangrientos y misteriosos repertorios de las traiciones constructivas, como los primeros cristianos arrojaron a él sus libros de arte peligrosa para adherirnos a la simple letra de la ley en vigor, que os dice lo que es crimen, dónde está el crimen, y cómo absteniéndonos del crimen podréis evitar la pena del crimen Guardaos de despertar esos leones dormidos para nuestra propia destrucción

«A todas mis aflicciones, Milores, no agreguéis una que miraría como la más funesta: por mis pecados, como hombre, y no por mi traición como Ministro, tendría yo la desgracia de introducir semejante precedente, semejante ejemplo de procedimiento, tan atentatorio a las leyes y a las libertades del país

«Milores, he cansado vuestra atención más de lo que hubiera querido hacerlo; pero ¡ah! continúo fijando mis

miradas en esos tiernos hijos que asisten vestidos de luto como suplicantes al proceso de su padre. Ah! si no fuera por esas prendas queridas, que una santa hoy bienaventurada en el cielo, me ha dejado, no sería capaz (aquí sus lágrimas le cortaron la voz; se calmó y continuó diciendo) Lo que yo tengo que perder por mí mismo no es nada; pero confieso que si mi silencio o mi indiscreción llegaran a ser funestos a estos huérfanos, sería profunda la herida de mi corazón. Vuestra bondad perdonará mi flaqueza algo tenía que añadir; pero no me siento capaz de continuar

«Ahora, Milores, merced a la bondad del cielo, me encuentro bastante instruido de la vanidad de las grandezas de este mundo comparadas con la importancia de nuestra eterna duración en el otro, y en este estado, Milores, me someto libremente con tanta tranquilidad de espíritu, como humildad a vuestra sentencia. Que vuestro equitativo fallo, sea de vida o de muerte, descansaré igualmente, lleno de gratitud y de confianza en el seno del soberano autor de mi existencia.»

A tanta elocuencia, dice Lamartine, y a tan extraordinaria virtud, se contestó con una sentencia de muerte, a toda luz ilegal y atentatoria, y Carlos I le negó su sanción, no pudiendo sancionar con la muerte una iniquidad.

Es notable esta invocación de Robespierre ante el tribunal revolucionario, acusado por usurpación de poderes por sus enemigos:

«Pueblo, acuérdate que si en la República no reina la justicia con imperio absoluto, y si esta palabra no significa el amor a la igualdad y a la patria, la libertad no es más que un nombre vano! Pueblo, tú, a quien temen, a quien lisonjean y a quien desprecian; tú, soberano reconocido, a quien tratan siempre como esclavo, acuérdate que donde no reina la justicia, imperan las pasiones de los magistrados, y que el pueblo ha cambiado de cadenas y no de suerte.

Sabe que todo hombre que se levante para defender la causa de la moral pública será aniquilado por la calumnia y proscrito por los malvados; sabe que todo amigo de la libertad será colocado entre un deber y una calumnia; que

los que no sean acusados de haber traicionado serán acusados por ambición; que la influencia de la probidad y de los principios será comparada con la fuerza de la tiranía y con la violencia de las facciones; que tu confianza y tu estimación serán títulos de proscripción para todos tus amigos; que los gritos del patriotismo oprimido serán llamados gritos de sedición, y que no osando atacarte directamente en masa, te procribirán en detalle en la persona de todos los buenos ciudadanos, hasta que los ambiciosos hayan organizado su tiranía. Tal es el imperio de los tiranos armados contra nosotros, tal es la influencia de su liga con todos los hombres corrompidos siempre listos a servirlos. Así, pues, los malvados nos imponen la ley de traicionar al pueblo, so pena de ser llamado dictador. Aprobaremos esta ley? Nól Defendamos al pueblo con riesgo de ser estimados por él; que corran ellos al cadalso por el camino del crimen, y nosotros por el de la virtud!

Y esta conclusión del defensor de Carlota Corday ante el tribunal revolucionario, resumiendo los debates al pronunciar los jueces la sentencia de muerte: «La acusada confiesa su crimen, confiesa la larga premeditación, confiesa las circunstancias más concluyentes. Ciudadanos, he aquí toda su defensa. Esa calma imperturbable, esa entera abnegación de sí misma, que no revelan ningún remordimiento en presencia de la muerte, esa calma y esa abnegación, sublimes bajo su aspecto, no están en la naturaleza; no pueden explicarse sino por la exaltación del fanatismo político que le puso el puñal en la mano. Toca a VV. juzgar de qué peso un fanatismo tan inquebrantable debe ser pesado en la balanza de la justicia. Yo me atengo a vuestras conciencias».

BIOGRAFÍAS DE ORADORES ANTIGUOS.

CICERÓN.

Cicerón fué el más eximio representante de la elocuencia antigua, y puede decirse que fué la elocuencia misma, pues reunió en sí, no solamente el arte de hablar a los hombres, sino que en su poderoso cerebro acumuló filosofía, poesía, jurisprudencia, teología, gobierno, patriotismo, honradez, civismo, erudición profunda, supremo perfeccionamiento de todas las artes de la palabra, conocimiento amplio de los negocios públicos, valor y virtudes, culto a la Divinidad y a la verdad.

Cicerón era de elevada estatura.—Sus facciones eran severas, nobles, puras, elegantes, alumbradas por una inteligencia interior, que las había formado a imagen suya.—La frente elevada y diáfana como una mesa de mármol, destinada a recibir y a borrar las mil impresiones que experimentaba; la nariz aguileña, la mirada recogida, firme y asegurada sin provocación cuando la derramaba sobre la multitud, la boca fina, la voz sonora, que pasaba de las grandes preocupaciones a la gracia de la sonrisa; algo pálido, delgado por el frecuente estudio y por la fatiga de la tribuna y las arengas.—Su traje cuidadosamente conforme con la manera antigua, no tenía nada de negligente.—Se vestía, no se adornaba con su toga de pliegues perpendiculares ceñidos al cuerpo.* Tal era el aspecto del hombre físico en su apariencia exterior. Práctico que orador eximio, Cicerón fué gran poeta, como que la poesía es el arsenal del orador. Y así culminaron Demóstenes, Hortensio, Craso, Charrat, Mirabeau, Vergniaud, Lamartine, Víctor Hugo y otros grandes oradores.

Pero a esa poesía unió el orador romano el estudio de la filosofía bajo la dirección de los maestros griegos, dando así base poderosa a la sabiduría, a la inspiración y a la elocuencia. Al mismo tiempo seguía con afán las sesiones de los tribunales, las del Foro, las deliberaciones políticas delante del pueblo, escuchando y observando atentamente a todos los grandes maestros de la tribuna.

Con tales elementos y en medio de la crisis anárquica de la república romana, Cicerón tomó la toga viril, para asumir el rol de orador, de magistrado en la escena calamitosa de aquellos tiempos. Tuvo por modelo a su gran maestro Hortensio, haciendo estudios muy notables sobre la lengua, sobre la retórica, sobre litigios forenses y sobre el arte oratoria, que revelaban la profundidad y universalidad de sus conocimientos, y le hacían admirar ya como uno de los oradores más consumados de Roma.

Su palabra brilló como un prodigio de perfección desconocida hasta que apareció este joven en la discusión de las causas privadas. Invención de argumentos, encadenamiento de los hechos, elevación de pensamientos, poder en el raciocinio, armonía en las palabras, novedad y esplendor en las imágenes, convicción de entendimiento, gracia e insinuación en los exordios, fuerza en las peroraciones, belleza en la dicción, majestad en la persona, dignidad en el gesto, todo condujo en pocos años al joven orador a la cima del arte y de la fama. Sus discursos preparados en el silencio de sus vigiliás, anotados, escritos, borrados, vueltos a escribir, corregidos además, comparados estudiosamente con los de los modelos de la elocuencia griega, y cogidos fragmentos por fragmentos, ora en los baños, ora en los jardines, ora en sus paseos por las afueras de Roma, recitados delante de sus amigos, sometidos a la crítica de sus émulos o de sus maestros, pronunciados en público sobre el tono dado por diapasones apartados en la multitud, enriquecidos con aquellas inspiraciones repentinas que añaden la maravilla de lo imprevisto y el juego de la improvisación a la seguridad y a la solidez de la palabra reflejada, eran verdaderos acontecimientos en Roma.

La posteridad conserva como una de las luminosas glorias de la tribuna los discursos del orador romano, y los conserva como monumentos insuperables de todo cuanto ha creado el humano entendimiento de grande, de útil, de excelso.

Aquí mismo, en las modestas y breves páginas de este prontuario verá el lector una parte de las memorables oraciones de Cicerón: una contra Catilina y otra en defensa de Milón, obras admirables de oratoria forense; porque imposible sería citar aquí, solamente, los grandes momentos oratorios de sus innumerables discursos que forman volúmenes.

DEMÓSTENES.

Demóstenes, el orador más grande de Grecia, era hijo de un rico armero, nació en Atica, hacia el año 385 a. de J. C., quedando enteramente huérfano a los siete años recomendado a tutores que le disiparon sus bienes.

La vocación de Demóstenes hacia la oratoria se hizo visible, cuando siendo aún muy niño, sabiendo que el famoso orador Calistrato iba a abogar en el tribunal de Orope en una causa célebre, pidió, rogó muchas veces a su maestro le llevase a presenciar los debates. El niño salió encantado de esa audiencia.

Tuvo por maestro de elocuencia a Iseo, entonces muy reputado en el foro, aunque también se dice que había seguido las lecciones de Platón y las enseñanzas retóricas de Calias de Siracusa.

Sus primeros ensayos fueron los alegatos contra sus tutores, ganándoles el pleito, aunque no pudo recobrar nada de su herencia.

Nada puede de servir de mejor enseñanza para los principiantes en cualquier ramo del saber, que los comienzos erizados de dificultades y contrariedades que tienen todas las cosas humanas.

Así, cuando por vez primera se dirigió Demóstenes al pueblo, fué acogido por la rechifla y burlas del auditorio, por su inexperiencia, por su estilo embrollado, por lo largo de los períodos, por los entimemas acumulados. Además, su voz era débil, su pronunciación oscura, pues tartamu-

deaba; su respiración mal graduada. Así tuvo que abandonar por algún tiempo las luchas ante las muchedumbres.

Reconociendo cuánta es la belleza y la gracia que la declamación agrega al discurso, se propuso corregir su tartamudez y su ánimo apocado, construyendo en su casa un gabinete subterráneo, al cual bajaba todos los días para trabajar y declamar en voz alta; con frecuencia permanecía allí meses, sin que nadie pudiera hacerlo salir. Repasaba entonces todos los asuntos de sus alegatos, corregía cuidadosamente sus discursos y los de sus contrarios que modificaba con nuevos pensamientos, con explicaciones variadas, adquiriendo así con el trabajo una lucidez y pulimiento que engrandecía el arte.

Así, Demóstenes no hablaba nunca en las Asambleas populares sin previa preparación, por lo que los demagogos se burlaban de él, diciendo que sus razonamientos olían a lámpara.

Para remediar a sus defectos corporales se ejercitaba en movimientos gímnásticos, y para triunfar de su vicio de pronunciación se ponía en la boca piedrecitas, recitando al mismo tiempo trozos de literatura. Solía, también, irse a las riberas del mar y allí, en medio de las turbulentas olas, alzaba la voz y apostrofaba los elementos; o bien subía escarpadas cumbres, a todo correr, fortificando su voz con la declamación de poesías o trozos en prosa. En la tribuna observaba minuciosamente la dicción, el tono, las inflexiones de voz, la mirada y gestos de los oradores, elementos incontrastables de convicción. Al par de todos estos esfuerzos, su inteligencia se enriquecía con un fondo filosófico, con virtudes cívicas, con un apego a la verdad y a la justicia que siempre brillaron en todas las fases de su brillante carrera. Célebres son, entre otras, sus arengas sobre la Corona, contra Aristócrates, sobre las Inmunidades, las Filípicas, discursos admirables en que siempre campearon la verdad, lo bello y lo honesto, y que lo colocaron más alto que los Cimón, Tucídides y Pericles.

Demóstenes tenía treinta años, cuando ya en 355 dirigía con superioridad incontrastable todos los asuntos públicos. Denunció en la tribuna los ambiciosos proyectos de

Filipo, rey de Macedonia, y desenmascaró su perfidia en once magníficas arengas, conocidas bajo el nombre de Filípicas y Olintianas. Hablaba al pueblo con toda franqueza e impavidez, señalando sus pasiones y excesos con severidad, así como le aconsejaba y conducía por las vías de la virtud, del honor y de la dignidad. Tal fué el gran orador griego, y de modo evidente presenciamos cuánto vale la constancia, el estudio, el amor a la verdad y a la belleza.

CAYO JULIO CÉSAR.

El célebre historiador romano Cayo Suetonio Tranquilo, deja en la obscuridad la infancia de César, pero Wase-ling asegura que César fue nombrado sacerdote de Júpiter a la edad de trece años. El cargo de sacerdote de Júpiter era dignidad eminente, no obstante ciertas obligaciones enojosas y severas restricciones que envolvía el cargo.

Dejaré de lado la referencia de los altos empleos políticos que César desempeñó, lo mismo que las proezas militares que relata la historia, y que lo colocaron entre los genios de las milicias antiguas, para hacer hincapié en lo que atañe a sus talentos oratorios.

En elocuencia superó a los oradores más famosos. Su acusación contra Dolabella lo hizo célebre en la tribuna forense, y el mismo Cicerón, que era entonces el astro de primera magnitud de la oratoria, decía en su epístola a Bruto, «que no ve a quien deba ceder César, que tiene en su dicción elegancia y brillantez, magnificencia y grandeza.» Népote, hablando de él, dice: «¿Qué orador te atreverías a anteponerle entre los que solamente han cultivado este arte? ¿Quién le es superior en la abundancia y vigor del pensamiento? ¿Quién más elegante y distinguido en la expresión?»

Desde muy joven César adoptó el género de elocuencia de Estrabón, y en su *Divinaciã*: reprodujo literalmente muchos párrafos del discurso de este orador *Pro Sardis*.

Era grande la facilidad de concepción de César, pues con dificultad podían seguir su dicción los varios escribientes a quienes dictaba a la vez. Su voz era sonora y majestuosa, su dicción clara y melodiosa acompañándola de

una acción enérgica, natural y bella del gesto, del ademán y de la mirada.

Memorables son sus arengas a los soldados de España cuando fué nombrado general de las legiones expedicionarias; y clásicos son sus *Comentarios*, por su estilo sobrio, puro, elegante, despojado de toda pompa, como destinados a los futuros historiadores, sin que por eso, ese libro famoso, carezca de arranques de verdadero talento. Escribió un tratado de *Analogía*; otro, en varios libros, llamado *Anticatonas*, y un poema titulado *El Camino*. Se citan también como obras de perfecta dicción y elegancia sus cartas al Senado y parece que fué el primero en escribir esas comunicaciones en hojas dobladas en forma de oficio; son también notables sus cartas a Cicerón.

En su juventud se ocupó de la poesía, y escribió las *Alabanzas* de Hércules, una tragedia intitulada *Edipo* y una *Colección de frases selectas*.

Desde su juventud fué el abogado celoso y fiel de sus clientes. Defendió a Masintha, joven de elevada alcurnia, contra el rey Hiempsal, con tanta energía y éxito, que en el calor de la discusión cogió de la barba al hijo de este rey; siempre mostró su agradecimiento a cuantos le ayudaron a defender sus derechos y dignidad. Era de naturaleza bondadosa, de corazón magnánimo, y jamás guardó rencor a sus enemigos que habían criticado sus discursos, más bien les ayudó a alcanzar honores, y dió muestras de rara clemencia durante las guerras civiles y después de sus victorias.

Este hombre insigne sucumbió a los cuarenta y seis años de edad, en pleno Senado romano acribillado a puñaladas por los conspiradores que se le acercaron so pretexto de saludarle, entre los cuales recuerda la historia a Marco Bruto a quien César, ya postrado en el suelo, dirigió estas palabras: «¡Tú también, hijo mío!»

Recuerda la historia que divinizado durante los juegos que dió en su honor su heredero Augusto, apareció una estrella con cabellera (un Cometa) que se alzaba hacia la hora undécima y que brilló durante siete días, creyéndose que era el alma de César recibida en el cielo, por lo que el pueblo creyó en su divinidad.

SIMON BOLIVAR (1)

El gran Libertador de América no solamente fué el genio de las batallas y el aliado de las victorias, sino también una altísima inteligencia, un talento y una inspiración insuperables, un orador militar a la altura de los más eximios de la antigüedad y de la moderna época.

Y antes de regresar al suelo patrio, se vió a aquel adolescente, precursor de la libertad de un continente, ir a Roma a arrodillarse en la tumba de Escipión, y de pie sobre el capitolio de Roma, hacer el primer voto a la libertad de América, y lo consagra a sus dos grandes maestros, que son lumbreras de la revolución americana: Miranda y Simón Rodríguez.

La audacia incontrastable y el genio del Libertador fueron su pedestal de gloria y el imperio soberano de todo el continente. Vuela de victoria en victoria y su talla se agiganta como el Chimborazo y el Aconcagua; durante veinte años Bolívar no solamente es el grande y único caudillo, sino que acrece también la grandeza americana, y el cielo de todo un continente está enrojecido de luces y estremecimientos volcánicos de libertad. Bolívar está a caballo! Los ejércitos libertadores cruzan las pampas áridas, cómo ascienden, a modo de cóndores, las más empinadas crestas de los Andes; los llaneros hacen brillar sus lanzas en los abruptos desfiladeros; las dianas militares repercuten en las llanuras, mientras los campanarios de las aldeas anuncian a todas las gentes las victorias de la tarde y de la mañana; hasta que su indómito corcel atraviesa de Caracas a Lima para coronar la libertad de América con el triunfo glorioso de Ayacucho.

Pero dejemos al gran capitán y al gran poeta, cuya historia es el catecismo republicano de América, y veamos en sus obras al gran orador, en la prodigiosa multiplicidad de todas las facultades del genio, en su maravillosa inspiración, en la alteza sublime de sus sentimientos, ex-

(1) Esta biografía debía haberse colocado entre los oradores militares modernos, pero se extravió, y se coloca aquí, aunque fuera de lugar.

presados en un lenguaje lleno de fuego y de nerviosas y ardientes imágenes.

En su entrada triunfal a Bogotá habló así a los colombianos:

«Colombianos! Los crepúsculos del día de la paz iluminan ya la esfera de Colombia. Yo contemplo con gozo inefable este glorioso período en que van a separarse las sombras de la opresión para gozar los resplandores de la libertad. Tan majestuoso espectáculo me admira y encanta.

«Con anticipación me lisonjeo de vuestra colocación política en la faz del universo, de la igualdad de la naturaleza, de los honores de la virtud, de los premios del mérito, de la fortuna del saber, y de la gloria de ser hombres. Vuestra suerte va a cambiar; a las cadenas, a las tinieblas, a la ignorancia, a las miserias, van a suceder los sublimes dones de la Providencia divina: la libertad, la luz, el honor y la dicha

«Venezolanos! La intención de mi vida ha sido una: la formación de la República libre e independiente de Colombia, entre dos pueblos hermanos. Lo he alcanzado. ¡Viva el Dios de Colombia!»

A sus soldados recomendándoles la observancia del tratado de Trujillo:

«Las hostilidades van a abrirse dentro de tres días; porque no puedo ver con indiferencia vuestras dolorosas privaciones. Todo nos promete una victoria final, porque vuestro valor no puede ya ser contrarrestado. Tanto habéis hecho, que poco os queda que hacer; pero sabed que el Gobierno os impone la obligación vigorosa, de ser más piadosos que valientes.

«... Aunque nuestros enemigos infrinjan cualquiera de los artículos de la regularización de la guerra, aun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros deberemos cumplirlos para que la gloria de Colombia no se mancille con sangre.»

Después de la batalla de Ayacucho, desde su corcel de guerra exclama:

«La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, le-

vanta su cabeza erguida sobre todos. Soldados colombianos! Centenares de victorias alarguen vuestra vida hasta el término del mundo!»

Esa voz es la de los héroes antiguos; es voz única del caudillo que todo lo puede, donde nadie le supera: es el águila real que domina las alturas y el huracán.

Bolívar atravesaba triunfante los más sangrientos campos de batalla, como pasaba lleno de gloria los pórticos de los Congresos. Al renunciar la presidencia de la República habló así al pueblo, en medio del más noble desprendimiento:

«Colombianos! Hoy he dejado de mandaros. Veinte años ha que os sirvo en calidad de soldado y magistrado. En este largo período hemos conquistado la patria, libertado tres repúblicas, conjurado muchas guerras civiles, y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia, reuniendo espontáneamente cuatro congresos constituyentes. A vuestras virtudes, valor y patriotismo se deben estos servicios; a mi la gloria de haberlos dirigido. El Congreso constituyente, que en este día se ha instalado, se halla encargado por la Providencia de dar a la nación las instituciones que ella desea, siguiendo el curso de las circunstancias y la naturaleza de las cosas.

.....Compatriotas, escuchad mi última voz, al terminar mi carrera política: a nombre de Colombia os pido, os ruego permanezcais unidos, para que no seais los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos.»

Como el Libertador observase que sus males aumentaban, determinó trasladarse a Santamarta. Allí a orillas del mar, casi moribundo, el Cisne de la libertad americana iba antes de exhalar el último suspiro, entre amargas decepciones e ingratitudes a entonar su último canto y desde el lecho de la muerte dirigió a los colombianos estas palabras llenas de bondad y grandeza; despedida suprema, adiós más tierno que el del gran Napoleón en Fontainebleau:

«Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad.

Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento.

Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, la reputación de mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia: todos deben trabajar por el bien inestimable de la Unión

Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

Los ojos del gran Bolívar se cerraron para siempre y su espíritu voló al cielo. ¡Qué escena de dolor y desolación para aquellos fieles amigos que rodeaban el lecho de muerte en las soledades de Santamarta, del gran libertador de América!

Oigamos ahora las palabras del filósofo, del gran político, que así como dirigía con envidiable fortuna y audacia el éxito de las batallas, así hablaba con la voz profética del sabio legislador, del eximio pensador de las grandes cosas del espíritu.

A los soldados del ejército Libertador en Pasto: «El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo».

A los Colombianos dándoles cuenta de su ausencia en el Perú: «Cinco años hace que salí de esta capital (Bogotá) para marchar a la cabeza del Ejército Libertador, desde las riberas del Cauca hasta las cumbres argentinas del Potosí, un millón de Colombianos y dos Repúblicas hermanas, han obtenido la independencia a la sombra de vuestras banderas, y el mundo de Colón ha dejado de ser español. Tal ha sido nuestra ausencia».

Al Vicepresidente de Colombia: «La soberanía del pueblo no es ilimitada; la justicia es su base y la utilidad perfecta le pone término».

A los Venezolanos desde Maracaibo: «Tan solo el pueblo conoce su bien y es dueño de su suerte; pero no un poderoso, ni un partido, ni una fracción. Nadie sino la mayoría es soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo, y su potestad usurpación».

Al general Páez: «A la sombra del misterio no trabaja sino el crimen».

A los que le ofrecían una corona de rey: «Yo no soy Napoleón, ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César, menos aun a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo».

Al Congreso constituyente de 1830, pidiendo le admitiese su renuncia: «Si un hombre fuera necesario para sostener el Estado, ese Estado no debería existir, y al fin no existiría». Al General Santa Cruz, encareciéndole el amor a la Patria: «Primero el suelo nativo que habda, General; él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación: los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo: todo nos recuerda un deber, todo nos excita sentimientos tiernos y memorias deliciosas: allí fué el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado. ¡Qué títulos más sagrados al amor y a la consagración? Sí, General, sirvamos la patria nativa y después de este deber coloquemos los demás».

Bastan estos ejemplos, entre muchos que podían citarse, para poner de manifiesto el juicio sólido, el tino, la moralidad, la gracia inimitable, las imágenes brillantes, la inspiración fecunda, el vigor de la expresión con que sabía el Libertador, hermanar las ternuras del poeta con el arte de pensar y expresar elocuentemente las grandes escenas de aquella época memorable de la independencia de América.

ERRATAS PRINCIPALES

DICE:	ε	DEBE DECIR:
En la portada: <i>Mecun</i>	ε	<i>Mecum.</i>
afiligranamientos ridículs (pág. 16)	ε	frasesafiligranadas.
cuadrimembres (pág. 22)		cuatrimembres
de pie (pág. 57)		en pie
infecciona (pág. 63)		inficiona
grave (pág. 64)		grabe
magestad (pág. 72).		majestad
cómico (pág. 74)	ε	comediante
Este gesto (pág. 75)		Este ademán
ilustrativa (pág. 108)		ilustrada
de pie (pág. 111)		en pie
cadalzo (pág. 118).		cadalso
Racini (pág. 138)		Racine
Albent y Flocou (pág. 144),		Albert y Flocon
réplicas (pág. 145).		repúblicas
contestura (pág. 147).		contextura
habria (pág. 150)		había
nervatura (pág. 156)		nervadura
vertir (pág. 165).		verter
demasiado (pág. 174).		demasiado grande
puede de servir (pág. 185).		puede servir
a sus (pág. 186)		sus

NOTA.—Algunos signos ortográficos mal colocados, y otras pequeñas incorrecciones que se han deslizado sin sentir, el discreto lector sabrá allanarlos.

Índice de las materias.

	Página.
Breve advertencia del autor	6

PARTE PRIMERA.

CONDICIONES DEL TALENTO ORATORIO.

Razón y sentimiento.	9
Sabiduría e imaginación	14
Sentimientos del ánimo.	14
Del gusto	16
Del ingenio	17

ELOCUCIÓN.

¿Qué es elocución?	18
De las palabras	19
De las comas	21
De las cláusulas o colones	21
Períodos	21
Del número oratorio.	24
De la armonía.	25
Propiedad de la dicción	25

Términos sinónimos	28
Palabras facultativas	29
Arcaísmos	30
Elección de las palabras	31
Palabras figuradas	31
Palabras enérgicas	31
Epítetos	31
Voces espletivas.—Palabras honestas	32

PARTE SEGUNDA.

DEL ESTILO.

Estilo y sus géneros	33
Coordinación oratoria	33
Claridad	34
Naturalidad	34
Variedad	35
Precisión y concisión	35
Del decoro y dignidad	35
Elegancia	36-37
Elocuencia de los conceptos	39
Verdad de los pensamientos	39
De lo extraordinario de los pensamientos.—Gracia en los pensamientos	39
De lo sublime de los pensamientos	39
Fuerza y novedad de los pensamientos	41
Estilo oratorio. Clases	42
Estilo elegante	42
Estilo sublime	43
Estilo medio	45
Estilo sentencioso	45
Exornación oratoria	46
Tropos.—Metáfora	46
Metonimia	48
Antonomasia	48
Onomatopeya	48
Antifrasis y alegoría	48
Ironía	48

Sarcasmo.	49
Perífrasis.	49
Hipérbole	50
Modos hiperbólicos	51
Figuras de retórica	51
Antítesis	51
Paradiástole o separación	52
Disparidad	52
Aumentación	52
Sentencia.	53
Epifonema e interrogación	53
Enfasis	54
Invocación	54
Reticencia	55
Apóstrofe	55
Exclamación	56
Imprecación.	57
Notable arenga del Dr. Buitrago	57
Brevedad o epílogo	61
Concesión	61
Aglomeración	62
Prosopopeya.	62
Anticipación.	63

PARTE TERCERA.

De la elocuencia exterior	67
Pronunciación	68
De la acción o ademán	70
El orador en la tribuna	71

FORMAS DEL ADEMÁN.

Ademán de interpelación	74
Ademán de la interrogación imperativa	75
Ademán de la imploración	75
Ademán demostrativo	75
Ademán conclusivo	76
Ademán indicativo de frente y sus fases	76

Ademán horizontal de lado	76
Ademán indicativo hacia el cielo	77
Ademán indicativo hacia la tierra	77
Ademán generalizador o amplificativo	77
Ademán interrogativo esperante.	77
Ademán afectivo	77
Ademán repulsivo	78
Ademán invocativo	78
Ademán invocativo de súplica	79
Ademán expositivo	79
Ademán afirmativo	79
Ademán indicativo compuesto	79
Ademán exclamativo vehemente.	80
Ademán generalizador compuesto o doble	80
Ademán admirativo profundo	80
Ademán suplicante (Manos juntas al pecho).	81
La mirada.—Lenguaje de los ojos.	82
Tonos de la mirada.	82
Fases de la fisonomía	83

CLASES DE ELOCUCENCIA.

Elocuencia parlamentaria	84
Elocuencia del foro	86
Elocuencia sagrada	88
Elocuencia popular	91
Elocuencia militar	94

CLASIFICACIÓN DE LOS ORADORES.

Improvisadores.	101
Declamadores o recitadores	102
Lectores	102
Diferencias entre el lector y el declamador.	103
Profesiones que favorecen la elocuencia.	104
Oradores según sus especialidades	106
Ejemplos de los varios géneros de elocuencia.	108

PARTE ILUSTRADA DE ESTE TEXTO.

TIPOS DE ORADORES FAMOSOS FRANCESES Y ESPAÑOLES.

Mirabeau.	111
Dantón	115
Robespierre.	118
Marat.	122
Vergniaud.—Camilo Desmoullins	122
Napoleón (Imperio).	124
El General Foy (Restauración).	128
de Martignac	130
Casimiro Perier (Revolución de 1830)	130
El duque de Fitz - James	131
Maugin	132
Arago.	133
Berryer	134
Lamartine (1847)	137
O'Connell (orador inglés)	138
Ledru - Rollin	141
Luis Blanc	143
Victor Hugo	145
Gambetta.	146

NOTABLES ORADORES ESPAÑOLES.

Emilio Castelar	151
Nicolás Salmerón y Alonso	153
Antonio Maura y Montaner	154
Antonio Cánovas del Castillo	157
Salustiano Olózaga	158
Práxedes Mateo Sagasta	159
Antonio de los Ríos y Rosas	161

APÉNDICE

Famoso apóstrofe en la oración contra Catilina - Cicerón.	163
Invocación - Mirabeau	165
Comparación - Mirabeau.	165

Sentencia - Mirabeau	165
Epifonema - Mirabeau	165
Metáfora - Dantón	166
Apóstrofe - Robespierre	166
Ejemplo de estilo elegante - De Ricardo de León	167

EJEMPLOS DE LOS VARIOS GENEROS DE ELOCUCIONIA

ELOCUCIONIA SAGRADA.

Fragmento de la oración fúnebre de Condé-Bossuet	169
Ante el féretro de Enriqueta de Inglaterra-Bossuet	170

ELOCUCIONIA PARLAMENTARIA.

Irlanda - O'Connell	171
El Gobierno representativo.—Royer-Collard	172
Berryier en la Cámara de Diputados	173
Apóstrofe de Robespierre en la Convención	174
Poder legítimo de la Convención.—Mirabeau	174

ELOCUCIONIA FORENSE.

Oración Pro Milone.—Cicerón	175
Ironía de Sócrates al oír pronunciar su sentencia de muerte	179
Defensa del conde Strafrod	179

ORADORES ANTIGUOS.

Cicerón	182
Demóstenes	185
Cayo Julio César	187
Simón Bolívar	189

FIN.